

Ernesto M. Aráoz

EL ALMA
LEGENDARIA
DE
SALTA

PROLOGO DEL Dr. JUAN B. TERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL "LA FACULTAD"
BERNABÉ y Cía.
FLORIDA 359 - BUENOS AIRES
1936

TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO	5
DOS PALABRAS.....	7
EL ALMA LEGENDARIA DE SALTA.....	9
EL GAUCHO DE CACHIPUNCO	15
SALTA EN LA CARACTEROLOGÍA REGIONAL NORTEÑA.....	19
EL HOMBRE DE LA PEQUEÑA CUESTIÓN	29
BREVES DISGRESIONES ACERCA DE UN BAILE.....	33
AQUÉLLA LEY RESULTÓ INEFICAZ PORQUE A CONTRERAS SE LE OCURRIÓ UNA IDEA.....	35
LA GLORIFICACIÓN DE AVELLANEDA	38
LOS ENCANTOS DE LA PRIMAVERA	39
CONFERENCIAS Y DISCURSOS.....	41
SALTA EN LA ÉPOCA DE LA ANARQUÍA ARGENTINA.....	43
EN LA ASOCIACIÓN CULTURAL DE SALTA	55
MONUMENTO A URQUIZA.....	59
EN EL CENTENARIO DEL COLEGIO DE JESÚS.....	63
SALUDO AL INTERVENTOR FEDERAL DEL GOBIERNO PROVISIONAL.....	65
EN EL FUNERAL CÍVICO DEL TENIENTE CORONEL LINO MONTIEL	69
AGRADECIENDO UNA DEMOSTRACIÓN	71
DISCURSOS OFICIALES	73
(COMO MINISTRO DE GOBIERNO DE SALTA. 1925-1928)	73
OFRECIENDO UN HOMENAJE A DOS DELEGACIONES POLÍTICAS.....	75
ANTE LAS PRIMERAS VÍCTIMAS DE LA AVIACIÓN EN SALTA.....	77
EN LA INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN RURAL DE SALTA – AÑO 1925.....	79
EN LA ESCUELA DE MANUALIDADES DE SALTA	81
PRESENTACIÓN DEL GOBERNADOR DE JUJUY DON BENJAMÍN VILLAFANE.....	83
EN EL SEPELIO DEL DOCTOR MIGUEL S. ORTIZ.....	85
EN HONOR DEL ARZOBISPO DE BUENOS AIRES MONSEÑOR BOTTARO Y OTROS PRELADOS	87
SEMBLANZAS PÓSTUMAS.....	89
NICOLÁS LÓPEZ ISASMENDI.....	91

MOISÉS J. OLIVA	93
DOCTOR ADOLFO VALDEZ.....	95
DOCTOR DAMIAN M. TORINO	97
TENIENTE GENERAL JOSE F. URIBURU Señoras,	99
DOCTOR LUIS GÜEMES	100
RICARDO J. ISASMENDI	103
ÍNDICE DEL AUTOR.....	105
ÍNDICE ALFABÉTICO	109

PRÓLOGO

Ha tenido razón el Dr. Ernesto M. Aráoz en pensar que habría de interesarme especialmente leer, reunidos en un haz, sus ensayos sobre el pasado y el alma de Salta. Nuestra común condición de hombres del Norte me permite sentir más vivamente el encanto de su evocación y ser ganado por el contagio de sus emociones. Mi solidaridad sentimental encontró su comprobación cuando leía el relato de la ascensión al cerro de San Bernardo, atalaya alzada junto a la ciudad de Salta. Llegado a su cumbre, con solo virar la mirada, pudo tener todo el panorama de la historia salteña: el camino por donde entraron los conquistadores, el refugio roqueño de los indios levantiscos y las planicies que cultivaban los indios encomendados, la ruta de Lima que alimentó su vida durante la colonia, las sendas abruptas por donde se precipitaban, en retirada o en ataque, las caballerías gauchas con Güemes a la cabeza, la quebrada por donde se lanzó Belgrano en vísperas de la gran batalla.

Este don de la montaña de permitir abarcar con la mirada las huellas de varios siglos de historia es también el de mi propio terruño tucumano, donde los miradores de sus cerros son como balcones a donde confluyen de todos los horizontes millares de sugerencias evocadoras de un pasado secular y dramático.

Cualesquiera sean las peripecias y el destino del federalismo político de nuestro país, hay un federalismo psicológico tenaz que da una riqueza de matices a su unidad espiritual.

Entre esos matices se destaca el rico colorido del alma salteña. Aráoz esboza sus rasgos en varias páginas de los ensayos que forman la primera parte del libro, pero no lo hace fríamente como un catalogador, sino férvidamente como un amante apasionado de la tradición lugareña. Y éste es, justamente, uno de los signos del alma salteña: el apego y la devoción por su tierra, es decir, la fuerza que revela una personalidad psíquica y es garantía de su perdurabilidad.

En los ensayos que contiene este libro hay sin duda las muestras de una sensibilidad fina, enternecida por el recuerdo de la ciudad donde se ha pasado la infancia. Pero esto ocurre con todos los hombres dotados de la preciosa calidad. En cambio hay en el libro el análisis objetivo del medio y del pasado de su "país", del significado y el papel que ha tenido en la historia argentina. Por ese camino, lo que es el instinto de adhesión a la tierra natal, se hace amor consciente y orgulloso.

El autor, según su propia confesión, no tiene la intención de hacer "literatura" pero responden sus ensayos a la tendencia intelectual que nos dará una literatura; preferir la emoción viva del contorno físico y moral, de la sociedad en que se ha nacido, cuyos azares han sido los propios, donde se ha amado y luchado, donde se ha encontrado las fuerzas para vivir encorazonadamente.

No son ensayos de sociología sistemática los de Aráoz, pero hay una revista de factores, de hechos, de tipos sociales que encierran y revelan los elementos de la realidad social de Salta: el caballero que alterna las nobles faenas de estanciero con las funciones del Estado; el gaucho señorial, severo y valiente; el "colla" mestizo que contrasta con ambos, y cuya silueta está trazada en breves pero eficaces líneas.

Aráoz expone además, elementos históricos que acentúan la figura de Salta, desde la colonia cuando recibe el influjo directo de Lima que le da un reflejo de su cortesanía, cría su prosperidad de

puerto seco y proveedora de mulas, instrumento esencial de un comercio ejercido por rutas interminables, que van del Pacífico al Atlántico. La guerra de la independencia despierta en Salta la aparición de ese personaje que es salteño por excelencia, “el gaucho”, que tiene el mismo nombre pero es de otra estatura y de otra carne que el gaucho nómada, desapegado del suelo y la familia que es el gaucho de las leyendas del Litoral, que ha originado la literatura gauchesca que no toca la fibra de los hombres del Norte porque no vemos en sus sentimientos ninguna afinidad con nuestra tradición.

Aráoz recuerda los episodios de la guerra civil y de la anarquía durante cuyo transcurso Salta sigue acentuando el sentido riguroso de su autonomía y de su personalidad, salvándose de sus excesos, de sus asaltos, de su catástrofe, con un tacto equilibrado y sagaz que la libera del fuego de las pasiones desbordadas.

El autor es un hombre de acción política y por eso se explica que a sus ensayos se haya añadido algunos de sus discursos y arengas de ministro y diputado.

Sin duda, ha querido completar el testimonio de amor a su provincia, que es el libro entero.

Pero lo que suscita mi interés y mi aplauso es su obra de evocador del pasado, sus relatos del presente donde el pasado revive, la presentación de hombres reales, en el repaso de los salteños eminentes y también en las siluetas breves de figuras simbólicas, como Juan Castro y Venancio Contreras, recogidas al pasar en su cartera de observaciones de hombre de gobierno.

La aptitud y el gusto que han producido estas páginas no pueden quedar, no quedarán inactivos. Con esa esperanza he cerrado la lectura de EL ALMA LEGENDARIA DE SALTA.

Juan B. Terán
de la Academia Argentina de Letras.

DOS PALABRAS

Este libro está dedicado a mi madre, a mi esposa y a mis hijos. Nadie podrá acoger con igual afecto y tolerancia que ellos estos frutos dispersos del pensamiento y de la emoción cosechados en mi huerto interior sin ningún propósito especulativo.

He dado a este volumen el título de su primer capítulo “El alma legendaria de Salta”, porque él compendia la mayor parte de su contenido, ya que en casi todas sus páginas flotan ideas y recuerdos vinculados a la tradición y al. desenvolvimiento histórico y social de esa provincia, tan prestigiosa en los anales de la nacionalidad.

Sin que me muevan pretensiones literarias, aspiro simplemente a que no se pierdan algunas producciones que han surgido al margen de mis horas, y que algo guardan como elemento de información o de juicio para quienes se sientan todavía capaces de escudriñar nuestro pasado o de releer ideas un tanto recientes que se van envejeciendo a medida que el mundo actual se precipita en ese gran caos de los espíritus que ha provocado ya la hoguera apocalíptica de España, donde se están quemando los rosales de una cultura secular, cuyas raíces proporcionaron también la savia que ha nutrido siempre nuestro pensamiento y nuestro corazón.

Nada extraordinario ni trascendente hay en este libro, algunos de cuyos capítulos han sido publicados con anterioridad en diarios y revistas del país.

Los discursos fueron seleccionados de entre los muchos que he pronunciado en mi vida, pero he excluido de este volumen todos los dichos en ocasión de propagandas electorales. De mis exposiciones en el Congreso sólo publico aquí dos de carácter histórico; con el conjunto de éstas haré un tomo al finalizar mi actual mandato legislativo para información de los ciudadanos de mi provincia que me han elegido dos veces Diputado de la Nación.

EL ALMA LEGENDARIA DE SALTA

En esta mañana gloriosa de Mayo, de suave temperatura y extraordinaria diafanidad, he sentido el anhelo de remontar, después de muchos años, el monte nativo, desde cuya cumbre se domina la majestuosa inmensidad del Valle de Lerma, y a cuyas plantas se extiende la ciudad de Salta, con sus viejas torres, sus tejados rojos y los pardos muros de adobe de sus barrios centenarios.

Esta vez he llegado hasta la cima del San Bernardo en automóvil por la pintoresca carretera que el progresista gobierno de Don Avelino Aráoz ha librado recientemente al servicio público, ofreciendo al turismo del país uno de los panoramas más extraordinarios del norte argentino. La piqueta del ingeniero Peralta al profanar el misterio de esta mole secular, sólo accesible para quienes se arriesgan a escalarla a pie o a caballo por sendas empinadas y resbaladizas, ha roto el hechizo del viejo cerro centinela, que guardaba en sus oquedades el misterio amable de las consejas lugareñas, dulce manantial de nuestras fantasías infantiles; en cambio, con la terminación de esta obra, la ciudad de Salta ha ganado en belleza y en gracia mucho más que lo que ha podido costar al erario de la Provincia la construcción del camino.

La majestad del vasto horizonte circundado de montañas ofrece desde aquí la misma impresión arrobadora que la presencia del mar. Los verdes predios cultivados que desde hace ochenta años han venido elaborando lentamente la riqueza productora del valle se pierden de vista o se confunden con el verdor distante de las selvas relegadas en esta zona a las laderas de los montes. ¡Todo es silencio en torno!, como diría el poeta. Estamos frente a la Naturaleza, a la altura en que las águilas se bañan de lumbre, y la ciudad que nos sirvió de cuna y albergó nuestros primeros afectos y nuestras primeras inquietudes espirituales, y el campo santo, que guarda las cenizas de nuestros antepasados, aparecen al pie del monte como un hacinamiento de cosas muy pequeñas. ¡Oh paradójico contraste entre la materialidad de las cosas y su profundo sentido espiritual! Muy poco llegan hasta aquí los ruidos de la ciudad; sólo alcanzamos a percibir, aguzando el oído, un leve rumor que se confunde con el murmullo del viento; es el eco de la colmena humana que, allá en el fondo del valle entre esas callejas de hormigas y esas diminutas casas de juguetes clamorea sus ensueños, sus alegrías, sus trabajos, sus miserias y sus dolores. Esa síntesis de ruido que llega hasta nosotros a la sordina y que de repente se escurre en alas de la brisa es la diástole y la sístole del corazón de mi ciudad palpitando sus renovados afanes desde la colonia, a través de las epopeyas de la conquista y de la emancipación y a través de los sobresaltos que jalonearon el ordenamiento de nuestra vida institucional y política.

En la cumbre del cerro, una cruz de quebracho símbolo de la sencilla fe provinciana, tiende desde comienzos del siglo sus descarnados brazos en el espacio, y a pocos metros de allí, otro símbolo de la fe católica, un facsímil del Cristo de los Andes, bendice permanentemente a la ciudad apacible.

Desde esta eminencia de la montaña se descubren los viejos caminos de la patria. A nuestra derecha, más allá de los rieles, sobre los que se desliza en este momento un tren como un gusanillo oscuro, empañando levemente el cristal de la atmósfera, se extiende recto hacia el Norte el camino de Jujuy, por donde entraron del Perú los fundadores de Salta. También a nuestra derecha, sobre la línea de serranías que eslabonan el San Bernardo, se percibe la senda que emerge de la quebrada de Chachapoyas, estrecho desvío del camino real a los pueblos del Sur, por el que Belgrano precipitó

estratégicamente sus huestes sobre el campo de Castañares, desconcertando los planes del ejército realista, que se había refugiado en Salta después de su derrota de Tucumán. Sobre el macizo azul de las serranías del Poniente, que tenemos en frente, abre su tajo gigantesco la Quebrada del Toro, camino de Chile y de Bolivia, arcaica ruta pre-colombiana, arteria vivificante y abrupta que ha cobijado por siglos el lento paso de los arrieros y las tropas, los novillos y las mulas, el tradicional intercambio mercantil entre el valle mediterráneo argentino y la costa promisoriosa del Mar Pacífico, amasando antiguas fortunas, lubricando el comercio y dando aliento, sentido, bonanza y prestigio a la austera existencia de muchas generaciones predecesoras. Hacia el Sur aparece, tras la cinta sinuosa que marca la corriente del Arias, el amplio camino troncal de los Cerrillos, que luego se bifurca en tanta ruta de afanosa actividad constructiva. Por el Noroeste, la quebrada de Lesser, que dio paso a los españoles que habían de ultimar a Güemes, y al Sudeste el camino de la Pedrera, por el que se vio desaparecer herido de muerte al héroe legendario, para luego tornar exánime entre el cortejo, doliente de sus gauchos invencibles, que acababan de jurar sobre su espada ante el caudillo moribundo no cejar en la defensa del territorio patrio. En el centro del valle, transponiendo la línea suburbana de los cuarteles, y adentrándose en la población de nueva data, está el campo de batalla. Ha desaparecido ya del centro de la ciudad la vieja torre de la Merced, donde tremoló aquella tarde gloriosa la enseña triunfadora, pero aún se hallan desparramadas por la población las viejas casonas que fueron teatro de los hechos de aquel día, entre las que se destaca con su hermoso patio español la mansión de Arias Rengel, actual propiedad de la Sra. de Todd, y en el centro del viejo campo de la Tablada, convertido hoy en un parque, se yergue el monumento que la gratitud nacional ha levantado en substitución de la cruz de Belgrano sobre la tumba de los vencedores y vencidos el 20 de febrero de 1813.

¡Con cuánto afán patriótico escudriñamos el amplio horizonte desde este sitio donde no ha podido perderse un solo detalle de la heroica contienda! Parécenos ver desde aquí a Belgrano arengando a sus soldados, y luego el movimiento de los ejércitos, el ataque de los cazadores y de la caballería patriota y la resistencia de los cañones realistas desbaratando la primera carga de Dorrego; luego el recio entrevero, en el que el heroísmo de los “Decididos de Salta” no le va en zaga a los mejores guerrilleros del ejército del Norte. Belgrano, enfermo, dirigiendo la acción, y Arenales, ajeno al ejército, pero colaborando con sus consejos y siguiendo con atención de estrategia la marcha del combate, hasta que la dispersión realista hacia el centro de la ciudad y hacia las lomas de Medeiros, obligó la capitulación de Tristán.

Abandonemos ahora la contemplación del panorama que tenemos a la vista y veamos con los ojos del recuerdo el panorama interior de la ciudad en una visión retrospectiva, en una de esas visiones de evocación, en las que el alma de las cosas pasadas se nos presenta más diáfana a través de la distancia que el tiempo ha puesto entre éstas y nosotros.

Es lamentable que la ausencia de esa vocación de urbanismo, que recién hoy comienza a despertarse en el país, haya dado lugar a una transformación tan anodina de la tranquila y plácida ciudad colonial que nosotros conocimos de niños. La falta de un concepto estético directivo durante las tres décadas en que el enriquecimiento de la provincia obró el inusitado progreso de su capital, ha dado lugar a que la ciudad de Salta caiga en una evolución informe y descolorida, menospreciando por

espíritu de imitación el sello noble y patriarcal de la típica y espontánea arquitectura española, que aún hoy constituye el sencillo encanto de sus calles soleadas.

Han desaparecido desde entonces dos templos históricos; la antigua iglesia de los jesuitas, que fue en un tiempo catedral, y la Merced, substituida esta última por un hermoso templo moderno, el que, pese a la belleza de sus líneas góticas, carece del ambiente acogedor de la antigua nave monástica. El viejo Cabildo ha sido mutilado en su esquina principal, y muchos de los hermosos solares patricios, donde se deslizó la existencia amable y azarosa de varias generaciones desaparecidas, han sido reemplazados por edificios modernos, sin mayor importancia, o han sufrido, al ser refaccionados, un afrancesamiento “art nouveau” que los torna vulgares viviendas de tipo advenedizo, sin carácter y sin el perfume secular de la historia. La casa de Da. Liberata Costas de Gasteaburu, donde comieron juntos Tristán y Belgrano la noche de la batalla de Salta, ha cambiado su hermoso frontispicio barroco por vulgares molduras de tipo francés, mientras la copia del viejo frontispicio derruido, llevado a los álbumes y a las revistas de arte por la experta pluma de Jorge Augspurg, está sirviendo de modelo a la nueva corriente estética que ha impuesto en el país el renacimiento de la arquitectura colonial.

Alrededor del año 1910 una ordenanza municipal mandó levantar cornisas en las casas con techos de tejas e hizo desaparecer los viejos caños volados de tormenta que precipitaban en sonoras cascadas, sobre las aceras, el agua de los tejados con parapeto; pero pese a la absurda ordenanza, muchos aleros se han salvado de aquella profanación oficial, y todavía se ven en algunos barrios los viejos caños volados cantando la elegía de la lluvia en la primera tormenta con que adviene el Verano, inundando las calzadas y poniendo una nota de color y de animación en la vida de la ciudad.

Entre los monumentos del coloniaje que han escapado a la acción renovadora de este siglo, se destaca el convento de las monjas carmelitas, situado al pie mismo del San Bernardo, cuya mole parece velar la beatífica serenidad de sus claustros dos veces centenarios. Es un viejo edificio envuelto en ese halo de misticismo medioeval que multiplicó en la Península las primitivas casas de Santa Teresa. Bien podía estar situado en Ávila de los Santos. Su grande y magnífica portada de madera labrada a mano por algún artífice de la colonia es un fiel trasunto americano de las más genuinas abadías españolas.

Salta, con su vida moderna y su acrecida población heterogénea, dista mucho de ser la Salta de mis primeras reminiscencias, pero aún conserva la placidez de su ambiente antiguo y el carácter simple y señorial de las viejas ciudades hispano-americanas. Yo la veo en el limbo de mis añoranzas remotas, reducida a un perímetro apenas mayor que el que circunscribiera la vida urbana de aquella ciudad colonial que Güemes convirtió en baluarte de la independencia argentina. Las casas ofrecían entonces cierto aspecto conventual; amplias, espaciosas, provistas de grandes patios enlajados, sobre los que caía el declive de los tejados, teatro de correrías de los gatos en celo; anchos zaguanes sin cancel o provistos de una reja de hierro, siempre abierta a la cordialidad de los vecinos y amigos que penetraban por ella como Pedro por su casa. Muchas de esas viviendas existen aún, pero en su mayoría han sido modernizadas o divididas por un frágil tabique, a medida que el apremio económico ha obligado a las holgadas familias de otrora a reducir sus comodidades y procurarse nuevas rentas. En lo que se refiere al “confort”, éste respondía muy precariamente a las necesidades y a las exigencias de la época; sin embargo, en ninguna casa de familia medianamente acomodada faltaba un pozo de balde

provisto de su bomba de mano, un corralón o patio espacioso en el fondo, donde se encontraban el resumidero de las aguas y todos los otros servicios domésticos que las obras sanitarias han simplificado, reduciéndolos a un limitado espacio. En el corralón o patio interior se hacía el lavado de ropa en la tradicional batea de madera; en la cocina la patilla de ladrillos no había cedido aún su sitio a la moderna cocina económica, y el mortero de algarrobo o de quebracho en que se trituraban los granos era un elemento indispensable en las actividades culinarias del hogar .

¿Y los altillos? ¿No constituían, acaso, la más acabada expresión del espíritu conservador de las antiguas familias? En cada casa existía un altillo de difícil acceso, especie de museo informe levantado a la altura de un entrepiso, que servía de cementerio de muebles y otros útiles domésticos desvencijados o en desuso, que siempre se guardaba con la esperanza de restaurar algún día. Los chicos solían escalarlo ávidos de curiosidad y desenterrar diversos objetos, a los que luego daban un nuevo destino concebido en la fantasía de sus juegos infantiles.

El ambiente era sedante. Los días pasaban en una sucesión de hechos triviales, sólo interrumpidos por las placideces del veraneo, por la bullanguera alegría del Carnaval y por la suntuosidad de las fiestas religiosas de Semana Santa y del Señor del Milagro, que volcaban en la capital la población de la campaña. Aquellas tardes provincianas tenían el dulce encanto de los balcones abiertos, desbordando la gracia y el pudor de las damas. No habían entonces el cine y el copetín, que dejan hoy las calles desiertas de la alegría femenina durante las mejores horas de la tarde, y los corsos de la calle Buenos Aires congregaban diariamente a la sociedad, lo mismo que las nocturnas retretas de la plaza, poniendo una nota de animación y de quimera en el tedio de todos los corazones.

Entre mis recuerdos más lejanos no olvidaré nunca la impresión de misterio y de asombro que dejó en mi alma la inauguración de la luz eléctrica de Salta. Era aquello para mi ignorancia de niño la realización de una de las fantasías maravillosas de Julio Verne. La luz eléctrica terminó con las viejas lámparas de querosén, cuya limpieza y preparación recargaba tanto los quehaceres domésticos, y eliminó de los gremios proletarios al farolero municipal, encargado del "*fiat lux*" de la ciudad, ante cuyo recuerdo surge un espontáneo homenaje de simpatía, por ser él el personaje más activo que recuerdo haber conocido en aquel período apacible de la vida de Salta. El farolero era casi siempre un hombre pequeño, con una escalera a cuestas, que hacía su aparición con las primeras palideces del crepúsculo; los chicos solíamos admirar la destreza con que trepaba la escalera y la rapidez con que cumplía su obligación de encender todos los faroles del barrio.

Entre los tipos sociales y los elementos de vida o de trabajo que el progreso urbano ha eliminado o transformado fundamentalmente, hay algunos que merecen ser recordados por el carácter o el colorido que imprimían a la vieja ciudad; el lechero gaucho que hacía su reparto a caballo y que solía fabricar manteca en los tarros con sólo el trote de su cabalgadura; el turco y el sirio, vendedores ambulantes de baratijas, convertidos hoy en una colonia extranjera enriquecida y poderosa, que se ha infiltrado en todas las actividades de la provincia; las carretas con bueyes que cruzaban la ciudad en todas direcciones; los viejos coches de caballo: las americanas, los vis a vis, los breckes y los "milords", arrastrados por hermosos troncos que constituían el lujo de las familias pudientes; el carro aguador

que vendía en cuartillas de madera agua del río para bebida de la población, porque el agua de los pozos era salada; y el carro aguatero que recogía el agua servida de las casas que carecían de resumideros.

La plaza Nueve de Julio, ornamentada hoy con exquisito buen gusto, era entonces una plazoleta rústica y descuidada, sobre la cual se extendían como único adorno largas hileras de rosales desaliñados. Frente a la Catedral, y próximo a la antigua pirámide que ocupaba el sitio donde hoy se alza el monumento al general Arenales, existía un pozo de bomba que proveía de agua a la población, y era interminable por las tardes el desfile de criadas y chinitas descalzadas de las casas pobres que acudían con sus baldes a proveerse del preciado elemento.

De estos viejos cuadros urbanos, toscos algunos, pero llenos de colorido todos, sólo quedan unos cuantos, despertando la curiosidad avizora de los turistas; los burritos cargados con leña del cerro que efectúan a domicilio el reparto de su mercancía; el milagro de las procesiones, que mueve en ingentes masas humanas la piedad de las gentes; las verduleras a caballo, que acuden al mercado con sus árganas de mimbre y sus chambergos de varón; el típico gaucho salteño, con su enorme sombrero alón y sus amplias bombachas cayendo sobre la bota de cuero, que pasea ufano por la ciudad su genuina indumentaria campera. Casi todo lo demás ha desaparecido; el progreso lo ha desalojado de golpe, a empujones, para dar paso a una vida nueva, a una vida renovada, confortable, higiénica y febril, que lleva en sí la simiente de los grandes destinos de la provincia, que ha exacerbado la controversia, el lujo, la vanidad, la simulación y hasta la envidia, pero que aporta y que seguirá aportando cada día un mayor caudal de “confort”, de higiene, de iniciativas, de aspiraciones, de adelantos y de refinamientos culturales.

Pero esa transformación no ha quebrado, por ventura, el alma legendaria de Salta, que aún palpita en la intimidad de sus hogares, en la serena y acendrada virtud de sus mujeres y en ese buen sentido criollo que se esconde bajo la caparazón un tanto torva y huraña del hombre del Norte. Y es en ese ambiente tradicionalista, exento de borrascas y aluviones, pero saturado de sentimientos austeros, donde se forjó el carácter de tantos salteños esforzados que en todas las épocas históricas del país han honrado de diversa manera a su provincia. El talento nativo, la sana moral de los hogares antiguos, y hasta esa aptitud ingénita de observación y de análisis desarrollada en un medio propicio a la meditación, les ha hecho destacarse siempre como hombres de gobierno, de acción o de consejo. De Salta han salido grandes estadistas, jueces de prestigio, jefes ilustres del ejército y de la armada, eminencias médicas y científicas, diplomáticos, escritores y poetas, grandes talentos financieros y comerciales. Tres salteños eminentes han ocupado la presidencia de la Nación: José Evaristo Uriburu, Victorino de la Plaza y José Félix Uriburu, este último como jefe y ejecutor de la revolución de Septiembre de 1930.

Todos los ministerios del gobierno federal, con excepción del de Marina, han sido desempeñados por hombres de Salta.

La eficiente colonización agrícola del Litoral, que ha contribuido poderosamente al engrandecimiento económico del país, fue iniciada por un hijo de la provincia de Salta, D. Aarón

Castellanos, vigoroso “pioneer” de las grandes iniciativas creadoras sucedáneas al período anárquico de la vida argentina.

La reforma electoral del presidente Roque Sáenz Peña, hoy tan discutida en sus resultados, pero que transformó la estructura funcional de nuestra democracia, tuvo como “leader” y primer actor a un salteño, el doctor Indalecio Gómez, talentoso y sutil arquetipo de la vieja hidalguía romántica y decorosa que España fundió sobre nuestros moldes autóctonos.

Las guerras de la emancipación americana han contado con la colaboración eficiente de muchos próceres salteños, tan destacados como Güemes, Moldes, Gurruchaga, Alvarado, Arenales, los Gorriti. Boedo, Gauna y Eustoquio Frías, y en las gestas de la organización nacional aparecen también entre los protagonistas prominentes de nuestro drama civil varias figuras surgidas de aquella provincia. Un diputado por Salta, don Facundo de Zuviría, presidió el Congreso General Constituyente que dio la Constitución de 1853, y otro salteño que se había destacado ya en el gobierno de su provincia, el doctor Tomás Arias, ocupó después de Caseros la presidencia de la Corte Suprema de Justicia en el gobierno de la Confederación.

Salta ha producido dos grandes poetas argentinos: Joaquín Castellanos y Juan Carlos Dávalos, y en el vergel de sus montañas, donde Juana Manuela Gorriti bebió la inspiración de sus más bellas páginas literarias, florece hoy un núcleo de poetisas que se distinguen por la delicadeza de sus sentimientos y por la profunda y noble emoción de sus cantos, en los que vibra siempre el alma legendaria de Salta.

EL GAUCHO DE CACHIPUNCO

Estaba ya alto el sol cuando comenzamos a adentrarnos en la selva por el sinuoso camino de herradura que va hasta la cumbre de la serranía de Santa Bárbara. El bosque cada vez más rumoroso y umbrío había reemplazado el abierto panorama del valle por una fronda hirsuta, misteriosa y desolada. Los rayos solares se filtraban apenas entre las hojas de los árboles gigantescos. La brisa mañanera ululaba en el ramaje su voz milenaria, la que mezclada al trino de los pájaros y al estridente chirrido de los coyuyos¹ formaban una extraña orquesta de ruidos agudos y suaves armonías de la Naturaleza.

Habíamos salido ese día muy de madrugada de la casa de nuestra estancia Santa Clara en la provincia de Jujuy, con mi socio don Ricardo Fleming (hijo), el administrador, D. Juan Taché, y dos madereros interesados en el arriendo de aquel monte poblado de cedros, quebrachos, tipas, nogales y otros árboles no menos preciados para una explotación industrial.

Nuestros caballos, jadeantes, parecían alborozarse con la frescura de esos parajes húmedos y sombreados que en las regiones subtropicales ofrecen un agradable contraste con los caminos resecos y polvorientos donde un sol canicular caldea la atmósfera con sus brisas de fuego. Nuestros acompañantes deseaban recorrer el monte hasta la cumbre del cerro antes de tratar el negocio.

Íbamos ya escalando una ladera cuando en un recodo de la senda encontramos un gaucho viejo enderezando unos pozuelos² en el lomo de una mula que un muchacho que le acompañaba traía de tiro.

—Buenos días, señores — dijo el hombre.

—Buenos días, amigo — le respondimos -- ¿Le ha pasado a usted algo?

—Nada señor. Estaba acomodando estos pozuelos que vienen muy cargaos y se han *ladiao pa* la derecha. Si pueden facilitarme un tiento o piolín medio grueso se los voy a agradecer.

Le proporcionamos el auxilio que solicitaba y luego de terminar su tarea el viejo gaucho montó en su caballejo alazán y se incorporó a nuestro grupo, ya que todos marchábamos en la misma dirección.

—¿Y *usté*, quién es? Perdone que le pregunte, señor — me interrogó el gaucho mirándome de frente.

Le di mi nombre, agregándole que había venido dos días antes de Salta a Santa Clara.

—Ah, ya sé, usted es uno de los patrones de Santa Clara, don Aráoz. Ya lo conocía de nombre.

—El mismo, y usted, ¿quién es?

—Yo me llamo Martín González y soy *arrendero* de Cachipunco. Ahora voy *pa* allá. Hi *veníó* hace dos días a San Pedro *pa* comprar unas cosas. Ya hacía más de cuatro años que yo no salía de Cachipunco.

¹ (1) Denominación que se da a las chicharras en el norte argentino.

² (2) Petacas de cuero que se balancean a ambos costados de la cabalgadura.

Cachipunco es la antigua estancia del ex gobernador de Jujuy, D. Eugenio Tello, situada en los trasfondos de aquella serranía, en una fértil hoyada circundada de altas montañas, paraje agreste y solitario, propicio a la meditación y al olvido de todas las cosas terrenas.

—Mucho me alegro haberlo *encontrao* agregó D.

Martín González — porque yo también soy de la provincia de Salta, y hace mucho tiempo que no me veo con *naidas* de allá que pueda darme noticias de mi patrón, porque hai saber usted, señor, que yo me vine pa Santa Bárbara hace unos años con la intención de volverme en seguida *pa* mis pagos, en Rosario de la Frontera, pero de puro dejao siempre voy demorando la vuelta pa después. Algunas veces mi digo, que sabrá pensar de mí el patrón, porque yo me vine sin decir nada en una ocasión en que él se había ido pal pueblo y cayeron unos ingenieros a la Frontera a contratar piones *pa* un camino que se estaba haciendo por estos laos, y como ofrecían *güen* jornal yo me tenté y me vine por juntar unos pesos. Mi patrón es muy *güeno* y yo siempre he *estao* muy acostumbrado con él, como mozo e mano. Este año, *pa* fin de año a más tardar, pienso volver a su lao.

—¿Y quién es su patrón?

—D. Martín Miguel Güemes, dueño de la estancia Ovando, en Rosario de la Frontera. Usted lo hai conocer, pues.

—Sí, lo he conocido mucho a él y a todos sus hermanos, pero don Martín Miguel ha muerto hace ya algunos años.

—¿Ha muerto el patrón? — preguntó el gaucho con la voz ahogada por la angustia de la noticia.

—Sí, y me extraña que no haya llegado a su conocimiento porque de ello hace ya bastante tiempo.

Don Martín González sujetó su caballo y se quedó absorbido en sus pensamientos. Era un hermoso tipo de gaucho, de lengua barba blanca que le cubría el pecho, rostro adusto, nariz aguileña y porte enhiesto y marcial, tal como los gauchos que Bermúdez buscaba afanosamente para modelos en sus idealistas peregrinaciones de arte, a través del norte argentino.

Don Martín Miguel Güemes era un noble señor de la vieja estirpe salteña, nieto del heroico guerrillero de la independencia de ese nombre. Estanciero avezado en todas las lides, del campo, había abandonado, ya maduro, sus quehaceres rurales para trasladarse a Buenos Aires con su hijo, donde vivió sus últimos años al lado de sus hermanos, radicados desde jóvenes en la Capital Federal.

—¿Y de qué ha muerto el patrón?

—Yo no recuerdo, pero D. Martín Miguel era ya hombre de bastante edad.

—No puede ser — replicó el gaucho, un tanto sorprendido —. El patrón no era viejo.

—No era viejo cuando usted lo dejó, pero los años han pasado desde entonces.

—¿Y qué me cuenta *usted*, señor, de los hermanos del patrón? Yo los quiero a todos igual porque me he *criao* en la casa con el patrón viejo, D. Luis Güemes, el hijo del

general. ¡Qué bueno era don Luis, lo mismo que la Sra. Rosaura, una santa mujer, que Dios la tenga en su reino! Yo me vine antes del fallecimiento de la señora; el patrón viejo ya había muerto. Todavía me acuerdo con pena cuando se estaban colocando en la finca El Carmen, cerca de Salta, los primeros alambrados que se hicieron en el Valle de Lerma, al patrón Luis, ya viejito, se le corrían las lágrimas cuando los alambradores hachaban los cercos de tunas que rodeaban la casa y dividían unos potreros.

—A mí no me gusta nada, Martín, —me decía— estos hilos de alambre que nos ha traído el progreso. Mucho mejor eran la casa y la finca con los cercos que yo conocí desde niño.

La emoción iba subiendo de punto en el tosco semblante del gaucho a medida que evocaba el recuerdo de esas gentes cuyo cariño conservaba él tan hondamente en el fondo de su corazón.

—Los hermanos varones de don Martín Miguel han muerto casi todos— informé.

—¿Cómo? ¿El doctor Luisito y don Domingo tampoco viven ya?

—Desgraciadamente han fallecido también ellos.

El doctor Luisito que él decía era nada menos que el eminente clínico argentino Dr. Luis Güemes.

—¿Y los niños, Julio y Adolfito? — preguntó con ternura— Ellos estarán ya bien hombres.

—Julio Güemes ha fallecido hace muchos años en un trágico accidente ocurrido en Cañuelas, cerca de Buenos Aires; murió arrollado por un tren; sus hijos ya están casados y tienen a su vez familia, Adolfo Güemes, es un médico distinguido y ha sido gobernador de Salta hasta hace cuatro años. Es un solterón que ha de andar por los cincuenta y cinco. Un pollo que ya no se cuece de un hervor.

El hombre no volvía de su asombro.

--Pobre Julio — exclamó, y tras un momento de silencio, como si despertara de un sueño abrió grandes los ojos y me dijo como azorado.

—¡Cómo es posible, señor, que sea *verdá* todo esto que estoy oyendo! Entonces quiere decir que yo debo tener cerca de noventa años.

—¿Qué tiempo hace que ha venido usted a estos pagos?

—Yo no he *llevao* la cuenta, señor, pero nunca habría creído que hicieran tantos como parece ser por lo que *usté* me está diciendo.

—¿Y recuerda usted de las hermanas de su patrón?

—Cómo no las *hi* recordar, señor, a la Sra. Carmen, casada con don Aniceto Latorre, y a la niña Panchita, que quedó soltera cuando yo me vine.

Ahora sí podemos orientarnos — le dije. — La niña Panchita es ya una señora de edad, viuda del doctor Juan Pablo Arias con quien casó en los mismos días que se casaron mis padres, el año 1890, y estamos en 1929. Han pasado 39 años.

Mis compañeros venían todos escuchando con creciente interés este diálogo de tanta intensidad emotiva para mi interlocutor, a quien semblanteaban furtivamente hasta que llegamos a un

paraje en que nuestro camino se bifurcaba en dos sendas, una de las cuales iba a la cumbre y otra a Cachipunco.

—Aquí tengo que separarme de ustedes — dijo el viejo con honda tristeza tendiéndome cordialmente la mano.

—Bueno amigo, que tenga usted buen viaje y lamento haber sido ocasionalmente portador de noticias tan des • agradables para usted.

—Yo se las agradezco de todos modos, señor, aunque más me valiera no haberlo *encontrao*. Bien dice un cantar que “*cuándo más vale ignorar las verdades de esta vida*”. Ahora yo sé que no tengo ya a mi patrón, y que la vida se me ha *gastao*, que soy muy viejo y que pronto me voy a morir — y por el rostro varonil del gaucho rodaron dos lágrimas furtivas que fueron a perderse en la maraña de su barba nevada por los años.

Don Martín González tomó su senda seguido del muchacho y de su mula carguera. Yo y mis compañeros, que impensadamente habíamos hecho un descanso en aquella encrucijada, lo vimos con melancolía desaparecer en una vuelta del camino como una sombra fugitiva del pasado, diluida en la inmensidad majestuosa de la selva nortea.

SALTA EN LA CARACTEROLOGÍA REGIONAL NORTEÑA

El federalismo de nuestra carta política no es una simple concepción racional de sus autores, ni un régimen de gobierno creado con exclusivas vistas al futuro. La adaptación de principios institucionales contenidos ya en otros estatutos más adelantados, no significa que los constituyentes hayan elegido con criterio objetivo una fórmula determinada para corporizar nuestra organización nacional. Demasiado largo y penoso ha sido el proceso de nuestra homologación social y política para que no se vea en el federalismo de la Constitución argentina la concreción evidente de todos los antecedentes históricos, la resultante de todas las fuerzas dispersas que engendraron el nacimiento de cada pueblo del virreinato, influyendo luego en su desarrollo, en su caracterización y en la formación de su propia enjundia.

La desmesurada extensión de las provincias del Río de la Plata y el aislamiento urbano de cada uno de los núcleos de población que integraban en nuestro país el conjunto de su vida colonial fueron factores principalísimos en la condensación de nuestro federalismo. La falta de comunicaciones y las enormes distancias que separaban entre sí a las ciudades del interior; la diversidad de climas, de topografía, de ambiente geográfico, y de medios de subsistencia, determinaron diferencias profundas en la formación social de los pueblos. Cada centro de población elaboraba así con sus propios elementos una cultura doméstica que tenía su expresión en las costumbres, en el carácter de las gentes, en la naturaleza del trabajo y de las preocupaciones dominantes, en el aspecto físico de la población nativa, y hasta en la clásica tonada lugareña, sello inconfundible que aún hoy nos permite, a pesar del crecimiento del país y de la vinculación creada entre todas las provincias, distinguir con más o menos exactitud la procedencia regional de cada ciudadano argentino.

Ninguno de nuestros sociólogos ha tentado todavía el estudio a fondo de los caracteres armónicos y diferenciales de nuestra población para establecer con precisión los rasgos que nos son comunes y discriminar al propio tiempo las características realmente locales y típicas de los diversos núcleos sociales integrantes, cuyos antecedentes servirán para explicar algún día esa trama confusa de nuestra historia que tantas polémicas ha desatado en el terreno de la literatura sociológica.

El progreso material y el crecimiento de las poblaciones urbanas y rurales ha provocado en estos últimos años una evidente transformación en todas las regiones donde la tradición argentina mantenía intactos ciertos aspectos seculares de aquella incipiente civilización hispanoamericana que proporcionó al país tantos caracteres austeros y recios, forjados en la lucha contra la Naturaleza, el desierto, y la anarquía social diversamente manifestados en cada pueblo y en cada período de nuestra historia. Resulta así un tanto difícil la reconstrucción de ese pasado que se esfuma entre la indiferencia utilitarista de las nuevas generaciones, ávidas por colmar sus ansias actuales en la "férie" de todos los positivimos.

Quizá la obra de nuestros folkloristas logre salvar con la música y los cancioneros populares la esencia legendaria de ese pasado tan azaroso como heroico que constituye, acaso, en todas las latitudes de la República, la mejor levadura de cuantas han servido para la elaboración de nuestra cultura actual.

Entre las tentativas encaminadas a salvar el acervo espiritual de ese pasado, merece destacarse la obra de Juan Alfonso Carrizo, virtuoso folklorista criollo que viene recopilando con una paciencia de benedictino los viejos cantares populares de las provincias, a través de cuya ingenua belleza aparecen espontáneamente manifestados los sentimientos, las ideas y las inquietudes que forjaron en cada región del país las modalidades más peculiares del alma popular.

En muchas poblaciones del interior permanecen indelebles ciertas características sociales y psicológicas que diríamos generadoras; así entre el elemento nativo de las provincias del Norte, por ejemplo, tanto en las ciudades como en la campaña, prevalece el tipo hispanoamericano tal cual lo fundieron los colonizadores en el amplio crisol de su vida cristiana, pastoril y guerrera, mientras el indio de las serranías, que ha mezclado también en menor grado su sangre con la del invasor, transformado en varios aspectos de su existencia por la moderna civilización agropecuaria y por las incipientes industrias locales, subsiste aún con su personalidad primitiva diseminado en los valles o replegado en las mesetas andinas, como buscando en las alturas la proximidad de los viejos astros tutelares.

En la provincia de Salta tres son los tipos étnicos tradicionales que concurren a formar el cuadro de su caracterología regional: el hombre culto de la ciudad, el gaucho y el colla. Descartamos deliberadamente de esta enumeración al mulato porque el número de éstos ha sido escaso siempre en Salta y porque ha carecido de gravitación en la historia de la provincia. Producto del cruce de los españoles y los indios con los negros esclavos, el mulato no tiene otra transcendencia en la formación de ese medio social que la inconducta o la intemperancia esporádica con que de vez en vez nos sorprende algún sujeto bien acomodado en un ambiente de cultura general merced a su ilustración, a su capacidad, a sus éxitos económicos o simplemente a la arrogancia de su apostura. Existen en cambio otras influencias advenedizas que han modificado parcialmente las características primarias de la colectividad, nos referimos a la población de aluvión: el elemento criollo venido del litoral, los italianos, los españoles de nuevo cuño y los turcos y sirios. Estos últimos han llegado a dominar en ciertas poblaciones rurales asimilándose de tal modo a las costumbres y modalidades campesinas que resulta fácil confundirlos por su físico y aspecto externo con los nativos, quizá en razón de la sangre árabe que trajeron a América los conquistadores españoles. Sarmiento recordaba haber conocido algunos árabes en su aduares del desierto que habría jurado haberlos vistos antes entre los paisanos de la República Argentina.

El hombre culto de la ciudad encarna la tradición española, o mejor dicho la tradición hispanoamericana estereotipada en esa “*elite*” criolla que constituyó una clase dirigente en el país desde la Revolución de Mayo hasta el advenimiento de las modernas prácticas democráticas. El cosmopolitismo, acrecido por la inmigración infiltró sus fuerzas renovadores en las masas electorales y reclamó su participación en las funciones directivas del Estado hasta abatir el privilegio social y político de esa clase dirigente. Este tipo de hidalgo colonial, amasado en las faenas rudas de la guerra, de la agricultura, del comercio sedentario y del comercio trashumante, adquiere en cada ambiente local una fisonomía particular. El espíritu es comúnmente la expresión del medio en que se actúa, y al perfil humano, como al de las rocas, lo burila siempre la Naturaleza. Dentro del cuadro de la vida

argentina, este señor de la colonia que presenta en todos los pueblos de América los caracteres más generales y acentuados de la raza trasunta así también en cada zona una idiosincrasia regional.

La ciudad de Salta, fundada por los conquistadores venidos del Perú, en el centro de un fértil valle mediterráneo, para servir de puerto seco entre Buenos Aires y Lima, se pobló a poco andar por gentes de alcurnia en los menesteres del comercio y de la colonización. Los valles de las provincias se llenaron de ganados y de forrajes, y el inverne de las mulas, único vehículo de entonces, acrecentó su riqueza atrayendo la actividad munificente y la radicación definitiva de muchos hidalgos y segundones venidos a América tras el oro de sus ensueños. La cultura peruana tuvo así su influjo en la naciente ciudad, y los hijos de sus fundadores fueron arrieros y comerciantes que elaboraron grandes fortunas en sus azarosos y románticos viajes a lomo de mula a través de los páramos de la cordillera. La sociedad de Salta se vinculó de ese modo estrechamente con los pueblos del Alto y Bajo Perú, y llegó a ser pronto uno de los centros más importantes y prósperos del Virreinato del Río de la Plata.

La Revolución de Mayo encontró a los salteños enriquecidos y fuertes, y esas fortunas y esos brazos se pusieron al servicio de la emancipación americana.

El hombre modesto y cortés, de espíritu cultivado y maneras decorosas, que atiende sus propios intereses o desempeña en la ciudad funciones burocráticas es comúnmente la expresión urbana y sedentaria del gaucho, diferenciándose de aquél en el grado de su mestización. Si el gaucho es la imagen ecuestre del hidalgo pueblero, éste a su vez participa de la nobleza ingénita de aquel señor, como que ambos son distintas ramas de un mismo tronco secular cuando no se confunden en el tipo clásico del estanciero norteño, avezado hombre de campo, corredor en el monte, emprendedor de negocios, varón fuerte y sencillo de ruda corteza y corazón templado, que tan pronto domaba un potro, llevaba mulas a Lima o a Potosí, como iba a discutir a las asambleas constituyentes de la Nación las bases jurídicas de nuestra organización política.

“La hidalguía castellana —dice Ibarguren— la hospitalidad abierta, el orgullo y la altivez con el magnate ensoberbecido y la paternal familiaridad del patrón con el servidor humilde, caracterizan algunos rasgos psicológicos del señor salteño”.

La cultura general de su pueblo y de sus clases principales y la organización de su economía social preservaron a Salta de los estragos de la anarquía que dominó al país desde el año 1820 en adelante. Una serie de gobiernos regulares y el permanente funcionamiento de su Sala de Representantes integrada por hombres capacitados, prudentes y probos atenuó el ardor de las pasiones políticas hasta que la unidad definitiva de la Nación restableció la concordia argentina. Aquellos gobernantes periódicamente renovados dieron pruebas de una patriótica comprensión y salvaron en lo posible el principio de justicia y la serenidad de los espíritus, sólo alterada por los caudillos invasores que vinieron a Salta de otras provincias. En su ambiente público no surgieron, con excepción de Güemes, caudillos dominadores y fuertes, pero el jefe glorioso de los gauchos salteños fue un caudillo a su manera, distinto de los otros, porque su acción sólo se inspiró en un anhelo superior de libertad y de justicia social; las cargas de su caballería montaraz no fueron nunca fuerza ciega y voluntariosa al servicio de ambiciones personales o de banderías subalternas, sino instrumento preciso de colaboración en una gran obra redentora.

El gaucho salteño, de origen comúnmente calchaquí, es más español que indígena; sus sentimientos y sus hábitos, su altivez, su fortaleza y su romanticismo, evidencian que las condiciones de la raza conquistadora prevalecen sobre las de la raza conquistada; nos referimos al gaucho de verdad, al gaucho pastor de ganados que habita en las grandes estancias, cuyos valles, bosques y sierras ofrecen amplio campo de acción a su destreza y permanente solaz a su espíritu campeador y errabundo.

Hablando de estos gauchos, Juan Carlos Dávalos dice: *“Yo reivindico el mote de gaucho para aquel varón “ ecuestre, ya legendario en la memoria de los argentinos del litoral, y para su hermano gemelo del Norte que es todavía, en ciertas regiones, una realidad anacrónica, una supervivencia casi fantástica, un resabio sorprendente de nobles calidades espirituales y físicas. Para formarnos cabal concepto de lo que fue el gaucho —agrega— para readquirir su eficacia en la historia de la civilización argentina y evocar intensamente a los guerrilleros del Norte, considero imperativo como un deber cívico y bello como un antiguo poema de gesta, el estudio directo de tales tipos en su propio medio, ya que el destino, a causa del aislamiento, ha querido que se mantuviesen intactos en los descendientes, las costumbres y los caracteres típicos de sus antepasados”*.³

El gaucho legítimo tiene en realidad cualidades superiores capaces de realzar la condición humana del hombre más civilizado. La tranquilidad y el coraje con que se juega la vida en aras de un ideal o en defensa de una causa que considera justa, está documentada en muchas páginas de la historia argentina. La lealtad y el amor propio constituyen una noble exaltación de su espíritu,

Durante la guerra de la independencia los gauchos norteros desarrollan sus aptitudes bélicas con una abnegación tan singular, con un heroísmo tan acendrado, que desconciertan a los mismos jefes realistas, apabullados ante la presencia de estos nuevos guerreros de sus Indias, capaces de realizar en los bosques de América las hazañas legendarias de su propia raza.

“La República — dice Mitre — tenía fijos sus ojos en Salta: era su baluarte, y Güemes y sus gauchos su esperanza. Desde esta guerra, el dictado de “gauchos” “ que ya se había hecho glorioso en el curso de la Revolución, empezó a ser pronunciado con respeto, aun por sus mismos enemigos”.⁴

La sujeción del gaucho al caudillo que lo lleva a la refriega o a la muerte no es el resultado de una intimidación, ni denuncia un vasallaje subalterno, sino que, por el contrario, comporta una vigorosa manifestación de lealtad, de comprensión o de rebeldía.

El colla de nuestras mesadas y altiplanos argentinos es también mestizo, aunque no lo parezca, pero a diferencia del gaucho, prevalecen en él las características indígenas sobre las españolas. El indio autóctono en estado de la Naturaleza ahora sólo subsiste en sus reductos del Chaco, organizado en tribus en las que imperan los sentimientos primarios y una gran inferioridad psicológica. Estas tribus, como otras procedentes de Bolivia, encuentran siempre trabajo en las minas y en los ingenios azucareros del Norte, donde viven separados de los cristianos en misérrimas tolderías a las que prenden fuego después de las cosechas, al regresar a sus reductos.

³ (1) Dávalos. *“Los gauchos”*. página 14.

⁴ (2) Mitre. *“Historia de Belgrano”*. Tomo 3, página 77.

Volviendo al colla diremos que él ha alcanzado un grado apreciable de civilización. En Iruya, Santa Victoria y Yavi, los hay tan leguleyos y celosos de sus derechos, que algunos duermen con el código debajo de la almohada; otros son grandes calígrafos; sus alegatos ante los jueces de paz contienen frases y giros retóricos cuya construcción guarda mucho del castellano antiguo.

El colla, oriundo de las regiones montañosas y frías, profundamente arraigado al pedazo de suelo en que han vivido y muerto sus antepasados,- conserva algunos mitos indígenas, tradiciones y cosmogonías aborígenes que el concilia con la práctica rudimentaria de su catolicismo fetichista.

El aislamiento en que vive lo ha desligado de las necesidades y de las ambiciones que imponen al espíritu humano la emulación y el progreso de los otros. Agricultor, siembra habas y maíz para su propio sustento, y con el resto de su cosecha realiza trueques con otras mercaderías indispensables a su existencia, que él no puede producir. Pastor, cuida sus rebaños de cabras, ovejas, llamas o vicuñas, con la misma dedicación del que administra cuantiosos intereses económicos. Arriero, abandona temporariamente el rancho alzado en algún sitio estratégico al resguardo de los vientos, para hacerse la “changa” de un arreo de vacunos a Chile a través de la cordillera, por un camino de nieve y de sal, en una caravana que dura más de diez días, durante los cuales los hombres y las bestias se identifican en su pequeñez frente a la Naturaleza invencible, a lo largo de un desierto desolado y yerto, sembrado de restos humanos y de osamentas de animales que han encontrado allí la muerte bajo la nevada sorpresiva y trágica.

El colla es sufrido y sobrio en extremo. Ejerce de diversas maneras su actividad casi vegetativa: fabrica él mismo las ojotas de cuero con que se calza y teje con la lana de sus esquilas las telas de barracán con que se viste; camina a pie leguas de leguas, arreando burros o llamas en el trajín de su comercio rudimentario, pero adolece de la generosidad y del señorío del gaucho; no practica la hospitalidad y desconfía de cuanto le rodea, es mezquino, curioso y escurridizo; elude en lo posible el trato con los blancos y regatea fácilmente lo pactado, sin cuidarse de la palabra empeñada. Su rostro tostado por el sol de la puna y batido siempre por el viento de las alturas mantiene inalterable el aspecto apergaminado y los rasgos mogólicos de las razas aborígenes quichua y aimará.

Entre las gentes cultas de las ciudades y de los poblados valles del Norte, es fácil encontrar tipos evolucionados de origen europeo, profundamente intuidos por la psicología del colla, y aunque es evidente la mayor difusión del gaucho en los rasgos fundamentales del carácter norteño, la diversidad de factores étnicos a que nos hemos referido explica la manifiesta falta de homogeneidad en el tipo medio de los habitantes nativos de las provincias del Norte, lo que ha confundido a muchos escritores, provocando apreciaciones contradictorias acerca de su caracterología regional.

EL EMBRUJO DEL RASTREADOR

La inteligencia humana está constituida por un conjunto de condiciones que se estructuran de diversa manera en el espíritu de cada persona, exactamente como sucede con las figuras multiformes y siempre renovadas de un caleidoscopio. Podría decirse así, en sentido figurado, que cada espíritu tiene su impresión digital.

La capacidad de comprensión de cada cual no es tampoco igual para todas las cosas o materias que pueden ser objeto del conocimiento. La memoria y las distintas facultades intelectivas tienen en estado de Naturaleza las características propias de la herencia y de la raza, y se hallan profundamente vinculadas a la anatomía y a la fisiología del sujeto; el posterior desarrollo de la conciencia y de la cultura personal produce en el espíritu las transformaciones más variadas y sorprendentes. El cultivo de la inteligencia, o mejor dicho el desenvolvimiento de la mentalidad, resulta un proceso tan deshilvanado y azaroso como la vida misma, pero en él ejercen siempre su natural influencia las aptitudes orgánicas, el estudio, la educación, las preocupaciones dominantes y el medio ambiente en que vivimos y actuamos, ese medio ambiente que nos envuelve formando a nuestro alrededor una atmósfera moral dentro de la cual respiramos, nos movemos y nutrimos nuestra propia personalidad.

Todas estas reflexiones, que no son, en realidad, sino la enunciación de unas cuantas verdades de Perogrullo, me vienen a la mente a propósito de un tipo clásico en nuestras tradiciones camperas, el rastreador, figura legendaria de las campañas argentinas magistralmente descrita por Sarmiento en su "Facundo".

El rastreador adquiere en la imaginación de las nuevas generaciones urbanas absorbidas por el progreso técnico y por esa sensibilidad desaprensiva y sintonizante que nos ha traído el adelanto inusitado de las ciencias y las artes, cierta aureola mitológica: su figura no es fácilmente comprensible, quizás porque ella no cabe en el realismo un tanto descreído de esa juventud actual que sin mayor esfuerzo propio está viviendo al ritmo de los acontecimientos universales todos los beneficios de la civilización contemporánea.

—*Yo no creo en el rastreador*— me decía cierta vez un amigo muy inteligente, ingeniero y profesor distinguido que acababa de desempeñar una misión científica en Europa—. *El rastreador es una figura simbólica que ha servido a nuestros poetas y literatos para enaltecer a los pobres y desamparados habitantes de nuestras campañas del interior, últimos ejemplares de una raza sin más condiciones que su resistencia física y su estoica resignación indígena. Está bien que esas hazañas fantásticas se hayan narrado en la época de nuestras guerras civiles, en que hasta los jefes más valerosos de esos ejércitos indisciplinados y temerarios eran supersticiosos y creían en duendes y aparecidos, pero que no me vengan a mí, a esta altura del siglo XX, con el cuento de aquel famoso Calibar de Sarmiento, que descubría un robo después de meses de efectuado porque le había descubierto el rastro al ladrón; que no me vengan a mí con el cuento de que es posible encontrar en Córdoba una mula, que se ha perdido veinte días antes en San Luis o en La Rioja, con sólo seguirle el rastro a través de los pastizales y de los caminos transitados por tropas de ganados. Aparte de que eso es materialmente imposible, se necesitaría ser brujo para distinguir la pisada de ese animal entre todas las otras.*

—*A mí no me extraña su incredulidad* —le respondí—. Los hombres súper-urbanos, los hombres que como usted sólo conocen en su patria la capital de la República y sus alrededores, los balnearios de moda y una que otra ciudad importante del interior, y que tienen mayores informaciones de la vida europea que de su propio país, ignoran muchos encantos misteriosos de la vida argentina y carecen de la sensibilidad necesaria para apreciar la mentalidad del campesino que ha vivido siempre en las Pampas, en las selvas o en las montañas la existencia agreste del águila o de la torcaz. Esas gentes, de una cultura simple y primitiva, viven en contacto con la Naturaleza y se han abstraído a las transformaciones sociales que provocan el desarrollo de determinadas facultades de la inteligencia indispensables en la lucha por la vida dentro de un ambiente de progreso y de civilización. La intensidad de la lucha aguja, naturalmente, los recursos espirituales hasta la sutileza, pero no crea usted que esos hombres son inferiores a nosotros: ellos también luchan inteligentemente para subsistir y desenvolverse frente a esa misma Naturaleza, sin tener a la mano los recursos de la técnica y todos los adelantos y facilidades que hoy se ofrecen al hombre culto y que constituyen los frutos más portentosos del ingenio humano.

—Pero ¿cómo me explica usted el caso del rastreador? --preguntó mi amigo.

—Sencillamente, como le explicaría el de los fakires —le respondí— que no es sino la resultante de un ejercicio denodado de la voluntad y de todas las facultades de la inteligencia puestas al servicio de esa voluntad. A propósito voy a relatarle un recuerdo personal que le revelará el misterio del rastreador.

“El año 1926, siendo yo ministro de Gobierno de mi provincia, hice un viaje a La Rioja acompañando al gobernador de Salta, Dr. Joaquín Corbalán, que debía concurrir a una conferencia de gobernadores del Norte y del Noroeste a reunirse en la capital de aquella provincia, gobernada a la sazón por D . Adolfo Lanús.

“El tren nocturno en que nos embarcamos en Tucumán con los gobernadores del Norte y sus acompañantes nos abandonó a la madrugada siguiente en la estación Chumbicha, situada en la provincia de Catamarca, próxima al límite con La Rioja. Allí debíamos esperar hasta la tarde un convoy del Estado en el que nos reuniríamos con el gobernador de Catamarca, señor Madueño”.

“En Chumbicha tuvimos la grata sorpresa de encontrarnos con el doctor Guillermo Correa, el inolvidable y talentoso escritor ya desaparecido, espíritu enjundioso y satírico, que hizo en un libro admirable el elogio de la zoncera. El gran catamarqueño, que fue gobernador ejemplar en su provincia y legislador eminente en el Congreso de la Nación, amenizó con su charla interesante y locuaz nuestra larga espera en Chumbicha.

“En el hotel del pueblo, el Dr. Correa nos presentó un amigo suyo, al gobernador de Jujuy, D. Benjamín Villafañe, al senador nacional doctor Luis Linares y a mí. El amigo era un caballero riojano poseedor de un campo situado en el norte de su provincia. Don Guillermo trajo a la conversación el tema de los rastreadores de La Rioja, relatando con vivos colores algunos interesante episodios de actualidad. El recién presentado dijo entonces:

—Yo tengo a mi servicio un muchacho que es considerado como uno de los mejores rastreadores de La Rioja. Hace pocos meses la policía me lo pidió para que colabore en una pesquisa en persecución de unos asaltantes que dos semanas antes se habían internado en la sierra de Velazco, y tres días después éstos fueron encontrados gracias a la pericia del muchacho que les había descubierto el rastro.

“En ese momento se acercó a nosotros un peón joven, de aspecto humilde y vivaz, y le anunció al riojano que los caballos estaban listos.

—Vean; este peoncito es el rastreador de que les hablo.

Todos lo rodeamos y lo acosamos a preguntas.

—¿Es usted rastreador?

—Sí, señor.

—¿Podría usted distinguir por el rastro la edad del animal?

—Claro que sí.

—¿Y el paso con que marcha?

—También.

—¿Y el sexo del animal?

—Claro que sí, patrón —respondió, sonriendo de la ingenuidad de nuestras preguntas.

—¿Y cuando el camino está lleno de otros rastros, usted puede distinguir entre todos el del animal que va siguiendo?

—A veces un rastro más fresco lo borra del todo, pero en seguida se le encuentra de nuevo.

—¡Admirable! —exclamamos.

—¿Y cómo se las arregla usted para distinguir entre tantas pisadas la del animal que va rastreando? — pregunté yo, un tanto acuciado por la curiosidad.

—Es muy fácil, señor; conociendo la pisada del animal *usté* ya no lo pierde más.

—¿Y cómo lo conoce?

—Yo no sabría explicarle. Es la práctica, patrón. Nosotros estamos en eso desde chiquitos, y los ojos se hacen a leer en el rastro. Es como cuando *usté* recibe una carta de un amigo: si le conoce la letra mira el sobre y ya sabe quién le ha escrito, y *usté* no se equivoca porque *usté* está siempre en eso.

—*Este criollo es más inteligente y sagaz que todos nosotros; la explicación me resulta maravillosa por su sencillez y profundidad*—exclamó el Dr. Correa, dibujando una sonrisa volteriana en su rostro enjuto de viejo hidalgo que Jorge Bermúdez ha reproducido en una de sus telas magistrales.

Mi amigo, que había escuchado con atención mi relato, quedó sorprendido.

—*”Realmente* —dijo, comentando el caso—, *la explicación del gauchito era maravillosa, y en ella se percibe con claridad como el hombre resulta siempre un instrumento de la Naturaleza, cuyas fuerzas ,esotéricas van elaborando insensiblemente sus ideas, su carácter, sus sentimientos y sus*

pasiones, y cuán grande y portentoso es el poder de la memoria y de cualquier otra facultad del espíritu cuando se la cultiva objetivamente con intensidad y perseverancia.”

La destreza extraordinaria y desconcertante del rastreador quedaba así despojada de ese misterioso prestigio de leyenda que constituye el embrujo de sus hazañas. El niño de escuela que al primer golpe de vista lee una palabra sin reparar en las letras y en las sílabas que la forman, y que casi en el mismo momento lee otra y otras palabras hasta completar una frase que encierra una idea, realiza con la misma destreza que el rastreador, idéntica función psicológica, pero eso a nosotros no nos sorprende porque estamos acostumbrados a ello y porque el alfabetismo ha llegado ya a todos los ámbitos de la República, y constituye un instrumento mecánico de nuestra actual vida de relación, sin que nos preocupe debidamente el daño que hacen los pasquines y libelos que circulan libremente por el país, en el espíritu simple de los alfabetos primarios, carentes de otros elementos defensivos de cultura y elevación espiritual.

EL HOMBRE DE LA PEQUEÑA CUESTIÓN

Juan Castro era un hombre cordial, afectuoso y bonachón. Desde muchacho se había destacado por su rectitud y serenidad. De carácter expansivo y jovial irradiaba una gran simpatía. Sus amigos decían de él que era “oro en polvo”. Cuando retornó a su provincia munido de un título universitario meritoriamente conquistado, todo hacía pensar que Juan Castro estaba llamado a triunfar ampliamente en la vida. Joven, fuerte, rico y afortunado, tenía todos los caminos abiertos a su paso, pero Juan Castro a pesar de su bondad, de su inteligencia, de su honradez y de su sano juicio, adolecía de un defecto bastante generalizado entre personas cultas y de buena fe: Era el hombre de la pequeña cuestión.

Para él todas las cosas malas eran malas y todas las cosas buenas eran buenas; pero estas últimas tenían siempre un “pero”, y ese “pero” era el que complicaba los problemas, el que hacía fracasar las soluciones posibles, el que obscurecía la realidad de los hechos, el que postergaba para mejor oportunidad todos los asuntos impostergables.

Y no se crea que era falta de talento ni ningún senti⁵⁴ ERNESTO M. ARÁOZ

miento sórdido lo que lo llevaba a ese deplorable extravío de su propia conciencia honrada y razonadora; Juan Castro no era ni egoísta ni envidioso, ni tonto, pero sí prudente y circunspecto, y esa prudencia presuntuosa de hombre respetable lo tornaba desconfiado o medroso en los momentos decisivos, por eso a pesar de su clara visión fácilmente encontraba él un punto oscuro en todas las cosas y, en el preciso momento de obrar, su prudencia le tiraba del saco.

Juan Castro no era un ególatra, pero la dignidad y el respeto con que sus propios coterráneos habían rodeado a su persona, llegó a darle cierto aire importante. El cuidado de su buen nombre era en él una preocupación absorbente que no le permitía distinguir los matices sutiles de las cosas, que le impedía apreciar las vinculaciones externas y generales de los hechos aislados y la repercusión remanente de los mismos en la gran acústica de la vida social; carecía de esa sensibilidad necesaria para percibir a la distancia la vibración de las ondas que transmiten el sentido oculto de los hechos sin transcendencia aparente. Su propia conciencia lo engañaba fácilmente dándole la sensación de que lo más conveniente era aquello que, a simple vista parecía lo mejor. Así salvaba él también su prestigio personal y cuidaba su propia honestidad, de la que se sentía muy satisfecho.

Mientras Juan Castro fué un hombre de su casa, sin más obligaciones y compromisos que los que le creaban sus deberes de familia, sus amistades personales, su actividad profesional y sus negocios privados, el prestigio de Juan Castro era incuestionable, nadie habría osado insinuar una duda acerca de sus destacadas calidades espirituales y morales, porque Juan Castro era en su pueblo una catedral de carne y hueso. Pero un buen día el Estado y la política sintieron la necesidad de utilizar sus aptitudes en beneficio público, y como Juan Castro era profundamente patriota, se entregó con toda sinceridad al Estado y a la política.

¡Cómo habrían de malograrse su ilustración, sus virtudes de ciudadano consular y la eficiencia que había demostrado en su vida de trabajo!

Lo hicieron ministro. Era necesario organizar las finanzas de su provincia, y Juan Castro era una garantía para la opinión pública. Su designación, por otra parte, salvaba a su partido de un nombramiento absurdo en el que se hallaba encaprichado el gobernador y que hubiera provocado una división en el partido y quizá la caída del gobierno. Él lo comprendió perfectamente.

Juan Castro trabajó con empeño durante seis meses; modificó sistemas, realizó reajustes, encauzó la marcha de la administración y tenía ya listos algunos importantes proyectos que hubieran equilibrado las finanzas de todas las reparticiones, pero cierto día, el diario oficial del partido hizo una alusión descomedida para el ministro y éste se afectó sobremanera; investigó el origen del suelto y supo que su autor era el jefe de una repartición provincial. Juan Castro exigió la eliminación inmediata de aquél, pero el gobernador objetó que la designación de ese funcionario era un compromiso delicado que había permitido conectar las fuerzas políticas que sostenían al gobierno y asegurar la mayoría legislativa. El funcionario ofreció sus excusas, el diario se rectificó, pero Juan Castro no aceptó excusas ni escuchó las razones del gobernador ni de sus amigos y se retiró del ministerio, abandonando su obra iniciada con tanto éxito. Dos días después se producía el nombramiento absurdo que antes se había evitado y ello desquició al partido y al gobierno que él había contribuido a formar. Luego las cosas se complicaron y un año después un juicio político suspendía en sus funciones al gobernador, provocando una intervención federal que entregó el gobierno al más deplorable de sus adversarios, pero Juan Castro había salvado su dignidad y su honor .

En otra ocasión, los adversarios políticos de Juan Castro habían proclamado candidato a gobernador a un caudillo audaz y temerario que había estado preso por estafa. Era un escarnio a la cultura cívica de la provincia, pero aquel caudillo arrastraba a las masas con los arrebatos de un elocuencia demagógica en la que se atizaban todas las pasiones subalternas. Los núcleos de gentes responsables y de trabajo, se aprestaron a defenderse. Las perspectivas electorales eran duras, pero la opinión independiente podía salvar la situación. Un grupo importante de ciudadanos que habían formado una agrupación política sin vinculación con los partidos actuantes ofreció su adhesión al partido de Juan Castro, a condición de que éste ocupara el segundo término de la fórmula a proclamarse. Esta adhesión era considerada por todos, indispensable, si se quería alcanzar el triunfo. Juan Castro estimó un deber de conciencia propender esta vez a la derrota del adversario y aceptó su candidatura, pero olvidando las crudas realidades que nos ofrece la práctica de la democracia, exigió a su partido la eliminación previa de un candidato a legislador provincial a quien el comentario público sindicaba como hombre de pocos escrúpulos en sus chanchullos políticos, y como ese ciudadano era un caudillo insustituible en su distrito electoral los partidarios de Juan Castro fueron derrotados en esa circunscripción determinando esa derrota la pérdida total de la elección y el consiguiente descalabro para la provincia.

Juan Castro fue radiado por incauto de la política y de su pedestal de prócer urbano.

Esta historia de Juan Castro es la historia de muchos; es la historia del hombre de la pequeña cuestión. que ha anarquizado siempre la vida política del país en desmedro de cualquier partido dirigido por gente sana y responsable, capaz de realizar en el gobierno obra fecunda y duradera, y esta

historia se ha repetido cien veces en beneficio de los que sólo especulan en la magia desorbitante de estas tres palabras francesas: *Liberté, Egalité, Fraternité*.

BREVES DISGRESIONES ACERCA DE UN BAILE

Una orquesta típica diluye en el amplio salón estucado su música lasciva, salpicada de ruidos extraños, mientras las parejas se agitan armoniosas en el mágico arrebató de una danza de moda.

Muellemente repantigado en un amplio sillón Luis XVI atisbo desde mi rincón los detalles del gran baile que ha congregado esta vez, como todos los años, a lo más granado de la sociedad de Salta.

Es ésta la fiesta tradicional con que las gentes de tono de mi ciudad celebran el glorioso aniversario de la gran victoria obtenida por el ejército patriota al mando del General Belgrano en los alrededores de este pueblo el 20 de febrero de 1813.

El clásico baile del 20 es, quizá, la exteriorización más brillante y fastuosa de la cultura social ambiente. La vieja sociedad norteña de rancio abolengo español y peruano formada en su mayoría por familias descendientes de antiguos hidalgos y grandes capitanes de la conquista, conserva aún el orgullo presuntuoso de su prosapia, un tanto enturbiada ya por el flujo y reflujo de sus mareas étnicas.

Su club, el centro social por excelencia, ha cuidado con relativo esmero los prestigios de la tradición lugareña hecha de sentimientos viriles y de una noble sencillez ancestral, que tiende a transformarse complicando la vida y desvaneciendo el perfume bíblico que exhalan los hogares antiguos.

La iluminación baña profusamente todos los ámbitos del salón, destaca la sutil elegancia de los atavíos femeninos dando realce a la juvenil belleza, y resplandece como en un espejo sobre el bruñido *parquet* de roble que convida a bailar.

Los tangos, los *shimmys*, los *foxtrots* y los *charleston* se suceden desordenadamente mientras los cuerpos gráciles de cien mariposas humanas trazan en el aire raudas espirales de luz.

El baile está en su apogeo. Yo lo contemplo con la pasividad un tanto dolorosa de quien ha cedido su sitio de batalla en el escenario social a los representantes de una nueva generación.

La alegría vocinglera de las parejas revolotea en torno de mi propia juventud, entrada ya en discreto reposo por razones de estado civil y de convencionalismos sociales. Mi espíritu se ha hundido paulatinamente en una zona tenue, de una leve melancolía, propicia al ensueño. La imaginación me ha llevado lejos del baile; la música llega a mis oídos como un rumor lejano que no alcanza a turbar el pensamiento. Evoco por contraste otros grandes bailes a que yo asistiera, hace todavía muy pocos años, en este mismo suntuoso edificio que la iniciativa y el tesón de unos cuantos *clubman's* de raza han consagrado a la cultura y a la austeridad social de Salta; evoco otros bailes a que yo asistiera lanza en ristre con mis primeras ilusiones, y... ¡cuán distintos me resultan aquellos bailes de los bailes de ahora!... Yo no me atrevería a afirmar categóricamente dónde encuentra mayor deleite el espíritu, si en esto o en aquello: en el esparcimiento moderado que teje frases sutiles y guarda las formas clásicas de la gentileza, o en esta onda cálida de Oriente, producto quizá de la post guerra, que está arremolinando a la cultura europea como si fuera una revancha del paganismo venida desde el fondo de la historia.

Y no es esta impresión un engañoso miraje del recuerdo que con frecuencia magnifica el pasado. Mi mente ha realizado algunas disecciones que le permiten establecer diferencias concretas.

Ahí está, desde luego, la música de la orquesta, hecha de vértigos locos y de ritmos procaces; es el dorado prestigio de Montmartre triunfando en los salones sobre la gélida sobriedad provinciana, cuyo mayor avance estaba hasta ahora representado por el romanticismo social y literario de Espronceda y de Musset.

El tango ha traído a los salones algo del espíritu trágico y funambulesco del arrabal. Es el triunfo de los sentidos y de las agua-fuertes sobre las armonías suaves, sobre el pueril recato y sobre los hondos prejuicios sociales; sus cadencias aproximan alevosamente los cuerpos y sugieren nuevas nociones estéticas, y esto que parece una revolución no es más que una transformación; la sociedad salteña se moderniza a pesar de la sombra del convento; el aluvión va acumulando sus sedimentos al margen de los ríos tranquilos, de la misma manera que el trabajo acumula riqueza y trastoca a la vuelta de una generación muchos valores sociales.

Los músicos corean a ratos el baile y algunas jóvenes aplauden estruendosamente a la orquesta. Colombina y Pierrot han conquistado ya el cetro de las grandes fiestas que fueran tradicionalmente graves y parsimoniosas. El solemne lancero que congregaba a las señoras y a los hombres más respetables de la sociedad y de la política de aquellos tiempos ha caído en desuso y hasta sería una nota chirle en el programa; el nuevo ambiente social deshecha ya los pretextos baladíes para los discreteos; los lanceros estorbarían ahora a los jóvenes porque interrumpirían los tangos y los *foxtrots* y porque se destacaría tal vez con tono demasiado subido la crisis de la gentileza.

La alegría de las fiestas sociales es ahora franca, expansiva, ruidosa, cordial; las emociones y los sentimientos no admiten reticencias. La mujer ha conquistado también entre nosotros una relativa libertad que ella utiliza a veces con cierta elegancia provocativa, usando de una vanidad desdeñosa que las hace más atractivas y que está bien disculpada en quienes han sido hasta ayer esclavas de una pesada rutina social que las tenía condenadas a una tiesura hierática de imágenes antiguas, pues hasta era de mal tono en un baile que una dama abandone su asiento sin que algún caballero ofreciéndole el brazo recabe su compañía... y luego las monótonas vueltas al salón de las parejas rigurosamente *embracetadas*, con ese aire orondo y circunspecto que todavía gastan por aquí algunas personas que van quedando a la zaga en esta evolución de las costumbres.

El marco no varía, pero el alma de la ciudad ha renovado sus posturas, sus preocupaciones y sus ideas.

Desde los balcones del club contemplo envuelto en el silencio estático de la noche el cuadro centenario que han visto todas las generaciones de Salta. Por el lado del Levante el cerro de San Bernardo destaca su mole tras las siluetas de las casas cual si fuera un guardián inmutable y eterno de la ciudad; sobre la línea sinuosa de sus cumbres la torre de San Francisco dibuja una calcomanía en el horizonte estrellado que comienza a colorarse con los primeros arboles de la aurora. La plaza dormida a la sombra de los naranjos y de los tarcos parece servir de puerto seco al antiguo cabildo que imagino una carabela española anclada allí desde fines del siglo XVI.

Vuelvo al salón. La fatiga del baile se dibuja ya en todos los semblantes y las cadencias de la danza parecen ahora más pausadas, como si se tratara de la celebración de un antiguo ritual religioso. Muchas parejas se han refugiado a esta hora en el *buffet*, cuyas mesas están completas. Hombres y

mujeres se han dado a la misma tarea de resarcir las fuerzas gastadas en la activa vigilia. Una buena ración de pavo o de lechón asentada con champagne une ahora a jóvenes y viejos en el buen sentido práctico de este siglo gastronómico y materialista.

AQUÉLLA LEY RESULTÓ INEFICAZ PORQUE A CONTRERAS SE LE OCURRIÓ UNA IDEA

¡Con cuánta dedicación y entusiasmo había trabajado la comisión especial designada por la Cámara de Diputados, para el estudio de aquel importante proyecto de ley!

La situación general era en ese momento delicadísima. La crisis había precipitado la baja catastrófica de todos los valores, y el esfuerzo creador denodado y perseverante de los hombres que luchan por mantener el nivel de la riqueza conquistada por el país, resultaba impotente para salvar de la bancarrota al comercio, a la producción y a las industrias.

Todo el sacrificio de los propulsores que han comprometido sus ahorros y su experiencia buscando una legítima expansión de sus negocios en beneficio propio y en beneficio también de la clase trabajadora, bailaba ahora en la cuerda floja.

La responsabilidad del gobierno era enorme, porque ya no se trataba solamente de gobernar con honestidad, de cobrar y de pagar, de utilizar el remanente de la renta pública en obras de progreso y de embellecimiento distribuidas pródigamente en el presupuesto de la Nación, sino de evitar la muerte de la gallina de los huevos de oro, de salvar del naufragio a todas las clases productoras del país.

Los fenómenos económicos tienen en los tiempos actuales un aspecto nuevo, debido a la interdependencia que, por diversas razones que no es el caso enumerar aquí, se han creado entre todas las naciones del mundo, por eso, su solución a base de medidas de carácter nacional, resulta cada vez más relativa.

Gobernar, no es ya el deporte a que se entregaban antes alegres y confiados tantos políticos afortunados, anhelantes de prestigios y de gloria. Gobernar, es hoy realizar el esfuerzo máximo de la inteligencia y el sacrificio de la personalidad para bien de la Patria, aunque a veces, resulte para mal, por falta de acierto.

Así lo habían comprendido los miembros de aquel Parlamento laborioso y honesto, febrilmente entregado a cooperar con el Gobierno, a cuyo frente se hallaban figuras responsables, capaces de pilotear la nave en días tormentosos.

Los proyectos del Ejecutivo llegaban unos tras otros al Congreso, y las comisiones de las Cámaras, integradas por hombres que habían demostrado predilección y competencia en cada una de las materias de que éstas se ocupaban, desmenuzaban esos proyectos, interrogaban a los ministros, requerían la presencia de los técnicos, de las entidades representativas directamente interesadas en cada una de esas sanciones; estudiaban, discutían, confrontaban opiniones, y después de haber madurado un criterio, elaboraban su despacho para entregarlo a la deliberación de la Cámara munido de los fundamentos que el miembro informante debía aportar a nombre de la mayoría de la Comisión.

Bajo la bóveda del Parlamento se extiende un majestuoso recinto legislativo de puro estilo romano; en sus bancas enfiladas en semicírculos concéntricos, reposan su humanidad diputados de diversa procedencia y catadura física. Los hay viejos y jóvenes, obesos como una ballena y flacos como un galgo; blancos, rubios y morenos arrogantes y desvencijados; algunos ostentan una apuesta belleza varonil, mientras a otros parece que les duele la cara de puro feos.

En aquel ambiente caldeado por la temperatura política del país, vibran las palabras y se entrecruzan las ideas más diversas. La elocuencia adquiere distintas tonalidades, a veces la voz emerge sonora y modulada y su música va siguiendo la expresión del pensamiento; otras, es meliflua o aflautada, y en ocasiones, impertinente y chillona como el timbre de un cine de barrio. Los discursos llueven de distinto modo en el recinto, unas veces son garúa y otras chaparrón. Los grandes parlamentarios dan la nota de elocuencia que la barra reclama, pero sus discursos no siempre contienen la verdad. Hay expositores de una monotonía soporífera a quienes poco se escucha y que, sin embargo, evidencian una gran versación y un concepto cabal de la realidad. Sucede, a veces, que un orador novato que habla con palabra entrecortada y medrosa, ha dicho lo mejor de la tarde. Hay diputados sencillos y convincentes en la magnífica armonía de la síntesis. La improvisación ingeniosa y sarcástica tiene allí siempre un rol preponderante; a veces la sagacidad de un pensamiento desbarata con nada, un discurso prudentemente elaborado; para el orador interrumpido es entonces aquello como si lo partiera un rayo.

Y es en esa sala, cuya acústica está más en la opinión de la calle que en su propio recinto, donde se amasan las leyes con la masa y las levaduras que las comisiones preparan.

En la Cámara, nunca falta un diputado oficialista que se destaque por su distinción y afabilidad. Es éste, generalmente, un hombre de mundo, desenvuelto y versátil; al penetrar al recinto saluda cordialmente a todos los colegas que se hallan próximos y hace una gentil reverencia al Presidente desde su banca; siempre encuentra él en la barra algún amigo a quien saludar afectuosamente con la mano. Este diputado no trabaja en ninguna de las comisiones, aunque pertenezca a alguna de ellas, pero interviene incidentalmente en todos los debates. Es un hombre de ideas generales y conoce el esquema de todos los asuntos, lo que le permite mariposear con elegancia sobre ciertos temas, sin penetrar jamás en su contenido. Es amigo de los cronistas parlamentarios y los párrafos con que él hace su incursión en los grandes debates, aparecen en los diarios mejor destacados que muchos discursos fundamentales, de los que sólo se publican síntesis. Nuestro hombre, es el diputado "*Parrafito*", porque siempre tiene algo que decir en pocas palabras, pues la conservación de sus prestigios parlamentarios, exige que su nombre se halle permanentemente vinculado a la sanción de todas las leyes importantes. Otras veces presenta proyectos fantásticos, de un beneficio público indiscutible, pero cuya aplicación arruinaría las finanzas de la Nación.

Cuando aquel despacho salió a la orden del día, el debate se generalizó con una amplitud un tanto fatigosa, pero la bondad del proyecto quedó evidenciada. Los diputados de la oposición lo atacaron con desgano; bien comprendían también ellos la eficacia de las medidas a tomarse, pero estaban obligados a defender los principios doctrinarios y políticos de su partido. Era indiscutible que

nada mejor habría podido concebirse en esos momentos para salvar el país y restablecer el equilibrio de sus fuerzas productoras sin herir otros intereses en juego.

El despacho se aprobó en general, pero, al tratarse en particular no faltó más de un diputado “*Parrafito*”, colaborador oficioso de la mayoría, que, con el propósito de mejorar el asunto, lo empeorase.

—*“Este proyecto está hábilmente concebido —decía el diputado Venancio Contreras—. Yo felicito con fervoroso entusiasmo al señor ministro autor de la iniciativa y a la mayoría de la Comisión que con tanto acierto ha perfeccionado el proyecto originario, pero, yo no votaré esas multas que aquí se proyectan porque las considero absurdas, no podemos poner en manos del Poder Ejecutivo un arma que puede ser manejada con prepotencia en perjuicio de la libertad del trabajo y de la libertad de comercio, ampliamente garantizadas por la Constitución Nacional”.*

El ministro refutó: *“La fuerza de esta ley ha de radicar precisamente, en la aplicación de esas medidas coercitivas”.*

El miembro informante protestó con energía de la oposición del diputado Contreras. “El señor diputado no conoce el asunto y ni siquiera ha seguido el debate . Acaba de llegar de la calle y en ese momento se le ha ocurrido una idea, sin considerar que la Comisión ha trabajado empeñosamente dos semanas para producir este despacho, en el que se han armonizado todos los problemas que él encierra; este despacho tiene la firma de diputados de distintos sectores, y han colaborado con nosotros el señor ministro y los técnicos oficiales y puedo asegurarle al señor diputado que no se trata de una improvisación, en cambio, la idea del señor diputado es una idea aislada e inconsulta, que si llega a prosperar habrá herido de muerte a esta ley en el momento de su sanción”.

Pero el diputado Venancio Contreras era un hombre importante y presuntuoso, y no en balde había lanzado ya su opinión en pleno recinto.

—*“Mi amistad y solidaridad con el Gobierno, no puede coartar mi libertad de conciencia”.* *“Entiendo prestar un señalado servicio al Gobierno y al país propendiendo a eliminar de esta buena ley, disposiciones como ésta, de una rigidez inquisitorial, y que echa por tierra los propósitos que se persiguen con su sanción, desde que la torna inconstitucional”.* (Aplausos en las bancas de la izquierda) .

Como en el “Barbero de Sevilla”, también en los debates parlamentarios se pasa fácilmente del vientecillo al huracán . La oposición, que hasta ese momento había colaborado con su pasividad silenciosa al votarse cada artículo, no quiso ser menos que el diputado Contreras, y se lanzó a la carga con su artillería de fuegos artificiales. Aquella sesión terminó a altas horas de la noche por falta de “*quorum*”.

En la sesión siguiente, la mayoría peligraba y hubo que transar con la oposición y con algunos diputados amigos, embaucados por los impresionantes argumentos del diputado Contreras; pero, aquel despacho tan prudente y concienzudamente elaborado por la Comisión, resultó una ley ineficaz, “porque a Contreras se le ocurrió una idea”.

Hay así muchas leyes malas en el país que debieron ser buenas, y que no lo son, porque algún Contreras intentó superar su propia capacidad a expensas de la eficiencia de una sanción legislativa.

Por eso yo he admirado siempre el buen sentido, la prudencia y la sabiduría de los legisladores que callan, cuando nada tienen que decir.

LA GLORIFICACIÓN DE AVELLANEDA

La ciudad de Buenos Aires inaugura hoy el monumento de Nicolás Avellaneda.

La gratitud nacional consagra así ante la posteridad la memoria del Presidente ilustre a quien cupo la gloria de clausurar el período histórico iniciado en 1820 por los caudillos del litoral en la Cañada de Cepeda y terminado en 1880 en el Congreso de Belgrano con la federalización de Buenos Aires.

Avellaneda encarnó la expresión más noble y preclara del alma argentina. Llegado a la primera magistratura del país en plena juventud, con su espíritu luminoso encendido en la pasión del bien público; con la lozanía de su talento en floración; poseído de un patriotismo que había convertido la sangre del padre sacrificado por la tiranía en lumbre divina, sublimada en la elocuencia fervorosa y arrobadora del hijo, su paso por la presidencia de la República debía señalarse necesariamente por la *fecundia* de su acción.

Avellaneda realiza desde el gobierno la culminación de la obra comenzada después de Caseros por los organizadores de la nacionalidad. Nadie más habilitado que él para tentar ese último esfuerzo definitivo; hombre del interior, proveniente de un hogar enaltecido por la abnegación y el martirio de su jefe; acogido en Buenos Aires con la admiración y el respeto que infundían su talento y las nobles condiciones de su espíritu, el éxito le estaba deparado. Era un predestinado.

Durante su gobierno se fijan las líneas de mayor avanzada en los fortines del desierto y se inicia el desarrollo de la riqueza agraria sobre las pampas conquistadas al indio, bajo la égida de una ley de tierras que con la ley de inmigración han vinculado su nombre a la expansión futura del país. La instrucción primaria fue ampliamente propulsada, pero lo que más lo develó como Ministro y como Presidente fue el cultivo y el ordenamiento de la educación superior y universitaria.

El ferrocarril a Tucumán, que él inauguró personalmente, abre la primer picada del progreso en las zonas promisorias del Norte argentino, y rinde el primer tributo del estímulo oficial de la Nación a la riqueza latente que la Naturaleza ha puesto en la entraña de la tierra fecunda.

La cultura de Nicolás Avellaneda compendia la culminación de todas las virtudes sociales de su época. Su espíritu, flor de selección, había recogido en su corola abierta como un cáliz el rocío de una noche larga y cruenta, y esas límpidas gotas de amargura se tornaron en su alma savia vivificante y renovadora. De ahí su virtud austera, su mentalidad escudriñadora y profunda, su grave dignidad ciudadana y su excelsitud en el bien pensar, en el bien decir y en el bien obrar, dones sublimes de la inteligencia y del corazón, misteriosas fuerzas interiores puestas por él al servicio de la justicia, de la civilización y de la patria.

El cincel de Fioravanti lo ha representado en una actitud hierática que tiene mucho del estatismo de la piedra que contiene su figura legendaria. Si con ello ha querido expresarse la serenidad majestuosa del estadista integral, el artista ha logrado su propósito, pero están evidentemente

ausentes de la estatua la espiritualidad, la belleza y la gracia que forman la divina esencia de su alma toda sensibilidad y armonía.

Su familiaridad con los clásicos había humanizado los conceptos jurídicos del hombre de ley y había perfeccionado la metodología docente del maestro insuperable que se agitaba siempre en el fondo de su personalidad.

Los hombres de gobierno, los economistas, los intelectuales, los artistas y todos los espíritus arrebatados por alguna inquietud creadora tendrán desde hoy en el bloque de piedra duramente esculpido que representa al gran argentino una fuente inagotable y límpida de inspiración y de estímulo.

LOS ENCANTOS DE LA PRIMAVERA

(Primavera de 1915)

Hay quienes reniegan de los cambios de estaciones, opinando que la Naturaleza sería más generosa con nosotros si nos permitiera gozar de una Primavera perpetua o atenuara, por lo menos, los rigores del Invierno y del Estío, como sucede en muchos países del globo, y que por eso se creen más felices que el resto de la humanidad. Yo siempre he pensado de distinta manera, y a pesar de mi gran aversión por los excesos de temperatura, jamás renunciaría a ellos por el solo temor de no sentir tan intensamente ese raro conjuro de emociones que fluye del espíritu en una oleada de vida al advenimiento de cada Primavera.

Este año la diosa joven y bella que nos trae el perfume de los jazmines y la discreta voluptuosidad del ambiente ha tardado en llegar, pero desde ayer está ya en Buenos Aires. Yo la esperaba con la fidelidad de un enamorado, y eso que su presencia representa para nosotros, los estudiantes, el presagio de una hora angustiosa, la de los exámenes.

Hoy he salido a la calle en su busca y la he encontrado. Ella está en el rostro de todos los transeúntes; en la brisa tibia y perfumada que viene de los campos; en los primeros brotes de los árboles que comienzan a vestir de follaje su desnudez invernal; en los anhelos vagos y febriles que reverberan los ojos de las doncellas; en la diáfana coloración de los crepúsculos tranquilos y en la maravillosa sinfonía que orquestan los pájaros de las arboledas a lo largo de los bulevares o a la sombra cortesana que proyecta en Palermo el ramaje del bosque sobre el blanco marmóreo de las estatuas del parque.

Los encantos de la gran ciudad se realzan con la Primavera. Palermo reverdece y se florea. Sobre la superficie tersa de su lago dormido comienza a reflejarse de nuevo el interminable desfile de paseantes que se renuevan como en una fantástica comparsa de sombras fugitivas.

La Primavera está en todas partes y en todas las cosas. Los hombres se muestran más ágiles, como si ella los hubiera aligerado del fardo de sus preocupaciones habituales; llevan vestidos livianos y los más elegantes usan ya sombrero de paja. Las mujeres también han experimentado un cambio singular; yo hace una semana que no las veía porque mis tareas no me permiten salir de casa donde paso el día galopando sobre el ordenamiento circunstanciado de los códigos para recuperar las horas

perdidas en los primeros meses del año; las damas que concurren a los grandes teatros y a los cines de moda están evidentemente más alegres, y hasta las modistillas pálidas y anémicas del Invierno han tornado su melancolía por una sonrisa placentera y extraña; las señoras no exhiben ya sus pesados abrigos de pieles y las jóvenes van recobrando como las plantas toda la esencia de su belleza física y espiritual; la Primavera ha besado sus mejillas, y sus bustos se destacan ahora más hermosos que nunca bajo la transparente blancura de las blusas de muselina.

Hay en este resarcimiento anual de la Naturaleza el hilo de una verdad suprema pero inextricable, que tiene su síntesis en la armonía de la vida, pese a las doctrinas filosóficas que intentan su negación. La Primavera encierra para el hombre de pensamiento un hermoso capítulo de filosofía cósmica y biológica.

Hoy he visto a las golondrinas revolotear sobre los jardines de una plaza... ¡Cuántas cosas evocan las golondrinas, esos pájaros bohemios que vienen siempre huyendo del frío, y que después de hacernos una corta visita jubilosa, una mañana lóbrega y triste nos abandonan, como el amor y la fama, porque les faltó el calor...

Al volver a casa he pensado en la lejana belleza de mis cerros azules; en la olímpica majestad de sus cumbres; en la silvestre amenidad de los prados floridos; en el caprichoso serpenteo de los arroyos cristalinos que bajan de la sierra acariciando helechos; en el sencillo encanto de los idilios puebleros y en los geórgicos idilios pastoriles, en el verdor de las vegas tropicales y en esa fragancia embriagadora de los azahares que llega hasta el alma infundiéndole un suave perfume de vida mundana.

Allí también palpitan ahora la Naturaleza y el amor bajo los resplandores gloriosos de esta nueva Primavera.

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

SALTA EN LA ÉPOCA DE LA ANARQUÍA ARGENTINA

(En el Instituto Popular de Conferencias fundado en Salta por el Centro Argentino de Socorros Mutuos)

Apremiado por mis compañeros de comisión a inaugurar personalmente este ciclo de conferencias del Instituto, he debido optar por un tema histórico-sociológico en homenaje a la gloriosa efeméride patria que hoy conmemoramos.

Un trabajo histórico publicado por mí en la Revista Argentina de Ciencias Políticas de Buenos Aires, a solicitud de su director el Dr. Rodolfo Rivarola, me ha servido de base para el desarrollo de esta disertación, un tanto desaliñada, pero cuyo contenido presumo que ha de resultar interesante por lo novedoso a los salteños de hoy, generalmente poco informados de las viejas cosas de esta tierra.

Se designa con el nombre de “anarquía argentina”, al marasmo político en que cayó nuestra nacionalidad después de la guerra de la independencia, caracterizándose esa época o período histórico por el aislamiento en que vivieron las provincias, sin un gobierno central, sin un vínculo que las una y las haga aparecer ante el mundo como un país constituido, como una nación organizada bajo los auspicios de un destino común y de un sentimiento homogéneo de solidaridad social; como un pueblo regido por un mismo ideal y por una misma soberanía.

Las provincias, libradas así a su propia suerte, fueron víctimas de la anarquía, que engendró a los caudillos, entronizando con ellos el despotismo sin ley. Los gobernadores de provincias, llegaron a ser, después de la memorable asamblea del año 13 y de todas las tentativas de organización institucional realizadas hasta entonces en el país, verdaderos señores feudales, más o menos temerarios, según el temperamento de cada uno de ellos y según la situación social y política de los pueblos que gobernaban. Los gobiernos generalmente pasaban a otras manos por medio de una revolución o por la intervención armada de una montonera que casi siempre venía de una provincia vecina, enviada por un gobernador con quien las relaciones diplomáticas del estado invadido habían dejado de ser cordiales.

Y ésta fue señores, con ligeras intermitencias la vida argentina desde 1820 hasta que la Constitución del 53 inspirada por Alberdi y sancionada por el Congreso General Constituyente bajo el gobierno de Urquiza, impuso al país la unidad de las provincias, sobre los escombros de la tiranía derruida en Caseros.

El vejamen, la intriga, el desbarajuste, la prepotencia y el crimen político son los hilos con que se tejió la anarquía en que se enredaron las desaventuradas provincias argentinas no bien salidas de la lucha titánica por su emancipación.

Nadie como ha pintado tan magistralmente esa época de horrores en que la vida, el patrimonio y el honor de los argentinos, estaban entregados a la omnipotencia de unos cuantos caudillos ególatras, inflados de poderío y de vanidad.

La provincia de Salta, para ventura y orgullo nuestro, aparece en esa época como un oasis de civilidad y de discreta disciplina social. Trataré de demostrarlo analizando algunos importantes hechos

históricos de esta tierra a los cuales se halla particularmente ligado un hombre cuya acción ciudadana es la expresión típica de un ambiente social.

Esos hechos y ese hombre, resumen las características y la ética social de una época y de un medio determinado. Me he referido a los sucesos políticos del año 38, a la Liga del Norte y al gobernador Manuel Solá.

La Liga del Norte contra Rozas ha sido una de las rebeliones más austeras y generosas de nuestra historia política. Ella irrumpió como un rayo en la noche de la tiranía iluminando el fárrago de la abyección y de la concupiscencia en que se debatía un pueblo incapaz de elevarse como otrora hacia las altas cumbres del heroísmo y de la libertad.

Lo aleatorio de la empresa y la impotencia material de los ejércitos improvisados ante el poderío vigilante y alerta que acechaba desde arriba los movimientos del enemigo, dan aún mayor realce, en su fracaso, a la obra malograda, pero valerosa con que las provincias argentinas del Norte salvaron el prestigio de sus antecedentes políticos y el honor de los laureles conquistados por sus guerrilleros en los combates de la revolución americana.

En la provincia de Salta, fue el gobernador don Manuel Solá el alma y nervio de aquella trágica cruzada, que si no logró derribar al tirano y afianzar en el país el bienestar y el régimen constitucional, sembró al menos la semilla de la liberación, que varios años después había de fructificar en los campos de Caseros.

Muchos lustros han pasado desde la muerte de este modesto y abnegado patriota, a quien Salta tiene en el más lamentable de los olvidos; el tiempo lleva renovados desde entonces en la vida social argentina varias generaciones y una infinidad de formas, de sistemas y de valores ideológicos y políticos. Tiempo es ya de que la crítica historia desenrede la trama de aquella incipiente civilización bastardeada por la anarquía, el despotismo y la guerra civil, para que en el fondo del cuadro tenebroso se destaque la acción heroica y tesonera de los que a costa de nobles y desinteresados sacrificios prepararon el ambiente a la restauración institucional y política del pueblo argentino.

En medio del angustioso desconcierto en que cayeron gobiernos, ejércitos y pueblos tras el derrumbamiento del último directorio acaecido en 1820, la provincia de Salta, cuyo intercambio comercial con el Alto y Bajo Perú había depositado paulatinamente en el fondo de su sociedad el sedimento de una cultura orgánica, pudo por mucho tiempo, salvarse de los caudillos regresivos y de los graves disturbios intestinos, y si los tuvo un día, ellos le vinieron impuestos de fuera, en alas de la ráfaga siniestra, que ya había asolado antes el Litoral, la Mesopotamia, el centro y las provincias andinas de Cuyo.

Para comprender mejor a los hombres que nos han precedido en la vida, menester es colocarlos dentro del marco de su generación, en el teatro mismo de sus esfuerzos, de sus preocupaciones, de sus zozobras y de sus alegrías. Producto genuino de su época estereotipaba don Manuel Solá al patriarca austero de las sociedades tradicionalistas; al patriarca generoso, probo, prudente y rectilíneo, cuyo ascendiente moral era lumbre y refugio en las horas azarosas en que el ardor de las pasiones mezquinas amenazaba los cimientos de esa sólida armazón social. Espíritu a la

vez sencillo, enérgico y bondadoso, era él un fiel trasunto de aquella sociedad tranquila en cuyo seno se respiraban todavía las últimas emanaciones del coloniaje.

La vida pastoril de las estancias prolongaba en el ambiente urbano, junto con sus remedos autocráticos y feudales, la sobriedad viril que imponían al carácter del hombre, la naturaleza y el medio. La industria casera monopolizaba todavía las actividades del indigente proletariado local, y como 'en "La Ciudad Indiana", ese sistema de organización familiar que mantenía bajo el amparo a la vez protector y esclavista del techo doméstico una servidumbre numerosa y dócil, creaba vínculos de subordinación, de afectos y de solidaridad social duraderos, porque tenían sus raíces en el alma misma.

La religiosidad gobernaba entonces las conciencias, y el romanticismo, fenómeno universal, las almas. El espíritu religioso fortalecía de tal modo la disciplina y la voluntad, que muchos años después, un gobernador de Salta, don José María Todd, delegaba el mando en el Señor del Milagro para conjurar una revolución que contra él se tramaba, y la medida no pudo ser más eficaz, nadie se habría atrevido en aquel entonces a rebelarse contra el Señor del Milagro. Se creía a puños cerrados y hasta los hogares llegaba con el crepúsculo desde el campanario inmediato, el toque del *Angelus*, que enardecía el misticismo y elevaba los corazones en una sola plegaria fervorosa.

De esa sociedad tan fuertemente arraigada al pasado escolástico, y formada en su mayoría por comerciantes honestos, gauchos mansos y arrieros aristocráticos, surgió una generación bien templada que había de contribuir con eficacia al derrocamiento de la tiranía dandi luego a la unidad nacional ministros, congresales, jueces y estadistas de nota.

Salido de la entraña misma de un medio social vigoroso y sin complicaciones, el señor Solá no llevó al gobierno el imperio de la elocuencia y de la sabiduría, pero se dio a él todo íntegro, ofrendándole el sacrificio de su sinceridad y de su entereza personal.

Su destacada actuación pública comienza en la Sala de Representantes de la provincia, el año 1838. Hasta entonces su existencia se había deslizado en la serenidad apacible de una perseverante actividad comercial. Descendiente de una antigua y noble familia de la colonia que tenía por tronco a un Grande de España, el brigadier don Juan Victorino Martínez, marqués de Cangas y Tineo, dedicóse Solá desde joven al comercio, que tanto atraía a la sazón los quehaceres de la gente de pro, pero su espíritu emprendedor le llevó pronto a arriesgarse en serias aventuras industriales, fundando en sociedad con su hermano don Victorino la primera fábrica de tejidos del país, que se instaló en Buena Vista. Este establecimiento, que fue la base de una respetable industria local, inició en Salta el cultivo de las moreras para el desarrollo y reproducción de los gusanos de seda e introdujo al país el primer plantel de carneros merinos. Con sus telas vistió esta casa gratuitamente al ejército con que la provincia cooperó más tarde a la campaña militar de la Liga del Norte.

Joven aún, contrajo matrimonio con doña Josefa Chavarría y Moldes, dama de relevantes prestigios sociales y de una serenidad y energía dignas de quien había de compartir con ella los sinsabores de una época turbulenta.

Hombre de hogar, alternaba sus trabajos con los sencillos deleites de una noble vida afectiva, en medio de una progenie numerosa, fundadora luego de muchas actuales familias de Salta. Durante

sus ocios cultivaba también su espíritu en la lectura de los clásicos y difundía en amenas charlas domésticas su credo de ciudadano culto, amante del orden y de la libertad. En su casa, solían reunirse de noche los cívicos, prestigioso núcleo de jóvenes, al que se habían agregado algunos hombres de pensamiento, a quienes Solá congregaba alrededor de su mesa, amable cenáculo del que fueran tertulianos los doctores don Bernabé López, don Facundo de Zuviría y don Tomás Arias, más tarde personajes consulares los tres durante el gobierno de la Confederación. De vez en vez ponía una nota grave en la reunión, la presencia del benemérito general don Rudecindo Alvarado, cargado ya de canas y de glorias. En esas gratas veladas familiares se cambiaban ideas y se exteriorizaban sanos ejemplos y fervorosas aspiraciones de bien público, de organización y de nacionalismo, que pronto habrían de trascender en la política y en los anhelos generales de la opinión pública de Salta.

El año 1836 la tranquilidad de la provincia fue turbada por la invasión del general don Alejandro Heredia, gobernador de Tucumán y uno de los agentes políticos de Rozas en el interior del país. Heredia había llegado hasta la frontera boliviana al frente de una expedición destinada a derrocar al dictador de Bolivia, mariscal Santa Cruz, pero cuyos inconfesados propósitos no eran otros que someter a la obsecuencia federalista las provincias de Salta y Jujuy. De tal suerte violaba Heredia el pacto suscrito en 1835 por los gobiernos de Salta, Tucumán y Santiago y en virtud del cual se había sellado un tratado de paz, amistad y alianza, tratado que refrendaron el mismo Heredia, el gobernador de Santiago, don Felipe Ibarra y don Juan Antonio Moldes, ministro y representante del gobernador de Salta don Juan Antonino Fernández Cornejo. El general Heredia procediendo *manu militare* hizo elegir por la Sala de Representantes gobernador de Salta a su hermano, el coronel don Felipe Heredia e impuso de la misma manera en el gobierno de Jujuy al general Pablo Alemán.

El despotismo se había entronizado a la sazón en el país. Era la consecuencia lógica de los sucesos políticos y militares del año 20, que disgregaron los vínculos tradicionales de la nacionalidad, precipitando el caótico señoreamiento de los caudillos, dueños absolutos desde entonces de los destinos provinciales.

En Buenos Aires las campañas militarizadas habían impuesto a Rozas, hermoso gaucho voluntarioso y artero. Su ascensión al gobierno era la expresión más acabada de la hegemonía rural triunfante, domeñando todos los refinamientos de la cultura porteña. El nuevo ungido popular requirió la suma del poder público, que le fue fácilmente concedida, y se perpetuó incontrarrestable en el gobierno de la provincia vanguardia, reconquistando para ella con el encargo de la guerra y relaciones exteriores que le hicieran todas las provincias, la supremacía secular ejercida desde el virreinato.

Bien pronto la influencia del dictador porteño y el funesto influjo de su omnipotencia, salvaron la línea que le marcaba el Arroyo del Medio, y el singular poderío del Restaurador de las Leyes gravitó en todos los ámbitos del país. De entre medio de las montoneras anarquizadas, últimos vestigios de nuestras heroicas multitudes guerreras, surgieron en casi todas las provincias tenebrosos satélites de aquel gran astro punzó que había de eclipsar en nuestra historia patria los resplandores del sol de Mayo.

Don Felipe Heredia hizo en Salta un despótico gobierno militar. Supeditado a las inspiraciones de su hermano don Alejandro, relajó así la autonomía tradicional de la provincia, desvinculando de la acción pública a los hombres más representativos de Salta.

Próximo ya a la terminación de su mandato, el coronel Heredia quiso imponer su reelección a la Sala de Representantes, cuya presidencia ejercía entonces el doctor don Bernabé López.

La mayoría legislativa, apoyándose en el estatuto provincial que prohibía reelección de los gobernadores de Salta, se alzó contra las pretensiones del intruso caudillo, pero el gobierno mandó prender a los diputados opositores, entre los que figuraban hombres de singular importancia social y política, como los dos López (don Bernabé y don Teodoro), el doctor Vicente Anzoátegui, don Toribio Tedín y los señores Ibarlbas y Bedoya, los que engrillados fueron remitidos a la cárcel de Tucumán, salvándose de este ignominioso vejamen don Manuel Solá, quien, a pesar de haber encabezado ese movimiento de resistencia, pudo refugiarse sin ser molestado en su establecimiento de Buena Vista.

Este golpe de estado provocó un saludable y ejemplar resurgimiento de las antiguas altiveces gauchas. Los departamentos a los cuales representaban los legisladores apresados se levantaron en armas contra Heredia, figurando al frente de dicho movimiento los coroneles departamentales don Pedro José Figueroa, de Campo Santo; don Manuel Pereda, de Metán; y don José Tomás Toledo, de Rosario de la Frontera.

Temeroso Heredia de las ulterioridades de esta rebelión, abandonó la ciudad instalándose en el campamento de las tropas nacionales que su hermano don Alejandro había dejado acampadas en el Bañado, departamento de Chicoana. El coronel José Loreto Cabrera quedó en Salta encargado del gobierno en calidad de delegado de Heredia.

En estas críticas circunstancias para el gobierno, y mientras se esperaban auxilios de Tucumán, llegó de allí la noticia de que don Alejandro Heredia acababa de ser asesinado por uno de sus oficiales, don Gavino Robles. La misma noche de haberse tenido conocimiento de ello en el campamento, algunos oficiales, comenzaron a tramar una sublevación. Apercebido oportunamente Heredia optó por recurrir a la fuga.

Antes de evacuar la provincia, Heredia, por intermedio de su ministro don Celedonio de la Cuesta, mandó invitar a su campamento a don Manuel Solá para hacerlo depositario de los libros y archivos del gobierno, suplicándole al mismo tiempo que le aceptase la delegación del mando, en la convicción de que su sola presencia en el gobierno bastaría para serenar el ánimo de los insurrectos y evitar el desenfreno de las pasiones y de las venganzas políticas. Solá acudió desde Buena Vista a ese llamado confiando en las garantías de paz que se le ofrecieron y fueron cumplidas. Solá recibió de manos del gobernador Heredia la documentación oficial, pero se negó a asumir el mando por no encontrar fundamentos legales a tal delegación, no obstante haber invocado Heredia el carácter de legislador de don Manuel. Tras una breve conferencia Heredia trepó a su mula y seguido de sus ayudantes se alejó de la provincia.

D. Manuel Solá bajó entonces a Salta para proclamar la acefalía del gobierno, y los jefes militares de la ciudad, sabedores de dicha entrevista, le reiteraron con insistencia el pedido de Heredia, pero él se negó terminantemente a asumir el mando, e hizo llamar luego al pueblo con la

campana del Cabildo para que delibere y resuelva sobre la suerte del gobierno, hasta tanto pueda reunirse la Sala de Representantes y elegir de acuerdo a las prescripciones del estatuto provincial, el sucesor definitivo de Heredia.

De ese cabildo abierto, que tuvo lugar esa misma tarde, surgió el nombramiento de una comisión provisoria de gobierno compuesta por los ciudadanos don Juan Manuel Quiróz y don Manuel Solá, ambos coroneles de la provincia.

Los comisionados asumieron el poder público encargándose Quiróz de la resolución de los asuntos administrativos más urgentes, mientras Solá recorría la campaña para pacificar los departamentos y explicar a los jefes de la sublevación las circunstancias de hecho que habían determinado la existencia de ese gobierno provisorio.

Reintegrada la comisión con el regreso de Solá, su primera resolución fue declarar arbitrario, atentatorio y nulo el bando promulgado el 16 de Octubre que dio lugar a la prisión y destierro de los diputados.

Al propio tiempo que la comisión de gobierno suscribía este decreto, los legisladores salteños eran libertados en Tucumán por las nuevas autoridades de esa provincia. Días después llegaban estos a Salta, donde fueron recibidos por una jubilosa manifestación popular que había levantado en su honor arcos de triunfo desde el Portezuelo hasta las calles de la ciudad. Acompañados por las autoridades, el pueblo y la tropa hicieron los legisladores una entrada triunfal hasta el Cabildo, donde la comisión convocó de inmediato a la Sala de Representantes que había completado su *quórum*, para deponer en ella su autoridad provisoria. Don Manuel Solá leyó entonces el mensaje de los comisionados en el que se explicaban sucintamente los hechos sucedidos y las medidas tomadas por la Comisión para guardar el orden e impedir la interrupción de los servicios públicos, recalando sobre la limitación y la prudencia con que habían ejercido sus funciones. La Sala aprobó todo lo actuado y eligió entonces al señor Solá Gobernador en propiedad con el título de Capitán General de la provincia, y éste, después de tentar su renuncia, que no le fue aceptada, subió oficialmente al poder, al finalizar el año 1838.

La serenidad y la cordura con que se desarrollaron los acontecimientos en un momento de tan grave crisis de gobierno, denotan desde luego, la ausencia del caudillismo logrero entre los elementos nativos de la provincia, el respetable ascendiente moral del ciudadano a quien tocó en suerte jugar papel tan destacado en esos acontecimientos, y una cultura política superior, que no era por cierto patrimonio común de aquella época de incivildad y barbarie en que gobernaban Rosas, Quiroga, López, Oribe, Ibarra, Aldao y tantos otros personajes siniestros y sanguinarios.⁵

El gobierno del señor Solá se señaló por una labor proficua en todos los órdenes de la acción pública, siendo uno de los pocos gobernadores salteños que recorrió casi todos los departamentos de la provincia para interiorizarse de sus necesidades más apremiantes. A su paso por ellos, fundó varias

⁵ (1) Con posterioridad a esta conferencia, el distinguido escritor y político Don Julio A. Costa, luego de analizar en un artículo publicado en "La Prensa", los antecedentes del primer gobierno de Güemes en Salta (1815), impuesto por el pueblo que había invadido las galerías del Cabildo, y los hechos que originaron años más tarde el gobierno de Solá, dice: *"En todo el movimiento que hemos contemplado yo encuentro el segundo acto del gobierno propio de Salta en 1838, después del acto inicial de 1815. Y así el salteño don Manuel Solá viene a ocupar frente a la tiranía el mismo lugar en que se cuadró el salteño Güemes frente al invasor."*

escuelas a cuyo mantenimiento dedicó su sueldo de gobernador; pero su desprendimiento no paró allí, las dificultades financieras del Estado ahogaban sus progresistas iniciativas. Heredia había dejado extenuado el erario público y el gobernador Solá dando un alto ejemplo que contrastaba con la rapacidad de casi todos los gobernadores coetáneos, echó mano de su peculio particular para regularizar el pago de la administración.

Habiendo recibido de ciertos caudillos federales insinuaciones de someterse a Rozas, y asqueado por los actos de pillaje que los secuaces de aquél realizaban en las provincias a nombre del Restaurador, escribió en Marzo de 1839 al mismo Rozas denunciando esos hechos y expresándole su sorpresa de que todos esos actos se cometiesen a su nombre, y terminaba esa epístola llena de sinceridad y de buena fe con los siguientes párrafos: *“Al finalizar todo lo expuesto, debo francamente decir a V. E. que estoy resuelto a que si llega el día en que se oiga el clamor que a costa de mil empeños se contiene a causa de la demora en que la autoridad de V. E. ocurre a estas necesidades, yo haré lo que mi deber y mis sinceros deseos del bien general me dictaren, con la confianza de que mi buena intención será el tribunal a que apele mi conciencia y que la Providencia que la conoce, sabrá dirigirme y protegerme”*.

Algunos meses después, en una carta de fecha 9 de Septiembre de 1839 dirigida al gobernador de Tucumán don Bernabé Piedrabuena, Solá se expresa en estos términos: *“En vista de su última citada y dejando para otro momento la contestación de sus anteriores que he encontrado en ésta, me contraeré a aquella, diciendo que mi opinión, según el estado de estas provincias y de la República es que cuanto antes (pues la necesidad es muy urgente cada día), estos pueblos del Norte al menos, formen una Liga o pacto para sostener su orden interior y conservar sus instituciones y derechos, en el ínterin se obtenga la verdadera garantía de los pueblos y gobernantes; una organización general, bajo cualquier forma que se establezca que nos dé un gobierno nacional que regle y ponga en seguridad a las provincias, etc.”* y tras otras consideraciones termina encareciendo nuevamente la urgencia de formar una liga de gobiernos. *“Esta es mi opinión, propóngala si le parece conveniente a los gobiernos de Catamarca y La Rioja para que lo que acuerden se proponga cuanto antes a este gobierno y al de Jujuy, que estaremos listos”*.

Esta carta en la que Solá responde en términos claros y concretos a una invitación de recíproca cooperación política que le hiciera con anterioridad el señor Piedrabuena, rompió el fuego de una nutrida correspondencia epistolar, interesante y copiosa documentación histórica que el señor don Manuel Solá (hijo) ha recopilado con encomiable cariño y patriotismo en su obra *“La Liga del Norte”*. De esa correspondencia surgió la memorable alianza de los gobiernos de Tucumán, Salta, Catamarca y La Rioja y a la que más tarde se incorporaba la provincia de Jujuy, alianza cuya finalidad no era otra que derribar al tirano Rozas y restablecer la unidad política y constitucional de la nación argentina. Desgraciadamente el éxito no coronó esta campaña, a las desventuras militares de Lavalle y Lamadrid, sucedió el martirologio salvaje de don Marco Avellaneda, el famoso y diligente ministro de Piedrabuena, más tarde Gobernador Delegado cuya hermosa cabeza entregada a Oribe por el traidor Sandoval fue desde entonces el estandarte pavoroso que la tiranía enarbolara en el Norte argentino.

El general Lamadrid, enviado a Tucumán por Rozas para imponer el sometimiento de dicha provincia, llegó a su destino en circunstancias en que el fermento de las ideas lanzadas desde el gobierno por los organizadores de la Liga dominaban el ambiente político. Alberdi había escrito desde Montevideo a Marco Avellaneda y Salustiano Zavalía, exhortando en ellos a toda la juventud intelectual de Tucumán. Esta chispa prendió el fuego de un entusiasmo ardoroso y romántico. Lamadrid, ilustre veterano de la independencia comprendió muy luego cuanto había de noble y de trascendental en aquella empresa libertadora en que iban a aventurarse las provincias del Norte, teatro en otra época de la guerra más denodada y heroica del continente. Aguardó discretamente la resolución de la Sala de Representantes acerca del pronunciamiento del gobierno y cuando se cercioró que la conjuración tenía la anuencia legislativa, se presentó personalmente al Cabildo, ostentando en la chaquetilla militar los colores de la patria, para ponerse a las órdenes del gobierno de Tucumán, pues no estaba dispuesto, según propias declaraciones formuladas en sus Memorias, a contrariar la voluntad y la decisión de su pueblo por el que había luchado con tanto desinterés y patriotismo.

El general Lamadrid fue nombrado jefe del ejército que debía salir para Córdoba a juntarse con las tropas del general Lavalle conjuradas también en este alzamiento militar en contra de la tiranía.

Pocos días después del pronunciamiento de Tucumán, la provincia de Salta se declaraba en abierta rebelión contra el tirano y el gobierno promulgaba la siguiente ley:

"La Honorable Representación de la provincia, usando las facultades ordinarias y extraordinarias ha decretado con valor y fuerza la siguiente

LEY:

Artículo 1° — La provincia de Salta desconoce en el tirano Rozas el carácter de gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires y en consecuencia, queda destituido desde la fecha de las facultades que ella le confirió para mantener la paz, guerra, y relaciones exteriores de la República.

Art. 2° — Que el armamento solicitado por don Juan Manuel de Rozas lo niega la provincia para obrar en consecuencia de este pronunciamiento, si fuera necesario.

Art. 3° — La representación provincial publicará un manifiesto fundando los motivos que ha impulsado al pueblo salteño a dictar esta resolución que es la misma de sus comitentes, y que ella importa procurar la mejor inteligencia y unión con los gobiernos hermanos, muy preferentemente con los de La Rioja, Tucumán, Catamarca y Jujuy.

Art. 4° — Comuníquese, etc.

TORIBIO TEDÍN Presidente

Juan Francisco Valdés

Secretario provisorio

Salta, Abril 13 de 1340.—Cúmplase,

SOLÁ

Bernabé López

Ministro General

El gobernador Solá, improvisado militar a la manera de Belgrano, organizó el ejército con que la Provincia debía concurrir a la gran cruzada redentora, y luego de delegar el mando provisional en el presidente de la Sala don Teodoro López se dirigió a Córdoba al frente de más de cuatrocientos hombres para engrosar con ellos el ejército de Lamadrid, viéndose precisado a su paso por Santiago del Estero a librar con éxito un pequeño combate contra un contingente enviado por el gobernador Ibarra a cerrarle el paso.

Cuando Solá alcanzó a reunirse con Lamadrid, el general Lavalle había sufrido ya el desastre de Quebracho Herrado y el ejército libertador se vio obligado a replegarse a La Rioja con sus nuevos contingentes.

Entretanto, la Sala de Representantes de Salta, dominada por los elementos federalistas que adquirieron alguna importancia bajo la dirección política del coronel don Evaristo Uriburu, depuso al delegado del señor Solá nombrando en su reemplazo a don Miguel Otero, quien solo ante la proximidad del ejército de Lamadrid devolvió el gobierno al señor Solá, el que continuó en el poder hasta el término legal de su mandato, 17 de Diciembre de 1840.

Don Manuel Solá descendió del gobierno dejando tras sí la aureola de un patriotismo acendrado puesto lealmente al servicio de la causa pública, virtud esta que debió resplandecer de un modo singular en medio de aquel caos en que se habían extraviado el carácter y la altivez tradicional de los pueblos del Plata.

En Marzo del año siguiente, la persecución federalista, que comenzaba a tener sus principales agentes en los hombres del nuevo gobierno, le obligó a emigrar a Bolivia; Solá fue así a aumentar en el extranjero el número de los distinguidos proscriptos argentinos, a quienes una era de opresión y de terror tenía alejados de la patria, privando a esta, en holocausto a la barbarie ensimismada, del concurso morigerado y progresista de sus hombres más ilustrados y cultos.

Sus adversarios no tardaron en descolgar sobre su familia el azote de una cobarde venganza. Un decreto expedido dos días después de la exaltación de uno de sus gobernadores, declaraba fuera de ley a un gran número de vecinos, siendo encabezada esta lista por don Manuel Solá, don Juan Manuel Puch, don Dionicio Puch y don Bernabé López, e integrada por una infinidad de ciudadanos espectables a quienes se calificaba con el grotesco y siniestro apotegma de salvajes unitarios, concebido por Rozas y que solo la insignificancia espiritual de los gobernantes y la lisonja rastrera de sus secuaces había podido consagrarlo como una fórmula oficial en todo el país.

Fácil es colegir el alcance de semejante decreto, presagio de las torpes hostilidades y persecuciones que debían muy pronto agravar las amarguras e introducir la inquietud y el llanto en el hogar del proscripto. Estas comenzaron por la imposición de un tributo fiscal de mil quinientos pesos bolivianos que se exigió a la esposa de Solá sin razón ni fundamento alguno; ella satisfizo sin protestas dicha suma por temor de acarrear a los suyos consecuencias lamentables, pero cuando algunos meses después se le apremiaba el pago de una segunda contribución extraordinaria y ante la imposibilidad de dar cumplimiento a las pretensiones del gobierno se decidió a protestar por tan original exacción, pero

su clamor no fue oído y el ganado de la estancia que don Manuel poseía en las inmediaciones del Río Pasaje, fue confiscado para el pago del arbitrario tributo.

Las hostilidades se sucedieron cada día más graves y temerarias hasta llegar a decretarse el destierro de la señora de Solá, quién debía ser deportada con sus once hijos al Bracho, desolada región del Chaco santiagueño; pero la oportuna mediación de algunas personas de influencia, entre las que se contaba el propio gobernador federal de Tucumán don Celedonio Gutiérrez y casi toda la juventud de Tucumán, que se aprestó a cobijar en el seno de su sociedad a la familia de don Manuel Solá cuya figura moralmente ennoblecida al lado de las de Avellaneda y Piedrabuena durante su heroico y azaroso gobierno, había conquistado las simpatías de todos los espíritus serenos del país, desbarató el plan de sus perseguidores, confiscándosele en cambio la casa en que vivían, amplio y espacioso solar todavía existente en la calle Alberdi, que fue después de don Ángel Zerda, hoy propiedad de la familia Becker, la cual fue desalojada en el término de veinticuatro horas para instalar en ella las oficinas de la Aduana.

La miseria amenazaba ya el hogar del laborioso y opulento comerciante del año 37. El señor Solá había sentado sus reales en Cobija, donde abrió un pequeño negocio que le permitió vivir durante diez años y educar allí a sus hijos mayores, a quienes hizo ir a su lado desde Salta. Sus exiguas ganancias no le permitían empero, atender las necesidades de su numerosa familia, pero la lealtad generosa de sus amigos, y muy especialmente de su pariente el señor Andrés de Ugariza, que velaron por ella subviniendo a todas sus necesidades, impidió que el hambre golpease el aldabón de la antigua casa linajuda y rica, que contaba entre sus antepasados al poderoso gobernador Tineo y a los fundadores de ciudades. Don Juan Ramírez de Velazco y don Jerónimo Luis de Cabrera, dos de los más ilustres capitanes de la conquista.

Posteriormente la acción de los gobernadores salteños adictos a Rozas, salvo uno que otro espasmo trágico, fue de ordinario mansa y conciliadora, manteniéndose, sin embargo, el alejamiento de los proscriptos políticos.

En el destierro cultivó Solá la amistad de ilustres emigrados argentinos, manteniendo frecuente correspondencia con sus amigos de Salta y los proscriptos de Chile, Montevideo y otras ciudades de Bolivia. El archivo de su familia guarda hermosas cartas de Sarmiento, Alberdi, Lamadrid, Zuviría, Benjamín Villafañe, Crisóstomo Álvarez y otros patricios del medioevo argentino, a través de cuyos párrafos impregnados de dolor y de optimismo despunta la aurora de la libertad. Entre todas, hay una de Sarmiento con fecha 9 de Julio (no precisa el año) pero debe haber sido escrita en 1851, que es una diana tocada a la puerta de la tienda del proscrito ilustre que aguarda el llamado y a quien se sabe capaz de todas las abnegaciones y de todos los sacrificios. Esa carta dice así:

"Señor Manuel Solá.

"La solemnidad del día es santificada hoy por los felices auspicios bajo los cuales se ofrece a nuestra consideración. Como a uno de los más respetables patriotas argentinos, creo de mi deber notificarle que tengo copia legalizada de la circular que el general Urquiza ha pasado a los gobiernos anunciándoles su determinación de ponerse a la cabeza de los pueblos para poner coto a la

arbitrariedad y proyectos ambiciosos de Rozas para lo que sólo les pide que le retiren el encargo de las R. E. que autoriza sus desmanes.

"Obra en alianza con Montevideo y el Brasil y hay en combinación un ejército de cuarenta mil hombres contra Rozas y una escuadra poderosa.

"Mi correspondencia de San Juan me promete que el movimiento será secundado eficazmente y con los poderosos elementos conjurados contra el tirano esta vez o nunca su desaparición está consumada.

"El momento de obrar para cada argentino llega y Vd. posee demasiado patriotismo y sobrada influencia en Salta para que no la ponga en ejercicio en servicio de aquella patria tan cara a nuestros recuerdos. Es probable que yo pase a la otra banda tan luego como las circunstancias justifiquen este acto.

"Para entonces y para más tarde desearía contar con las simpatías de Vd. y sus sanos consejos. Las circunstancias serán solemnes; la unión y la buena inteligencia entre todas las provincias es más necesaria que nunca, y la concurrencia de todos los patriotas a la causa común, indispensable.

"Aprovecho esta ocasión de ofrecer a Vd. las consideraciones de amistad, respeto y aprecio con que me suscribo de Vd.

Afectísimo servidor y compatriota."

D. F. SARMIENTO

Disipada en Caseros la noche de la tiranía y reintegrados todos los proscriptos al dulce hogar tantas veces añorado en las nostalgias del destierro, don Manuel Solá volvió al suyo con la conciencia tranquila y sin odios en el corazón y se dedicó de nuevo al comercio para rehacer su fortuna desbaratada en tan larga y azarosa aventura, pero la política lo sacó otra vez de su casa el año 1859 para llevarlo por segunda vez al gobierno de su provincia, cargo que abandonó al año siguiente, 1860, para representar a Salta en la convención nacional de Santa Fe, memorable asamblea que había de sellar con su discreta aceptación de las ligeras enmiendas constitucionales propuestas por la provincia de Buenos Aires, la obra integral y grandiosa de nuestra definitiva unidad argentina.

Desde entonces no volvió a actuar. Su retiro fue definitivo y duró hasta el día de su muerte, acaecida en Salta el 13 de Abril de 1867, aniversario del pronunciamiento oficial de la provincia en contra de la tiranía.

Os he presentado, señores, un ligero esbozo de lo que era Salta en la época de la anarquía argentina. Deliberadamente he orientado mi disertación hacia los hechos más salientes y significativos de ese período histórico. Si las minucias del relato han cansado vuestra atención, disculpad, señores, a quien ha tomado con particular interés la tarea que el Instituto de Conferencias le ha confiado.

La austeridad y la hombría de bien del gobernador Solá no constituyen, señores, la manifestación de una psicología singularmente extraordinaria en aquella vieja sociabilidad de caracteres armónicos; de esa austeridad y de esa hombría de bien estaba hecha la pasta de la mayoría

de los gobernadores que desde la muerte de Güemes se sucedieron en el mando, lo que evidencia que la desaparición del insigne guerrillero cuyo poderío militar era un factor eficiente de disciplina política, no provocó entre nosotros el desorden y la gula de los aventureros, de que ya eran presa otras beneméritas provincias argentinas.

En un período de quince, veinte o más años de sujeción al caudillismo, fenómeno regular, por entonces, en el resto del país, la provincia de Salta, con muy raras excepciones, renovó periódicamente sus gobiernos y tuvo al frente de ellos muchos hombres ilustrados y de gran probidad moral, como el general Alvarado, prestigioso veterano del ejército de los Andes que cerró el ciclo de su noble vida militar y política desempeñando el ministerio de Guerra que le confiara el presidente Urquiza en el primer gobierno constitucional del país; como don Juan Antonino Fernández Cornejo, hombre de ilustración y de trabajo, militar cada vez que la patria requería el concurso de su brazo; fue un gran propulsor de la instrucción pública y de las industrias rurales, cultivó de los primeros entre nosotros la caña de azúcar que su padre, don Juan Adrián Fernández Cornejo trajo desde el Perú y que luego llevó el obispo Colombres a Tucumán, introdujo el café y otros cultivos subtropicales; puede considerársele como uno de los "*pioners*" de nuestra industria azucarera. No sería posible dejar de citar también en esta breve reseña de gobernadores, siquiera sea de paso, al general Arenales, respetado por todos sus contemporáneos en razón de su austeridad y energía proverbiales; ni a los dos Gorriti; el general don José Ignacio, doctorado antes en leyes en la Universidad de Chuquisaca, diputado por Salta al memorable Congreso de Tucumán, signatario como tal del acta de la independencia, y una de las figuras más puras de la revolución, y su hermano el Canónigo don Juan Ignacio Gorriti, sacerdote de excepcionales virtudes, filósofo y literato de alta escuela; sus escritos han sido exhumados por Ricardo Rojas, quien lo presenta ante la posteridad como uno de los más brillantes pensadores de la América colonial y guerrera, ni al general Don Juan Manuel Puch, indomable unitario que siguió también la suerte del destierro, y como ellos, tantos otros, que eran plata labrada de la sociedad de los ejércitos, del comercio y de las universidades de aquellos tiempos.

La historia de ese largo período de la vida civil de Salta está aún por escribirse. Su investigación y esclarecimiento ofrece una hermosa veta al historiador del futuro, que siguiendo los métodos de análisis crítico que las Ciencias Sociales modernas aconsejan, haga la verdadera sociología de esta provincia tan ejemplar y meritoria en los fastos argentinos, reconstruyendo, a la manera de Fustel de Culanges, el acervo de todas las angustias vividas y de todas las conquistas parciales de nuestra propia civilización.

Pero mi propósito no ha sido otro que haceros en el día de la patria una simple evocación del pasado, proyectando la lumbre de nuestro más sano nacionalismo sobre la conciencia de las nuevas generaciones, al divulgar ciertos antecedentes honrosos de nuestra tradición local.

Recoged benévolamente sus enseñanzas y pensad que los pueblos que sólo viven su vida presente, los pueblos que nada saben de su pasado por glorioso que sea, y que tampoco se interesan por su porvenir remoto, son pueblos sin ideales, dentro de cuya cultura ambigua y materialista no cabe el amplio concepto de la responsabilidad social a través de la historia, que vincula a varias

generaciones sucesivas en el anhelo común de un perfeccionamiento espiritual y moral siempre progresivo.

EN LA ASOCIACIÓN CULTURAL DE SALTA

Velada en el Teatro Alberdi (25 de octubre 1933)

Señoras y Señores:

Accediendo a una honrosa solicitud debo inaugurar esta velada en la que por primera vez la Asociación Cultural de Salta que con tantos títulos para ello preside el Dr. David Saravia Castro, va a exteriorizar su esfuerzo inicial.

La fundación de una asociación de cultura con fines de elevación espiritual no es un hecho nuevo en esta apacible ciudad de Lerma. Siempre han surgido periódicamente estos núcleos superiores como expresión esporádica de una conciencia social cultivada y anhelosa, pero esas luces han brillado fugaces para esfumarse luego al primer soplo glacial de la indiferencia o del egoísmo que anquilosan las almas y deshojan sobre los rudos menesteres de la vida las mejores flores del idealismo.

Bien habéis hecho, señoras y señores, en abrir nuevo esta ventana hacia el azul, para que el aire y la luz de las cumbres penetren en los espíritus, disipen las sombras y renueven la atmósfera cargada de pesares prosaicos, en estos duros tiempo en que la dulce placidez de la aldea opulenta, generosa y dicharachera se ha transformado en una febril inquietud de los espíritus asediados por bruscos cambios económicos y sociales que han amargado las almas y han pulido las aristas más sutiles de la psicología provinciana.

Excusad, señores, que al inaugurar una asociación cultural os hable de nuestra propia incultura actual.

Nuestra sociedad de Salta puede vanagloriarse de un privilegio muy halagüeño y muy noble: ella tiene una honda raigambre en la gesta heroica y legendaria que forjó la Patria y modeló la sociedad argentina dentro de las severas disciplinas de una virtud acerada y serena, en un ambiente de espontaneidad para la aventura bélica y el sacrificio viril.

A Güemes no le costó por eso sostener la guerra de recursos contra un ejército aguerrido y poderoso. La vida pastoril de las estancias, el espíritu nómada de nuestros gauchos, y hasta el comercio que mantenía a través de la cordillera nuestro intercambio con el Pacífico formaron parte de la gran epopeya propicia al romanticismo que puso su nota lírica en las azarosas jornadas de nuestra formación social y pobló de recuerdos y ensueños nuestras viejas tradiciones familiares.

El éxito fácil y barato de la vida en un país que se expande vertiginosamente, cambió más tarde la fisonomía clásica de la vieja sociedad argentina. Un barniz de cultura europea cubrió la etiqueta del contenido hispanoamericano. En el cielo de nuestra civilización alumbraron con luz propia algunos astros cuyos resplandores el tiempo no ha amenguado aún: Rivadavia, Alberdi, Sarmiento, Echeverría, Vélez Sársfield, López, Avellaneda, Rawson, Mitre, Wilde, Estrada, fueron los precursores de otros escritores, sabios y filósofos más contemporáneos y brillantes. La cultura general difundida e intensificada por las últimas generaciones patricias, comenzó, después de principios del siglo a sufrir

la influencia deletérea de las miasmas de cierto positivismo que varios maestros europeos habían comenzado a aventar en el mundo.

Un sociólogo argentino, Juan Agustín García, atribuye una poderosa influencia en la desorganización de nuestra vida intelectual a los grupos *Claridad*, de Barbusse, y a otros escritores similares de quienes dice que *"suplen la falta de talento por cualidades y sentimientos más impresionantes"*. *Los sistemas basados en el odio —agrega— y que ensalzan la violencia como medio de propaganda cunden en la teoría y en la práctica. Las confusas y siniestras ideas de Marx y los aforismos poéticos de Nietzsche concluyen por perturbar las conciencias y la sensibilidad infantiles"*.

No pretendo con esta cita negar ciertas manifestaciones vigorosas de belleza producidas en los órdenes intelectual y artístico por algunos representantes de la nueva sensibilidad. El talento es siempre talento, así el que lo posea ocupe un puesto de vanguardia o de retaguardia ideológica o sentimental; pero, es evidente que el despertar de las almas en medio de las desarmonías de todo orden, al compás de una música de jazz, sugiere a las conciencias nuevas las sugerencias más improvisadas y temerarias. El futurismo y el cubismo intelectual que destruyen la suave armonía de los colores, del ritmo y de las formas, abren paso a la audacia de todos los iconoclastas carentes de personalidad y de medida. La ausencia de una disciplina superior, la superficialidad presuntuosa y vacua, la falta de análisis de los hechos que permite desfigurar la verdad de las conclusiones hasta presentar como ladrón al hombre honrado y como honrado al ladrón, son otras tantas características de esa sensibilidad enfermiza de la opinión, creada por los teorizado-res y los Tartufos de nuestra cultura actual, abigarrada y deforme.

Nos creemos hijos de una civilización empirista, y la metafísica anda por el aire que respiramos y se nos entra hasta por los poros. Se hace filosofía, pero una filosofía subjetiva más a tono con las propias necesidades y pasiones de nuestro mundo interior que con los fenómenos sociales externos.

La educación de nuestra juventud viene a estar así, en muchos casos, librada al juego de los *snobismos* veleidosos de cualquier metafísico extraviado o sin talento. A falta de una vocación bien orientada para enseñar o para aprender con amor, se busca el fácil acomodo de dos intereses torcidos: el del alumno y el del profesor; de esta suerte la labor de los claustros se torna liviana y desaprensiva. En ese ambiente de irrespeto y de jocosidad el racionalismo aligerado y corruptor llueve sus negaciones sobre las mentes absortas y las aspiraciones intelectuales y artísticas más espontáneas se descentran y se malogran sin que los propios interesados alcancen a percibirlo.

La demagogia espiritual que viene de arriba porque se predica desde las cátedras y las tribunas más elevadas, se va infiltrando en las conciencias honestas y puras, y así como el agua toma la forma del vaso que la contiene, el nuevo ambiente va estructurando la mentalidad de las nuevas generaciones en una negación irreverente de los sanos principios que durante siglos han sustentado las bases morales y científicas de la sociedad. El agudo espíritu del conde de Keyserling encontró que en nuestro país este fenómeno de carácter universal presentaba tonalidades singularmente acentuadas, y que las clases sociales elevadas y responsables no sólo no saben defenderse contra esa progresiva evolución disolvente, sino que impiden que otros lo hagan. *"No te metás"*, es, según el conde de Keyserling, la

expresión que sintetiza la prudencia medrosa del que presiente el mal y no acierta a remediarlo por temor a las complicaciones. *"Si Dios antes de crear el mundo —agrega el filósofo alemán— se lo hubiera consultado a un argentino, el mundo no habría sido creado porque el argentino le hubiese dicho "No te metás".*

¿No estará, acaso, en Salta, más acentuada que en otros centros del país esa filosofía estática del *"No te metás"*?

Señoras y Señores: Elevemos el espíritu para dulcificar y serenar en las alturas las duras luchas por la existencia. Cuidemos de nuestras tradiciones más caras y loemos siempre a la virtud ingenua, esforzada, generosa y noble que es patrimonio moral heredado de nuestros mayores, y que nos ha permitido siempre gozar del único privilegio que es dable invocar en una República: la propia dignidad social. Cuidemos de ella para que ese estado de cosas que nos envuelve y perturba nuestra vida actual, no nos lleve a una transformación deplorable de la conciencia colectiva, en la que ya nada prestigie ni nada desprestigie.

La Asociación Cultural de Salta ha llegado en buena hora. Ella levantará periódicamente su tribuna a todas las ideas sanas y a todas las manifestaciones del arte y del pensamiento, pero su acción específica ha de orientarse elevando siempre la curva de su mira, porque esta institución pretende ser el terreno neutral donde han de apagarse las pasiones personales para que se enciendan las otras, las que llevan luces al espíritu y ennoblecen la vida.

MONUMENTO A URQUIZA

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación,

DECLARA:

Su adhesión al homenaje que la Municipalidad de Buenos Aires ha resuelto tributar al general Justo José de Urquiza, mandando erigir su monumento frente al monumento del general Mitre, como símbolo de concordia social argentina y de adhesión a la obra institucional por ambos realizada.

Ernesto M. Aráoz. — Vicente Solano Lima. — Pedro Radio. — Pedro Buitrago. — Tiburcio Padilla. — Raúl García Gorostiaga. — Juan F. Morrogh Bernard. — Rodolfo Corominas Segura. — José Ignacio Aráoz. — Manuel A. Bermúdez.

Sr. Aráoz (Ernesto M.). — Pido la palabra.

Señor presidente: Durante el receso parlamentario, la Municipalidad de Buenos Aires ha producido un bello gesto, cuya significación moral y política no podría pasar desapercibida en el seno del Parlamento argentino. Me refiero a la ordenanza que manda erigir frente al monumento del general Mitre un monumento al general don Justo José de Urquiza. La Comuna de Buenos Aires va a honrar así la memoria del vencedor de Caseros, plasmando la realidad constructiva de su obra institucional y libertaria en esa otra realidad inmutable y evocadora que fluye de las estatuas gloriosas.

El Intendente de la Capital, doctor Mariano de Vedia y Mitre, que ha cultivado su inteligencia en las disciplinas de la historia y de la ciencia política, es quien ha provocado este oportuno homenaje.

En medio de las crecientes turbulencias de nuestra democracia, la ciudad de Buenos Aires ofrecerá así, espontáneamente al país el espectáculo aleccionador del monumento de Urquiza frente al monumento de Mitre. Los jardines nuevos de la Recoleta van a realizarse con la apoteosis de estas dos estatuas representativas de los dos héroes antagónicos y complementarios de nuestra unidad nacional, a cuya sombra las generaciones futuras tejerán la crónica de la civilidad argentina generadora de nuestra grandeza y síntesis de una civilización política que tiende al perfeccionamiento gradual de nuestras instituciones y de nuestros valores.

Decía el señor Intendente en su mensaje al Concejo Deliberante: *"No creo necesario fundamentar extensamente este proyecto, ni menos abonar las razones notorias de su justicia histórica. La gloria del general Urquiza culmina en la organización institucional del país, realizada bajo los auspicios de su espada vencedora en cumplimiento fiel de la palabra que empeñó al pueblo de las Provincias Unidas el 1° de Mayo de 1851 y la Carta Fundamental de los argentinos, la Constitución de 1853, es el fruto glorioso de la lealtad del general Urquiza a su destino histórico. Buenos Aires, que tardó en comprenderlo, fue señalado en esa Constitución para Capital de la Nación a pesar de la ausencia de sus representantes en la Convención Constituyente. Es que todos comprendían y querían esa capitalización, que es honor y primacía de esta ciudad en la República de los argentinos. Por eso Buenos Aires, Capital de la Nación, tiene el deber de enaltecer la gran figura del soldado de la organización nacional"*.

Nobles y justicieras palabras estas que acabo de leer, señor presidente. El rodar de los años va cubriendo de polvo la vieja polémica exacerbada y verbalista de la unidad nacional. La obra iniciada en Caseros y que culminó con la federalización de Buenos Aires, abarca un proceso histórico integral que el tiempo se encargará de destacar en un solo bloque homogéneo y armonioso. (*iMuy bien!*).

Las sombras del drama político sólo sirven hoy para acentuar los relieves principales dentro de un marco digno de nuestra epopeya inicial.

Urquiza y Mitre resultan en la historia depurada por la sana crítica la expresión de dos tendencias superiores perfectamente diferenciadas en el conjunto de la vida social argentina. No bastó por ello para unirlos la coincidencia en los propósitos constructivos que animaban a estos dos grandes caudillos de la opinión pública argentina. El Acuerdo de San Nicolás, que fue el espejo donde se reflejó el pensamiento austero y sereno del vencedor de la tiranía, no alcanzó por estas razones a atenuar los recelos que la tradición política federalista del libertador afortunado y poderoso había de suscitar necesariamente en el ánimo de los unitarios de Buenos Aires, ni a eliminar tampoco la sinceridad patriótica de los sentimientos localistas que el propio aislamiento urbano habían vigorizado de una manera singular.

Aristóbulo del Valle nos ha legado, en una bella página de su Derecho Constitucional Argentino, un admirable cuadro de la Legislatura de Buenos Aires durante la sesión en que se debatió el acuerdo. Fue en esa asamblea que los viejos antagonismos arremetieron con la inclemencia de un vendaval a la débil flor de la concordia, que abría sus pétalos entre las auras propiciatorias de Caseros. La agitación de los espíritus se fundaba, empero, en la desconfianza nacida de un mutuo desconocimiento, en la experiencia de determinados hechos históricos y en una ancestral rebeldía de las propias prerrogativas estatales, base orgánica de nuestro federalismo político.

Nuestra actual organización institucional, sabiamente estructurada dentro de las serenas normas de una Constitución que ha frustrado todo encono de partidos o de clase, representa, sin duda alguna, la inspiración arrobadora de una providencia argentina, encarnada en la sinceridad y en la comprensión de nuestros grandes conductores de aquellas épocas. (*Muy bien!*).

Cuán difícil resulta, en esta época de prueba para la conciencia social, en medio del tráfigo febril y multiforme de esta vida moderna, con sus apetitos y sus ansias, con sus inquietudes y sus mutaciones, la apreciación cabal de ciertos conceptos rígidos de la moral antigua, ampliamente profesados en medio de aquella civilización incipiente, donde al lado del candil ardía la llama de la virtud hogareña que dio calor, entonación afectiva y entereza varonil a nuestras recias luchas civiles.

No hemos analizado aún todos los factores que forjaron ese romanticismo político que había de esterilizar por largos años los fines ulteriores y prácticos de la Revolución de Mayo; no sabemos aún hasta dónde ese romanticismo urdió la trama que había de retardar, por sobre el empeño tesonero de los hombres, la organización definitiva del país. El contenido social y filosófico de la historia no está en la relación cronológica y circunstanciada de los acontecimientos, sino en las fuerzas invisibles que los animan, dando sentido a los hechos y personalidad a sus autores.

Ardua tarea la de esos hombres virtuosos y sabios de Paraná al intentar la realización inmediata del divino milagro frente al ambiente que cobijaba aún el espíritu arisco, autocrático y

feudal de los pueblos, como se los llamaba por antonomasia; ardua tarea la de esos hombres atildados y cultos de Buenos Aires para atenuar el ardor de las pasiones populares y coordinar la inteligencia y el esfuerzo de todas las voluntades creadoras en un solo haz luminoso y fulgurante.

La primera de esas tareas se encarnó en Urquiza; la segunda encontró recién en los albores del 60, su concreción en Mitre el arrogante caudillo de la resistencia porteña, cuya acción luminosa y fecunda había de completar después la obra realizada por Urquiza en Paraná.

El sano federalismo de la Constitución Nacional, tan adentrado en la tradición y en las costumbres argentinas y tan acechado por nuestras improvisaciones legislativas, culminará en el monumento con que la Capital de la República se presta a honrar la memoria del general Urquiza.

Urquiza y Mitre, binomio que condensa todo el acendrado esfuerzo de los superiores elementos integrantes; unión sagrada de provincianos y porteños, de unitarios y federales, símbolo magnífico de nuestra nacionalidad acrecida; armoniosa lumbre mística que ha de iluminar por siempre desde sus estatuas el corazón y la conciencia de los argentinos; noble trasunto de una concordancia ilustrada y viril, frente a la cual nuestros tribunales invitarán en el futuro a los partidos a deponer sus odios, frente a la cual abortarán siempre la demagogia y la anarquía y depondrán su artera procacidad los asfixiados en nuestra pura atmósfera de libertad.

Bienvenida sea, señor presidente, la oportunidad de que esta Cámara tribute también su homenaje al ínclito prócer entrerriano, a quien la ciudad federalizada en 1880 va a rendirle por fin el tributo de su glorificación. Bienvenido sea el homenaje de los representantes del pueblo de la República a los organizadores de la nacionalidad, en el preciso momento de iniciar nuestras sesiones parlamentarias de 1934. Símbolo de conciliación patriótica y de labor constructiva, los monumentos de Urquiza y Mitre expresarán al país la serena armonía que nace de las contiendas del pensamiento político cuando él se inspira en nobles, austeros y elevados propósitos de bien público.

Por estas consideraciones, los diputados que firmamos esta minuta pedimos a la Honorable Cámara su sanción y solicitamos que ella sea tratada sobre tablas. (*iMuy bien! iMuy bien!*).

EN EL CENTENARIO DEL COLEGIO DE JESÚS

Ilmo. Señor Obispo:

Señoras:

Señores:

Día de gala es el de hoy para las aulas de esta venerable casa centenaria, y día también de recordación y de justicia para la sociedad de Salta, que ha de encontrar dentro de estos muros la clara fuente, el reguero espiritual que sustentó la austeridad de sus viejos hogares cargados de sinceros prejuicios y de prístinas virtudes cardinales .

Cien años ha, que una dama de ilustre prosapia, doña Manuela Tineo, fundaba sobre el propio solar paterno que albergó el poderío de uno de los gobernadores más prudentes y famosos del antiguo Tucumán, el primer instituto de cultura femenina, llamado a encauzar la naciente sociabilidad de este pueblo estoico de Salta, que recién salido de la colonia se iniciaba ya en la vida nacional guerrero y civilista como la Grecia de Pericles.

El Colegio de Educandas que fuera en su comienzo un refugio de huérfanas, llamó después a sus aulas a todas las niñas a quienes sus padres desearan instruir en las ciencias y las letras, sin el pueril temor colonial de abrir sus ojos a esa aurora infernal, traslucida, que les ofrecía la lectura de las novelas románticas; porque ha de saberse que los padres de entonces preferían que sus hijas no aprendieran a leer y a escribir antes de que cayesen en la abominable tentación de cartearse con el novio.

Doña Manuela Tineo solicitó humildemente ser admitida en el instituto prometiendo secundar las tareas domésticas de las hermanas fundadoras, salidas todas de las clases elevadas de la sociedad, y entre las que se recuerda con singular estima a doña Manuela Frías, doña Dolores Salas, doña Delfina Fernández y doña Dolores Torena. Era una piedad aristocrática la de aquellas santas señoras, practicada en un medio de selección social, conforme a las tendencias místicas del siglo y del ambiente hispano-americano impregnado a la sazón de la influencia espiritual y literaria de Santa Teresa de Jesús. Deseaban adorar a Dios bien acompañadas, lejos del vulgo y de las triviales groserías mundanas, en un severo ambiente de distinción... y así se inició la vida del Colegio, en íntimo contacto con un mundo súper humano, en medio de una apacible paz de los sentidos, entre el humo sahumado de los incensarios y los cánticos piadosos elevados por el coro juvenil de las educandas en el viejo oratorio familiar que la casa de los Cangas y Tineo había mandado erigir a mediados del siglo XVIII en honor de la Virgen del Rosario y en virtud de un permiso especial otorgado por bula de S. S. Clemente VII a favor de un glorioso antepasado de la casa, don Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de la ciudad de Córdoba, para sí y para toda su descendencia.

De entonces a ahora la piadosa senda ha sido surcada por muchas generaciones de mujeres fuertes. Las normas inflexibles de la moral cristiana han sugerido entre los hombres, a través del alma femenina de las madres, muchos postulados insospechables de una moral positiva, cuya manifestación psicológica es fácil descubrir en varios períodos críticos de la historia social y política de la provincia.

La educación colonial de la mujer aristocrática estaba así rodeada en todas las ciudades cultas del país, de las precauciones y reservas que las condiciones sociales y teocráticas de la época aconsejaban.

"El espíritu del mal —dice Juan Agustín García, expresando sus impresiones de la vida colonial— tiene un papel muy serio, y a cada momento interviene en las acciones y designios de los hombres; vive en el ambiente; las niñas se persignan al bostezar porque puede metérseles en el alma dentro de un suspiro. Complica los amores, insinúa las malas ideas, separa con sus intrigas las parejas felices. A veces es un murciélago que se posa en los vitrales de la nave y proyecta su sombra. Es la luciérnaga que las distrae en sus oraciones durante las noches de verano. Son los naranjales que se llenan de azahares; las camelias y las magnolias que se abren e impregnan la atmósfera de una robusta brisa de vida mundana. Es la luna que las mira y las baña en su luz muy tierna... sugerente de cosas horribles..."

Todo un poema está hecho, señores, en esta magistral evocación del sociólogo argentino que tan sutilmente espiritualizara la letra descolorida de nuestros pergaminos virreinales destinados a ser roídos por la polilla de los archivos, arrancando así a sus páginas muertas el simple encanto de las bellas cosas ancestrales.

Un gran mundo de fe, de piedad y de ensueños abre su amplio horizonte a las ilusiones más venturosas del alma humana... tal es la semblanza de aquella levadura social dogmática y disciplinada en que se elaboró esta vasta sociedad argentina que después de pasar por el tamiz de sus vicisitudes históricas, se ha convertido en el crisol donde se están fundiendo para bien de la humanidad todas las razas de la tierra.

La educación y la virtud de la mujer han sido en Salta factor propicio de serenidad y abnegación en la vida colectiva. Los errores de método y las utopías de cualquier orden pertenecen a la época, y ellos se eclipsan ante el brillo de la virtud ingenua o ante esa alta unidad moral, generadora de nobles y elevados sentimientos.

El Colegio de Educandas, transformado luego en Colegio del Corazón de Jesús, y confiado más tarde a la Congregación de las "Esclavas" que Monseñor Padilla hizo venir desde Córdoba, ha sido siempre en Salta un remanso de paz y mansedumbre evangélicas. De él salió entre el fragor de las guerras civiles el espíritu de concordia, que había de morigerar fundamentalmente las pasiones de los hombres, amortiguando en el regazo de una familiar tolerancia recíproca el odio de los partidos políticos que enredaron en sus luchas fratricidas ramazones de los mismos troncos seculares.

Por todas estas consideraciones, lícito es afirmar sin temor de incurrir en espasmos de retórica, que este antiguo establecimiento de enseñanza femenina ha sido siempre el hogar común de la mujer salteña. Nuestras madres y nuestras abuelas han templado aquí sus corazones y nutrido sus cerebros con elementales nociones de una sabiduría que no precisaron ahondar para hacer la dicha de sus familias e imponer en sus hogares el reinado del amor y de la dignidad humana.

Al celebrarse el primer centenario de esta benemérita fundación, las dignísimas damas que constituyen la Sociedad ex-Alumnas del Colegio de Jesús, me han discernido el alto honor de representarlas en esta ceremonia, haciendo entrega a las autoridades de la casa de la placa

rememorativa con que la gratitud de sus corazones ha querido loar en tan auspiciosa ocasión la memoria de su noble y virtuosa fundadora doña Manuela Tineo. Cumplo el grato cometido, haciendo votos por que el Colegio de Jesús siga proyectando su blanca luz por los nuevos senderos que la vida contemporánea ofrece a las actividades de la mujer moderna . Ya no son tan sólo los quehaceres domésticos ni la rueda familiar en cuya rueda van corriendo desdeñosos los hilos de una juventud apacible. Una novísima organización social, económica, ideológica y política del mundo viene democratizando el poderío de los antiguos blasones, trastocando violentamente las costumbres patriarcales, y haciendo cada vez más apremiantes las condiciones de lucha por la existencia . La mujer de las antiguas clases acomodadas comienza a trabajar ufana al lado de los hombres, y las oficinas del Estado, las aulas universitarias y los institutos de enseñanza superior y técnica se pueblan con sus voces argentinas. El sexo débil ha caído por fuerza en el engranaje de nuestra afanosa vida intelectual y burocrática, y apenas si les queda tiempo a algunas para contemplar serenamente el pasado substrayéndose por breves momentos a los destellos de una pantalla de cine o al extraño ritmo cadencioso de una música procaz y fascinadora que viene de Oriente.

Se adapta la enseñanza del Colegio a las nuevas corrientes de vida que surgen de los escombros de una gran catástrofe universal; asimílese al orden de cosas que la post guerra nos depara, pero sea siempre, hoy más que ayer, piedra angular de una virtud discreta, de una virtud inteligente, capaz de establecer distingos precisos entre la necesidad impostergable de evolucionar y la zona peligrosa donde una frivolidad chabacana ejerce sugerencias rutilantes sobre almas primaverales que son retoños de hogar antiguo.

SALUDO AL INTERVENTOR FEDERAL DEL GOBIERNO PROVISIONAL

Señor Interventor: Señores Ministros: Señoras: Señores:

¡Dios sea loado! La República ha vuelto, por obra de la revolución, al ritmo de su civilidad.

El épico estallido del 6 de septiembre abre un nuevo ciclo en la historia política de la Nación Argentina.

En la magistral doctrina expresada en pocas y sinceras palabras por la revolución triunfante están interpretados con amplitud de criterio, y valorados con serenidad de juicio, el idealismo histórico de nuestra nacionalidad y el esfuerzo solidario de nuestro civismo. Y es allí, señores, donde radica la fuerza incontrarrestable de esta soberbia eclosión de la dignidad argentina, tan torpemente ultrajada en esa orgía demagógica que el pueblo y el ejército dispersaran a los acordes de la canción nacional.

Vivíamos horas aciagas. La expectación era enorme. El país había paralizado su expansión económica; el juego normal de las instituciones públicas se había desquiciado totalmente; la coima y el soborno eran los resortes naturales del nuevo engranaje oficial y burocrático; la educación de la juventud argentina estaba librada al juego de las fuerzas anárquicas y disolventes que se habían infiltrado en los institutos universitarios y docentes para preparar el caos, que a juicio de muchos fariseos, haría posible la perpetración indefinida de un despotismo lleno de ignorancia y de soberbia. El federalismo argentino, que ha sido el "alma mater" de nuestra organización nacional, era ya letra

muerta en el texto de la constitución argentina. La casi totalidad de las provincias que suscribieron el acuerdo de San Nicolás y los pactos posteriores de 1853 y 1860, se hallaban convertidas en simples factorías federales, y la mayoría de sus gobernantes fueron sorprendidos por este cambio de situación de hijos ante la omnipotencia del señor Irigoyen.

Señores: Hace 40 años, Lucio Vicente López, uno de los pensadores más elevados de aquella generación selecta que nació a la vida del espíritu en el momento en que callaban las dianas de Cepeda y de Pavón, señaló ya a la juventud universitaria de 1890 los peligros que acechaban a la República.

"Nuestras democracias sudamericanas —decía— corren el peligro de hacerse plebeyas e ignorantes; y los esfuerzos de los hombres de pensamiento deben dirigirse a prevenir los estragos de este género de democratización. Protestarán contra mis palabras los creyentes incondicionales de la igualdad, de la libertad y del falso liberalismo, pero para detener la protesta en sus mismos labios me bastará recordar que la democracia no es un ruido de frases ni un conjunto de declaraciones pomposas; la democracia, como todo gobierno bien entendido, es el respeto a todos los derechos por todos los poderes; el gobierno de los hombres intelectuales, de los varones justos y capaces de la República".

La profecía del ilustrado maestro se había cumplido como consecuencia natural de los recursos electoralistas con que se explotaron las pasiones colectivas.

Los que sentíamos en el alma esta tragedia de la patria recordábamos con melancolía tiempos mejores. La serena comprensión de Avellaneda que dio al país su capital definitiva; la obra educacional de Sarmiento, la labor constructiva y proficua de Roca; la muñeca y el talento de Pellegrini, puestos al servicio de la solución de nuestros grandes problemas económicos y financieros, y el bello gesto romántico del hidalgo Roque Sáenz Peña que impuso a su pueblo junto con la libertad electoral la conciencia de la dignidad cívica y administrativa. Los días lejanos se agolpaban en la memoria con el encanto de un viejo cuento que trae aromas de flores mustias y una remota armonía de cantos marciales.

De pronto, una clara mañana, el grito de guerra hiende su clarinada en el seno de la urbe populosa y multiforme, donde el cosmopolitismo hierve en el crisol en que ha de fundirse definitivamente el tipo de la raza nueva. El sentimiento legendario y la conciencia patriótica prevalecen en aquella febril inquietud promisoria, y la llama cunde, prende en los espíritus y redime a la Patria. Un hijo de Salta, el General Uriburu ha conquistado en esa jornada, la misma gloria inmarcesible que hizo de Urquiza el símbolo de nuestra liberación política.

"La naturaleza —ha dicho Wilson— fija terribles límites al poder del engaño".

Las multitudes argentinas, víctimas hace apenas dos años de las sugerencias arteras de una propaganda electoralista hecha a base de diatribas y de una idolatría vergonzosa, han vuelto por ventura a la realidad gracias al esfuerzo concurrente de la prensa ilustrada y sana, y al verbo fervoroso de los limpios, elocuentes y honestos tribunos de la Revolución .

Vengan ahora la paz y la concordia social para que la democracia nuestra retome cuanto antes el camino del orden, de la legalidad, de la jerarquía y del bien público, sin desnaturalizar jamás los atributos legítimos de la soberanía popular, que no puede fundarse nunca en la ignorancia o en la gula

de los azuzados. De hoy en adelante será una obligación ineludible para todos los partidos políticos la de instruir noblemente al pueblo en la práctica de sus propias virtudes ciudadanas.

Señor Interventor, General Gregorio Vélez:

A nombre de la Unión Provincial de Salta que se ha adherido a esta manifestación de carácter general, saludo en V. E. al espíritu de la Revolución. La trayectoria de vuestra vida militar y civil encarna a un tiempo mismo la consciente altivez de nuestro ejército y la honesta sencillez patriarcal de nuestros grandes repúblicos. Vos que habéis sido ministro de Sáenz Peña sabrás interpretar mejor que nadie los grandes propósitos de la Revolución. Los salteños todos celebramos jubilosos vuestra designación que ha puesto al frente de la delicada misión federal a un comprovinciano ilustre que ha sabido mantenerse siempre erguido como el hirsuto cardón de nuestras quebradas cordilleranas, cuya expresión patética guarda una elocuente similitud con vuestra carrera militar . Alza el cardón su tronco en las laderas, cubierto como una fortaleza por largas y punzantes espinas, y en el extremo de su rigidez una flor color de luna destaca en sus pétalos de seda las luces de la tarde. Tal el símbolo de los altos y generosos ideales sustentados siempre por el viejo y valeroso soldado de la República.

EN EL FUNERAL CÍVICO DEL TENIENTE CORONEL LINO MONTIEL

(Teatro Güemes de Salta - Julio 30 de 1931)

Señores:

Henos aquí a la sombra secular de la vieja bandera nuestra, la que, como lo expresara Sarmiento, no ha sido atada al carro de ningún vencedor de la tierra; congregados en torno al gran ejército de la patria, esa firme columna de la paz y de la dignidad colectiva; henos aquí reunidos al conjuro del patriotismo y de la virtud heroica de nuestros antepasados que ofrendaron sus vidas para conquistar la libertad, el orden, la justicia y la elevación de la conciencia social, dones preciados que ellos arrancaron de sus fauces a la hidra del despotismo y de la montonera; henos aquí de pie para protestar airadamente con todo el fervor de nuestros corazones contra la traición artera y siniestra tan brutalmente urdida bajo la inspiración maléfica del despecho, de la ambición y del odio.

El episodio de Corrientes, que tuvo como prólogo el asesinato a mansalva de un alto y prestigioso jefe del ejército, el Teniente Coronel Lino Montiel, y como epílogo una retirada mercenaria cubierta de oprobio y de vergüenza, ha dado al país la pauta de lo que son capaces de concebir y de coordinar los aventureros y los improvisados, a quienes no cuesta con frecuencia subyugar a las masas ignaras a base de engaños artificiosos y verbalistas o de dádivas corruptoras. Este triste episodio que constituye una dolorosa tragedia en medio de los resplandores de la Revolución, ha venido a destacar lo que el ejército argentino representa como factor de orden, de tranquilidad pública y de disciplina social. La chispa ha sido apagada de inmediato, y el Ejército, ese antiguo centinela de la Patria, que ha comprometido recientemente el honor de sus soldados en una noble empresa libertaria, atisba celosamente desde sus minaretes inaccesibles los factores anárquicos que pugnan por provocar el entrevero y el caos, precisamente en estas vísperas promisorias, cuando el país se apresta para recobrar el ritmo de su normalidad institucional.

El alma de la nacionalidad forjada a través de nuestra evolución histórica en el recio choque de los incipientes núcleos de civilización urbana con la pavorosa anarquía circundante, había alcanzado el temple viril y la enjundiosa serenidad espiritual de que dieron prueba los hombres que han realizado la unidad del país y su organización institucional.

El índice del progreso material argentino despertó más tarde el optimismo encandilado y presuntuoso de las generaciones posteriores, engréidas con la riqueza fácil, precursora de esa dulce voluptuosidad del éxito prematuro y barato; la mediocridad ensoberbecida desarticuló así los engranajes de nuestra primitiva democracia criolla estimuladora y respetuosa de las jerarquías morales, democracia criolla que, pese a sus imperfecciones en los órdenes de la vida política y de la justicia distributiva, había realizado, en las esferas de la cultura pública y de las retribuciones al esfuerzo personal y a las iniciativas individuales, una obra estimable y grandiosa.

La ley electoral que abrió al espíritu el amplio horizonte de la soberanía ciudadana indujo en error al pueblo en sus primeros ensayos, fenómeno éste propio de las democracias totalitarias

incapacitadas aun para alcanzar la comprensión cabal de sus intereses y de sus destinos. Reafirmemos, sin embargo, nuestra fe en la democracia encauzada dentro de la realidad de los intereses sociales y confiemos en el progreso siempre creciente de la capacidad electoral argentina.

La ley Sáenz Peña necesita ser perfeccionada a la luz de estas experiencias para evitar sus falacias actuales.

Los que han engañado al pueblo con el sortilegio del oro y del moro hasta llevarlo a esa orgía desopilada de todos los valores han tenido ya la saludable enseñanza de Septiembre. Frente a ella yo contemplo a las muchedumbres argentinas y presiento en la emoción profunda de sus grandes decisiones la intuición de la verdad y del bien triunfando sobre los grandes errores colectivos, y pienso que en la eterna marea de las olas humanas late el germen creador de las grandes fuerzas esenciales.

Que la sombra de Montiel, que ha regado con su sangre la tierra legendaria de los bravos correntinos fecunde el árbol de la patria vieja para que en esta Primavera retoñen sus hojas y nos brinde los óptimos frutos de una cimentación institucional y política digna de nuestro pueblo, y digna también de nuestro Ejército, siempre pródigo en ejemplos magnánimos de austeridad y coraje.

AGRADECIENDO UNA DEMOSTRACIÓN

(Diciembre 1918)

Mis amigos:

Agradezco y estimo en lo que vale esta amable gentileza vuestra, pero debo ante todo manifestaros en descargo de mi propia conciencia que no me asiste el derecho de aceptar un homenaje. El haber terminado una carrera universitaria en este país de doctores y de leguleyos sólo importa una cotización intelectual más aparente que real —al fin con el correr del tiempo y un poco de perseverancia muchas cosas mejores se alcanzan en la vida— pero si la fiesta que mis comprovincianos han resuelto dedicarme esta noche y a la que tan espontáneamente se han adherido mis mejores amigos de Buenos Aires, no es más que un pretexto pueril para renovar afectos y ofrecerme en la hora meridiana de mi vida esa prístina flor del estímulo que sólo se cultiva en los corazones leales y generosos; si esta fiesta no tiene otra mente que la de estrechar los vínculos que me une a todos vosotros, acepto complacido la parte que me corresponde y venga ella en buena hora a remover el fuego de las energías que aún arde en la juvenil hoguera atizado por los idealismos más sinceros y desinteresados.

138 ERNESTO M. ARROZ

Pláceme sobremanera esta feliz oportunidad de retemplar entre vosotros el espíritu un tanto agobiado por un íntimo dolor reciente.

No es menester ser un epicúreo para encontrar de nuevo la armonía de la vida en este ambiente propicio de caras amigas, cada una de las cuales evoca algún recuerdo impregnado de viejos afectos y cuyo conjunto renueva en la mente, como en un caleidoscopio, las impresiones multiformes de la vida que pasa.

Con la realización de esta comida se cumple una vez más una loable costumbre que va formando su tradición en el seno de la colonia salteña. Provocar periódicamente estas expansiones de compañerismo es hacer obra de solidaridad social, es preparar el advenimiento de una generación equilibrada y generosa, amiga de "Luz del Día" y enemiga de todos los Tartufos; de una generación homogénea, altruísta, renovadora, dividida todo lo que se quiera en las ideas, pero capaz de coincidir en el ideal.

En los días que corren, una serie de acontecimientos extraordinarios han abierto un paréntesis en la vida de la humanidad. ¿Será ello acaso el presagio de una trasmutación total en los valores éticos de la sociedad, o una simple consecuencia de la desorganización que la reciente guerra europea ha provocado en el mundo? Sea lo que fuere, lo cierto es que ha llegado para todos los hombres sanos y bien intencionados el momento de desplegar una acción tesonera en defensa de la civilidad y la justicia.

La juventud de América y la juventud de mi patria tendrán sobre sí el peso de una gran responsabilidad social ante la historia. Confío, sin embargo, en el esfuerzo espontáneo y en la capacidad directiva de nuestra propia generación.

Es menester, pues, realizar obra de bien. Cada uno con su credo, pero también cada uno con su sinceridad, encaramándose por encima de las pequeñas rencillas y de los utilitarismos vergonzantes.

Inspirémonos en el optimismo creador de Rodó, cuyo espíritu luminoso seguirá vibrando en el azul de América mientras haya en este continente una juventud capaz de interpretar la belleza de los antiguos mitos y de sentir en su corazón y en su cerebro la fuerza propulsora de Ariel. Trabajemos todos con amor por el progreso y el engrandecimiento de la República, pero sin olvidar que no es sólo la riqueza informe lo que ha de crear nuestro poderío nacional.

Yo aspiro para mi patria todo lo que la inteligencia y la serenidad de sus hombres puedan darle. Pienso que es menester, ante todo, perfeccionar nuestras instituciones antes que conculcarlas y propender a un progreso regular del país que establezca el equilibrio de nuestro sistema federativo, solucionando al propio tiempo, por la descongestión urbana de la metrópoli, algunos de los problemas más graves que nos ha planteado nuestro desbordante cosmopolitismo: el problema del trabajo, el problema de la educación, el problema del orden.

Para que la República sea efectivamente todo lo grande y potencial que deseáramos, es impostergable que las provincias prosperen, que el organismo nacional desarrolle armónicamente el cuerpo endeble sobre el cual ha de descansar la cabeza poderosa, y para que las provincias prosperen es menester también que los provincianos y los que no lo son le consagren sus esfuerzos; que mucha de esa juventud provinciana que siente amor por la cultura y las iniciativas personales se reintegre a sus lares llevándose todo lo bueno que de la vida de Buenos Aires ha aprendido, pero no sin despojarse antes de todas las frivolidades que han podido prender en el alma marchitando la sinceridad y la frescura de los sentimientos hogareños.

Por lo que a mí respecta, declaro con la plena sinceridad del amigo que me voy a Salta inspirado de los mejores propósitos, y como una confidencia os diré que llevo en el alma la ilusión más noble de la vida, esa ilusión inefable que todo lo enaltece, que todo lo dignifica y que sólo puede inspirarla una mujer.

DISCURSOS OFICIALES

(COMO MINISTRO DE GOBIERNO DE SALTA. 1925-1928)

OFRECIENDO UN HOMENAJE A DOS DELEGACIONES POLÍTICAS

(Llegadas a Salta para asistir al juramento del gobernador electo Doctor Joaquín Corbalán)

Cúmpleme la grata misión de ofrecer este sencillo homenaje a los distinguidos huéspedes que han tenido a bien honrarnos hoy con su presencia y compartir con nosotros las emociones de nuestro advenimiento al gobierno de la Provincia .

En nombre del Poder Ejecutivo agradezco vuestra presencia y estimo en lo que vale vuestra gentileza, que asume, por su particular significación, un pronunciamiento auspicioso de solidaridad social argentina.

La Unión Provincial de Salta retorna al poder después de seis años de honroso ostracismo de las funciones ejecutivas de gobierno, durante los cuales puso siempre en ejercicio sanos y elevados principios de democracia orgánica, luchando enérgica y denodadamente en todos los comicios, y colaborando desde la Legislatura de la Provincia desapasionadamente y sin prejuicios disolventes, en todo intento constructivo aunque él viniere de los gobiernos adversos. La energía y el carácter no deben medirse nunca por la violencia espasmódica de los procedimientos y de la acción; ellos son como el valor, tranquilos y firmes. Tal ha sido la comprensión de nuestro destino de opositores, que nos ha llevado también, en aras de nuestra integridad institucional, a realizar sin vacilaciones y sin odios los más extremos recursos del contralor legislativo.

Muy grata es para nosotros la presencia, en esta hora de triunfo, de los delegados del Partido Liberal de Tucumán, cuya tradición política resplandece aún en medio de las tribulaciones del actual momento económico en esa obra de progreso intensivo que ha consolidado su industria azucarera, señalando también, con la fundación de su moderna universidad, novísimos rumbos técnicos a las actividades intelectivas de las nuevas generaciones.

Hondas raíces históricas y étnicas unen a vuestra provincia con la nuestra desde épocas anteriores a la fundación del Virreinato del Río de la Plata. Hay en la formación de estas viejas sociedades norteñas una trabazón tan regular que bien justificada está, como lo afirma Groussac la unidad política que con la denominación de Provincia del Tucumán nos mantenía congregados bajo la égida de un mismo gobernador español... Y sus nombres: Salta y Tucumán, ¿no están acaso imperecederamente unidos en las armoniosas estrofas del himno nacional?, y luego en los entreveros sangrientos de la guerra gaucha, y en aquella memorable cruzada redentora de la tiranía, ¿no hemos corrido, acaso, la misma suerte gloriosa, las mismas hesitaciones y zozobras y la misma pavorosa adversidad después de Quebracho Herrado y de Famailá?

Y en vos, doctor Sánchez Elía, delegado del Partido Conservador, de Buenos Aires, saludo a un representante conspicuo de la cultura porteña, a una de las unidades más preciadas del grupo dinámico que lucha y trabaja tesoneramente, sin desmedro de su distinción, por el mejoramiento espiritual y político de la República.

Señores: Espera al gobierno que se inicia en Salta una ardua tarea y una delicada responsabilidad en la solución de tan graves problemas actuales, como el del petróleo. Tendremos los

ministros, en el Gobernador que hoy ha asumido sus funciones un estimulante poderoso. Su energía, su buena fe, su desinterés personal y los sanos propósitos enunciados en su discurso-programa, confortar el ánimo de sus colaboradores, que no hemos de perder nunca el sentido de aquel altruista consejo de Pellegrini a la juventud universitaria de Buenos Aires: "No toméis nunca el aplauso por objetivo ni por guía; el vendrá a su hora si lo merecéis en verdad. Hay otro guía más seguro dentro de vosotros mismos, vuestra conciencia sana; seguidla siempre, y si es necesario, sufrid por ella".

ANTE LAS PRIMERAS VÍCTIMAS DE LA AVIACIÓN EN SALTA

(Sylvester y Valleros)

Señores:

Traigo el doloroso encargo de depositar sobre estos dos féretros, que guardan las primeras víctimas de la aviación en Salta, el homenaje respetuoso del Gobierno de la Provincia.

El destino ha tronchado en ambos casos el ideal vigoroso de una juventud intrépida y renovadora. Las alas del Ícaro se han fundido de repente a la vista de todos nosotros, como si el Hado de la montaña secular que guarda en este rincón de la patria el secreto de los conquistadores y de los grandes guerrilleros de América se hubiera revelado contra el potente ruido monocorde del avión, que hendiendo el espacio circundante, había osado turbar la apacible serenidad milenaria de sus cumbres. Y es así como ha pasado ante los ojos atónitos de esta sociedad de Salta la visión pavorosa de una tragedia que torna en lumbré de gloria lo que momentos antes fuera en el espíritu inquebrantable fe de porvenir y viril confianza en la eficacia de una noble aspiración humana.

Unido a Emilio Sylvester por antiguos vínculos de afecto que se remontan a las aulas de la escuela primaria, traigo también la palabra de sus amigos, en cuyos corazones perdurará el recuerdo de su inmarcesible plenitud espiritual, alimentada desde niño por un sano y elevado optimismo.

Entre las cualidades más salientes de su alma inquieta y bondadosa, se destacaba su invariable franqueza y esa peculiar curiosidad científica siempre cultivada, que había dado ya, a pesar de su juventud, tanta autoridad a sus juicios.

¡Cuántos esfuerzos y cuántos desvelos ha malogrado lo imprevisto, la agorera fatalidad, que cubre a veces de cierzo los brotes primaverales y torna en escueto carbón la enhiesta lozanía del roble, calcinado de improviso por el rayo!

Desaparece con el ingeniero Emilio Sylvester uno de los valores intelectuales más preciados de su generación, y junto con él la simpática figura del aviador Pascual Valleros, valeroso soldado de la patria venido en altruista misión civilizadora para encontrar su tumba al pie de nuestro San Bernardo, a pocas cuadras del histórico campo que guarda las cenizas de los vencedores y vencidos en la memorable jornada del 20 de febrero de 1813.

El pueblo de Salta, a través de sus largos y variados destinos, custodiará por siempre con amor y respeto la tumba de sus primeros mártires de la aviación, sin que el horror de este desgarramiento empañe el entusiasmo y la esperanza de su juventud, porque como lo afirma Rodó "esas dos bellas prendas del espíritu joven corresponden en las armonías de la historia y de la Naturaleza al movimiento y a la luz, y a donde quiera que volváis los ojos las encontraréis siempre como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas".

EN LA INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN RURAL DE SALTA — AÑO 1925

Señor Gobernador,

Señor Presidente de la Sociedad Rural Salteña:

Señores:

Una vez más la Sociedad Rural Salteña abre sus puertas a la noble emulación de nuestras incipientes actividades agropecuarias. Las dificultades creadas a la economía general de la zona por la honda crisis que venimos sufriendo como consecuencia de diversos factores de orden externo, no han sido óbice para impedir la realización de este modesto certamen, revelador elocuente del loable esfuerzo y del saludable optimismo con que nuestros hombres de trabajo vienen sorteando las horas difíciles a la espera de un porvenir más o menos inmediato.

Nuestro país es una nación grande y próspera, poseedora de ingentes riquezas, pero vivimos aún en un ambiente de desorientación económica que esteriliza muchos sacrificios y malogra muchas iniciativas creadoras.

El último Censo oficial de la Nación levantado en 1914, que asignaba a la República 7.905.502 habitantes, puso ya entonces en evidencia la enorme desproporción observada en el crecimiento de la población al extremo que entre la Capital Federal y la Provincia de Buenos Aires sumaban 3.641.376 habitantes, vale decir un aumento de 2.056.975 desde el censo anterior de 1895. La misma estadística de cifras ofrecía en cambio el espectáculo de provincias donde la población había permanecido casi estacionaria, cristalizada en los moldes de nuestra primitiva vida pastoril y debatiéndose algunas de ellas en un medio de dificultades de todo orden que prolongan aún hasta nuestros días la vida azarosa y munificente de la vieja campaña argentina desolada y cruenta que Sarmiento pintara con los vivos colores de la realidad por él vivida.

Numerosas son las causas que han contribuido a acentuar este desequilibrio ya de suyo explicable por la situación geográfica de Buenos Aires, por los antecedentes históricos y por las magníficas condiciones agrícolas del Litoral. La riqueza de la zona privilegiada acrecida desde los primeros años de nuestra unificación política por la afluencia del comercio internacional y por el aumento espontáneo de la población originó el mejoramiento de la vida y de las condiciones de trabajo hasta el punto de que bastó luego un mínimo de esfuerzo para que el más desventurado se asegurase el sustento; el ingenioso y el tesorero encontraron fácilmente abierto el camino de la prosperidad; la inmigración posterior, deslumbrada por una exaltada confianza en las bondades del vellocino de oro continuó así aglomerándose en la Capital y sus alrededores hasta provocar una congestión humana que ha dado ya lugar a algunos trastornos correlativos al encarecimiento de la vida y a la desocupación, o mejor dicho a la falta de trabajo adecuado para repartir las actividades de la población urbana.

La política inmigratoria y colonizadora del Estado no ha sabido acaso interpretar con eficiencia práctica el fenómeno social, encauzando ese movimiento inmigratorio hacia las regiones

donde la Naturaleza ha derrochado fecundamente sus dones y que aún permanecen vírgenes, ocultando en sus valles y montes los elementos de producción más preciados que el mundo codicia.

Bien explican las cifras del censo, levantado hace ya más de diez años, el desmedro actual de nuestro federalismo económico y político cuya conquista institucional ha costado al país cruentos años de guerra civil.

La acción de nuestros gobiernos y otras circunstancias ajenas a ellos han hecho de Buenos Aires, como lo recuerda en un libro reciente un distinguido publicista, el doctor Juan Álvarez, el más importante centro intelectual, artístico, bancario, político, comercial y bursátil del país, el punto de concentración de casi todas nuestras líneas férreas, fluviales y marítimas; se han hacinado dentro de su radio de siete leguas más de la tercera parte del personal ocupado por la totalidad de las industrias y el comercio argentinos, más del cuarenta por ciento de los capitales comerciales y más del treinta por ciento de los aplicados a la industria; se han invertido en el radio urbano de la Capital Federal dos tercios del valor total de los inmuebles del Estado, y se han hecho de su plaza y de su banca los intermediarios obligados del comercio interno y del comercio de ultramar, los reguladores exclusivos de todos los valores del país, el núcleo central de todas las influencias capaces de engendrar cualquier fuerza vital y generadora.

Este sistema de centralización rabiosa ha creado a su alrededor muchos intereses que con frecuencia gravitan sobre los intereses generales del país. De ahí, señores, el súper esfuerzo que deben desarrollar los gobiernos provinciales, los representantes de ciertas provincias en el Congreso de la Nación y los estadistas integrales del país para contrarrestar los abusos contraproducentes del centralismo e imprimir un mejor espíritu de justicia distributiva a la acción económica que regula el desarrollo de la riqueza pública y privada en la República.

La obra de la Sociedad Rural Salteña ha marcado entre nosotros una trayectoria intermitente de esfuerzos en pugna con los múltiples factores adversos y con el pesimismo ambiente. Se ha estimulado con relativo éxito la mestización de los ganados y el mejoramiento de la producción agraria, y porque se tiene la visión de mejores destinos es que ahora se propende, mediante estos concursos de estímulo, preparar los elementos de adaptación a una nueva vida de labor y a nuevas formas de actividad productora.

El Poder Ejecutivo ha de secundar en todo momento la acción de la Sociedad Rural estimulando por todos los medios a su alcance el desenvolvimiento de las industrias locales, el desarrollo de la colonización en las zonas propicias para los cultivos intensivos, y al aumento del riego en las zonas aptas, y ha de poner también en juego todos sus recursos y todas sus influencias para alcanzar cuanto antes en el Congreso la sanción del plan ferroviario que contiene para nosotros tres metas anheladas: Antofagasta, Formosa y Barranqueras cuya realización comportará la reducción de nuestras distancias a los puertos de embarque, hecho económico que contiene el germen misterioso y fecundo de una inconmensurable fuerza propulsora.

EN LA ESCUELA DE MANUALIDADES DE SALTA

Excmo. Señor Gobernador:

Señor Director:

Señoras:

Señores:

Es sumamente grato a mi espíritu inaugurar desde la alta función pública que desempeño, esta brillante exposición con que la Escuela de Manualidades de Salta ofrece anualmente a la vista de todos el resultado de una proficua labor cotidiana tan educadora como dignificante.

La función social que viene llenando en nuestro medio este meritorio instituto de cultura femenina está, acaso, por encima de cualquier elogio pueril que pueda hacerse al exclusivo prestigio de sus resultados materiales. Algo hay en la obra emprendida más alto que la perfección técnica y que el refinamiento artístico de los trabajos ejecutados y es la novísima orientación de las actividades pedagógicas, tan en consonancia con las nuevas formas sociales y con las necesidades de orden práctico impuesta; a la vida del hogar por las desarmonías éticas de la post guerra. El rol de la mujer en la sociedad y en la familia ha sido alevosamente herido en su tradicional encanto sugestivo; el desequilibrio de los viejos cánones exige ahora de ella una ruda función económica en el dinamismo social y por ende los atributos de una nueva escuela teórico-práctica que al propio tiempo que obre el cultivo de su capacidad para el trabajo y su fortaleza moral, conserve en el alma el acervo de esa sensibilidad delicada que constituye el eterno femenino.

Nuestra vida se ha desprendido del pasado. Las nuevas generaciones no respirarán más el romanticismo heroico y gentil de nuestra vieja formación social prolongada desde la colonia a través de los períodos de la emancipación, de la anarquía y de la organización nacional. El egoísmo fenicio de los buscadores de oro que han tendido sus tiendas de campaña a lo largo de la República, redoblando la fuerza propulsora de nuestra producción, ha quebrado el ritual de las antiguas costumbres patriarcales en las que la mujer era un elemento decorativo del hogar y un noble objeto de la cabaleresca pleitesía masculina.

La renovación social de los viejos centros urbanos que presidieron el nacimiento de la República; las nuevas formas de asociación que impersonalizan el poder dominante del capital, y las necesidades cada día más premiosas de la lucha por la existencia, han abierto a las actividades de la mujer argentina nuevos horizontes a través de cuyos celajes libertarios relampaguean las zozobras de un porvenir incierto, librado generalmente a los propios recursos de la acción personal. Encauzar la educación femenina por las nuevas corrientes individualistas que la democracia moderna ha abierto para ellas en la vida actual, es hacer obra de gobierno, es ajustar los resortes de la contextura social, es asentar nuestro patriotismo sobre bases más sólidas y positivas que el estéril lamento con que vemos esfumarse una tradición nacional cargada de prejuicios y de virtudes.

La labor aquí realizada por las alumnas del establecimiento dará sus óptimos frutos en la tranquila placidez de los hogares llevándoles medios honestos de vida y la satisfacción íntima y delicada del artífice que ve en el esplendor de sus obras el reflejo de la bondad divina que bendice el arte y el trabajo e inunda de paz los corazones.

Al felicitar al Director de la Escuela y al personal docente de la misma por el éxito alcanzado, cúmpleme ofrecerles el más decidido apoyo del Poder Ejecutivo de la Provincia.

PRESENTACIÓN DEL GOBERNADOR DE JUJUY DON BENJAMÍN VILLAFAÑE

(Al pronunciar este en el Teatro Victoria de la ciudad de Salta su conferencia sobre "*Las Miserias de un País Rico*")

El gobernador de Jujuy, don Benjamín Villafañe, no necesita ser presentado en Salta. Lo une a nuestro medio ambiente una franca comunidad espiritual que él ha expresado con amplitud y tesón en su dispersa labor de estadista hecho a martillo, sobre el yunque de nuestros menospreciados problemas sociales y económicos del interior. Lo une también a nosotros la tradición de su hogar estrechamente vinculado a esta sociedad en cuyo seno su ilustre padre se vio mezclado juntamente con un núcleo selecto de salteños en las andanzas y vicisitudes políticas del año cuarenta, que dieron origen a la primera cruzada argentina en pro de la libertad civil de la República: la famosa "Liga del Norte" que Alberdi azuzara desde Montevideo por intermedio de Avellaneda y Zavalía.

La palabra ilustrada y cáustica del gobernador Villafañe ha de adquirir en estos momentos singular trascendencia . Ella no es el fruto de la improvisación pueril que pone un broche de color sobre la frase vacua para disimular discretamente la simplicidad del concepto, sino el fruto madurado de una reflexión honesta, metódica y silenciosa, que viene elaborando el alegato escueto, despojado de galas retóricas, pero pleno de justicia, de verdad y de sana crítica.

Y bien, señores; así también se hace Patria.

A nadie escapa la alarmante desproporción observada en el crecimiento de la riqueza, de las industrias y de la población argentinas entre ciertas provincias mediterráneas y las que tienen la ventura de ser bañadas por el mar o por los ríos navegables, esos caminos que andan, como decía Pascal. Tal desproporción, aunque obedezca a causas geográficas y de la Naturaleza es susceptible, sin embargo, de ser considerablemente morigerada eliminando algunos de los diversos factores que las estadísticas y los índices de nuestra balanza comercial señalan como causantes del estancamiento progresivo de esas provincias, cuyos elementos naturales de riqueza harían holgadamente el poderío económico de cualquier país poblado y con elementos para desenvolverse.

El gobernador de Salta, doctor Corbalán, al invitar a sus colegas de las provincias vecinas de Tucumán, Jujuy, Catamarca, Santiago del Estero y La Rioja para cambiar ideas sobre estas cosas tan graves, tan urgentes y tan altamente patrióticas, ha creído cumplir con un fundamental deber deparado a un gobernador argentino en los tiempos que corren.

Dejo la palabra al ilustrado mandatario de la Provincia de Jujuy.

EN EL SEPELIO DEL DOCTOR MIGUEL S. ORTIZ

Señores: Cumpló el honroso cometido de despedir en nombre del Poder Ejecutivo de la Provincia los restos inanimados del Dr. Miguel S. Ortiz, cuya venerable ancianidad prolongaba entre nosotros la encarnación de otras épocas y otras generaciones

Se ha quebrado con su muerte el último vaso frágil que guardaba el acervo de una estimable tradición social y política de Salta.

Su amistad personal solía infundirnos el místico respeto de las cosas viejas, sentimiento edificante que une a las diversas generaciones a través del tiempo en esa trabazón intrincada de la historia, y que nos da la sensación de convivir con los que nos precedieron en la interminable brega cotidiana.

Más de cuarenta años ha, que el doctor Ortiz iniciaba su vida pública como Ministro del Gobernador Juan Solá, a quien había de suceder luego en el gobierno de la Provincia Desde entonces a ahora su personalidad ha revestido siempre los caracteres estimables con que hoy podemos ofrecer su memoria a la consideración nacional.

Su continente severo y su torva austeridad espiritual han estado presentes siempre en todos los actos de su vida ciudadana, y ya desde el llano, combatiendo apasionadamente sobre la arena movediza de la política o desde las altas posiciones oficiales que ocupara don Miguel Ortiz brilló siempre por su sinceridad y por su prístina honestidad personal.

Primer Presidente de nuestra Sociedad Rural, Presidente del Concejo Deliberante de esta ciudad, Ministro de Gobierno, Gobernador de la Provincia, Senador Nacional, Vocal del Directorio del Banco de la Nación Argentina, Ministro del Interior durante la presidencia del Dr. Victorino de la Plaza, puso en el ejercicio de todos estos cargos la misma presencia de voluntad y el mismo interés patriótico por el bien público.

¡Considerad lo que significa una larga y brillante trayectoria que se extingue! Más de sesenta años de vida intelectual puesta al servicio de ideas, instituciones e ideales, desplomados en este féretro. Sus esperanzas y sus decepciones, sus aspiraciones y sus obras; sus encumbramientos, sus afectos, sus emociones, sus alegrías y sus dolores; todo el conjunto de una vida mental que ha llenado ampliamente su ciclo transformado hoy en símbolo de veneración y de respeto.

El gobierno actual, surgido de filas políticas contrarias a las suyas, ejecuta un deber de hidalguía que es dable imponer como norma permanente y civilizadora en las democracias modernas, al tributar su homenaje ante una tumba que ha de acoger las cenizas de un salteño esclarecido cuya desaparición esfuma de nuestro ambiente los relieves de una noble silueta patriarcal.

EN HONOR DEL ARZOBISPO DE BUENOS AIRES MONSEÑOR BOTTARO Y OTROS PRELADOS

Excmo. Sr. Gobernador:

Excmo. Señor Arzobispo:

Ilustrísimos Señores Obispos:

Señoras, Señores:

Por encargo de las distinguidas damas que forman la Comisión organizadora de las festividades religiosas, y a nombre de ellas, del gobierno y de la sociedad de Salta voy a decir la palabra de salutación al venerable y dignísimo Jefe de la Iglesia argentina, a los virtuosos prelados de Tucumán y de Cuyo y a todas las peregrinaciones venidas a este pueblo para beber en el vaso delicado de la emoción religiosa el agua que mana cristalina de la fuente, en el huerto santo del Milagro.

Hay en ciertas tradiciones legendarias que llevan a las almas el perfume evangélico de las leyendas cristianas una sugestión artística tan emotiva y arrobadora que su estructura y su esencia escapan a toda confrontación intelectual, tal la historia simple y maravillosa de las imágenes de nuestra Catedral que ha poblado de recuerdos diáfanos el ambiente familiar de la ciudad al paso de todas las generaciones de Salta, suscitando la belleza de las ideas y de los sentimientos, realzando el idealismo libertario y nacionalista en una cruenta época marcial y romántica, e influyendo luego en el esfuerzo solidario, en la cordial acción colectiva para mantener inmarcesible la flor de nuestra incipiente civilidad local, circundada por la anarquía y la montonera que habían provocado, al apagarse los últimos fuegos de la guerra de la independencia la dispersión de los ejércitos de la patria.

Bienvenidos seáis, peregrinos, al viejo solar que guarda bajo la gloria serena de su cielo las cenizas de vencedores y vencidos confundidas en un mismo sepulcro humilde, circundado de agrestes montañas azules cuyo valor simbólico insinúa ya los designios generosos y trascendentales de esta Argentina fascinadora, gentil, esforzada y humanitaria, poseedora de las grandezas ubérrimas que Rubén Darío ha engarzado en el oro sutil de sus versos mejores.

Señores:

De tal modo se halla vinculado a la vida civil de la provincia este culto que os ha congregado en Salta, que en el contenido intrínseco de la interminable crónica devota que se inicia diez años después de la fundación de la ciudad, nuestros antepasados nos legaron el remanente común de sus anhelos, alegrías, tristezas y esperanzas. Es una exégesis que condensa en un cándido sentimiento de confianza suprema el sentir íntimo de nuestra vida nueva, renovada quizá en su estructura mental, diversificada en sus preocupaciones y en su ideología, pero profundamente arraigada al pasado por la sinceridad afectiva que templea en el espíritu el acero de las más nobles virtudes. Y tan potente ha sido en otras épocas el valor ético de esa fuerza ancestral que un gobernador de Salta, don José María Todd, que dejó huellas indelebles de su singular ingenio, pudo conjurar una revolución delegando el gobierno en el Señor del Milagro, cuya sola presencia virtual al frente del poder público logró acallar el hondo

rumor de las pasiones políticas comprometidas ya en la deleznable aventura de una estéril lucha fratricida.

La tradición religiosa de las imágenes del Milagro tiene así en el orden de nuestro idealismo histórico todo el perfume espontáneo y arrobador con que los jazmines y los azahares impregnaban cada Primavera el místico ambiente de la gran aldea colonial.

Dios salve para bien de nuestros sentimientos sociales el armonioso prestigio de esta leyenda transhumana a cuya sombra bendita floreció apacible, estoica y luminosa la ciudad de don Hernando de Lerma, que el virrey Toledo mandó a erigir en este fecundo valle mediterráneo para que sirviese de asiento a las autoridades de una de las más vastas provincias del antiguo virreinato del Perú.

¡Qué el sentido social y poético de esta bella crónica de la conquista que ha llegado hasta nosotros a través de tres siglos, rebosante del austero fervor de los viejos hogares fundadores sea recogida por las generaciones actuales en el cofre del sentimiento que ha de protegerla contra la impúdica disgregación moral y estética de los tiempos que corren!

SEMBLANZAS PÓSTUMAS

NICOLÁS LÓPEZ ISASMENDI

Acaba de hundirse en la noche sin astros un espíritu lleno de radiaciones gráciles y serenas.

Nicolás López Isasmendi ha partido de este mundo sin un rictus de amargura, sin que el horror de la muerte alterase su jovialidad desaprensiva, tal como llevaba a través de la vida su gran alma romántica, zarandeada por los idealismos y las vicisitudes.

Iconoclasta y emancipado como un Savonarola, todo en él era espontaneidad, sutileza, arte, pensamiento, por eso le sorprendió la adversidad una tarde luminosa, mientras prolongaba su festiva juventud, riendo como escéptico antiguo, del egoísmo humano y de las disquisiciones metafísicas de su pueblo.

Y porque fue todo un hombre, y porque su alma guardaba el trasunto de una raza de hidalgos, su renuncia de funcionario se elevó como una protesta airada ante el mandoble que acababa de arrasar una autonomía política que él consideró respetable dentro del concierto normal y serio de nuestras instituciones públicas, y es así como el desborde de su sensibilidad sin afectaciones púsole en trance áspero y prosaico. La entereza de su lirismo heroico ha sido, acaso, más fuerte que su propio destino.

Nicolás deja en Salta las huellas de un aticismo chispeante y desapasionado que llenó en su hora de espiritualidad y de gracia el reducido mundo de nuestras tentativas literarias, pero es, sobre todo, por sus sarcasmos demoleedores y por la agudeza de su sentido crítico que sus prestigios intelectuales han de perdurar entre nosotros.

Su pluma, epigramática y retozona como la de Marcial o la de Quevedo, se habría impuesto con solo quererlo en cualquier ambiente propicio a la expansión intelectual y a la gloria del talento, pero su despreocupación ingénita lo llevó a diluir todos los frutos de su inteligencia singular en la obra inorgánica de nuestro periodismo lugareño.

Estamos en presencia de su féretro y aun sentimos en nuestras manos el calor de las suyas, tan noble y franco era su afecto y tan sincera su fe en la amistad

Traigo, señores, el doloroso encargo de decir a López Isasmendi el último adiós de sus amigos de la Junta Numismática,⁶ en cuyos amenos esparcimientos espirituales su corazón y su cerebro irradiaban como un sol, y no encuentro forma más apropiada de cumplir ese mandato, que repetir ante el alma que se eleva desprendida ya de sus despojos terrenales, aquellos versos dolientes que la muerte de Rodó arrancara a un poeta de su patria:

*"Ya miro que zarpas sereno del mundo
"y rasgas la entraña del aire profundo
"dejando esta triste e impura Babel
"con rumbo a los dioses, en vuelo armonioso
"siguiendo la estela de gas luminoso*

⁶ (1) La Junta de Investigaciones Históricas, Arqueológicas y Numismáticas de Salta, fue una asociación festiva de jóvenes intelectuales formada allá por el año 1918 alrededor de Nicolás López Isasmendi y Juan Carlos Dávalos, poetas y humoristas de una sana jocosidad.

"que dejan las alas veloces de Ariel".

MOISÉS J. OLIVA

Señores:

Traigo al borde de esta tumba que ha de guardar para siempre los restos mortales de Moisés J. Oliva, el homenaje justiciero de la Cámara de Diputados de la provincia, que él presidiera tantas veces con su apacible lucidez mental y con esa imperturbable ecuanimidad de espíritu que constituían, acaso, las características más salientes de su personalidad moral.

Muere Oliva en un momento en que las turbulencias de la democracia empiezan a agitar de nuevo el espíritu público, privando así al Senado de la provincia del concurso de su experiencia y de su talento, y a las asambleas políticas de su partido de su acción inteligente, enérgica y morigeradora.

La vida de las sociedades es un poema interminable de renovaciones y de desgarramientos dolorosos. Sobre los escombros de cada existencia preciada se alza una nueva generación desbordante de un optimismo renovador, plena de fe en el ideal, y presta a emprender ágilmente el camino de la montaña, sin sospechar quizá que en la anhelada cumbre, donde se presiente una visión esplendorosa y serena del horizonte, suele hallarse a veces el calvario de las almas, cuya sola presencia enerva los mejores entusiasmos juveniles y marchita las flores más hermosas de la ilusión.

Una grave dolencia que venía minando su organismo había sembrado últimamente la decepción y el pesimismo en el espíritu brioso y combativo de Moisés J. Oliva, una de las inteligencias más preclaras de su generación.

A través de su charla amena y despreocupada, se descubría con frecuencia el elegante escepticismo del hombre culto y fuerte, aguijoneado por el dolor físico y moral que va secando su savia vigorosa y fecunda.

Espíritu abierto a todas las expansiones generosas, guardaba en su corazón un cofre de afectos y de emociones al parecer incompatibles con su exterior huraño y displicente.

Ha sido Oliva mi primer maestro de Filosofía. Siempre conservaré de él ese recuerdo. Me basta volver la vista a los gratos años de mi adolescencia para encontrar en las frías aulas de nuestro Colegio Nacional la silueta joven y severa del Rector, transformándose sutilmente en un bondadoso confidente de la juventud.

Despojado de toda gala retórica llegaba fácilmente hasta nosotros por la unción de su palabra clara, ilustrada y persuasiva. Con frecuencia solía desviarse de las arideces del programa para iniciarnos en interesantes disquisiciones culturales o hablarnos sobre nobles y elevados motivos. Su vida pública es un saludable ejemplo de desprendimiento y de solidaridad social. Desde los primeros años de su juventud siguió siempre los impulsos más rebeldes y justicieros de la opinión, sin que jamás lo hubiese preocupado la suerte de su persona.

Amó como el que más la libertad espiritual y le consagró sus mejores esfuerzos.

Periodista, legislador provincial, diputado nacional, educacionista y gobernador interino de la Provincia, su energía y su cordura estuvieron siempre exentas de vacilaciones. Su personalidad ha sido

muchas veces combatida en la incesante lucha de los pequeños y grandes intereses de su pueblo, donde Oliva actuó siempre con sinceridad en el primer plano del escenario cívico, sin que las sombras del egoísmo, la simulación o la concupiscencia hayan empañado nunca el brillo de su honesta actividad ciudadana.

La Inexorable ha apagado para siempre los latidos de su corazón y la luz de su cerebro. El gran misterio envuelve ya sus despojos terrenales. No escucharemos más la elocuencia de su palabra ni hemos de estrechar en adelante su mano firme y cordial, pero su recuerdo perdurará entre nosotros como perdura en el éter la lumbre de los astros que fueron.

DOCTOR ADOLFO VALDEZ

El Rotary Club de Salta me ha encargado el mandato de depositar estas flores sobre la tumba que ha de guardar los despojos mortales del doctor Adolfo Valdez, noble y generoso espíritu a cuya gestión diligente y tesonera debe el Rotary Club su reciente fundación local.

Con el doctor Valdez desaparece, posiblemente, la última figura patriarcal de una generación que ha dado a Salta caracteres rectos y firmes, modelados bajo la influencia moral de los viejos troncos, en ese ambiente de cultura reposada, tan parsimonioso y austero de los salteños posteriores a Caseros, partícipes destacados en la obra de la organización nacional, en quienes jamás falló el concepto de la dignidad, ese sentimiento primordial, generador de todas las virtudes sociales.

Radicado desde joven en la Metrópoli tuvo allí el doctor Valdez amplio campo de acción para sus especulaciones intelectuales y para el noble ejercicio de su profesión. Sin abandonar un solo instante su modestia ingénita, que era en él una segunda naturaleza, el doctor Valdez llegó pronto a destacarse como alienista y como higienista ocupando importantes cargos directivos desde los cuales sirvió a la humanidad y al país con encomiable abnegación y desinterés.

Como miembro del Directorio de las Obras Sanitarias de la Nación contribuyó eficazmente a que se construyeran las Obras de Salubridad en Salta, cooperación, acaso, la más trascendental del gobierno de la República en la vida y transformación material y moral de los antiguos pueblos insalubres del interior.

La política lo arrastró alguna vez en sus vaivenes sin que los contrastes experimentados destemplaran la cuerda siempre tensa de su serenidad.

Tras una larga y meritoria jornada científica y profesional en la que los éxitos se mezclaron tantas veces con las amarguras de la vida, el doctor Valdez, presintiendo quizás, su fin, quiso reintegrarse al viejo solar nativo para renovar en sus últimos años sobre el rescoldo aún caliente del hogar paterno el recuerdo de las ilusiones más venturosas de su juventud, y así volvió a vivir algo más de un año la vida de su pueblo pleno de sol y de familiaridad, mientras prolongaba apaciblemente su tarde rodeado de la consideración y el afecto de una sociedad que supo descubrir en el anciano idealista y gentil sus hidalgas calidades de caballero antiguo.

Inesperadamente se ha quebrado el ánfora frágil que contenía la esencia de una vida llena de virtudes y de merecimientos. Que su perfume llegue hasta las nuevas generaciones surgidas en una época de desorientación, de zozobras y de anarquía universal, y que estas busquen siempre en las raíces de su propia stirpe la savia que ha de realizar sin perjuicios para los intereses permanentes de la nacionalidad, todas sus renovaciones espirituales.

DOCTOR DAMIAN M. TORINO

El gobierno de Salta me ha confiado la dolorosa misión de despedir al borde de esta tumba los restos mortales de un salteño ilustre que honró a su provincia y guardó siempre para ella sus afectos más imperecederos.

Con la desaparición del doctor Damián M. Torino pierde el país uno de sus ciudadanos más esclarecidos.

Era, él en efecto, un fiel trasunto de esa vieja cultura genuinamente argentina, discreta y sobria, plena de circunspección y de claridad mental. Su muerte ha quebrado la serena armonía de una vida preclara dignificada por la bondad y el talento.

Pertenecía a una generación selecta surgida a la vida pública entre el ardor cívico que congregó a la juventud universitaria de Buenos Aires en el mitin del Jardín Florida, allá en los albores de la revolución del noventa. entonces a ahora el doctor Torino ha albergado siempre en su corazón la misma pasión por el bien público, la misma exaltación patriótica y la misma inalterable firmeza de carácter que orientó en todo momento su ideología mesurada y comprensiva.

Diputado Nacional por Salta y Ministro de Agricultura luego, durante el gobierno del doctor Manuel Quintana, puso en evidencia desde esos cargos, la vastedad de sus conocimientos y su gran capacidad de acción. Desgraciadamente para el país el cambio operado pocos años después en la política general lo alejó, juntamente con otros varones de su estirpe moral, de las funciones directivas de la República. Fue la época de su largo ostracismo político que él fecundó, sin embargo, con una noble y tesonera acción de estudioso y de publicista.

Las cuestiones económicas lo apasionaron con esa vehemencia que nace del conocimiento inteligente y desinteresado de los grandes problemas sociales. Desde la austeridad de su retiro sirvió proficuamente al país difundiendo ideas, esclareciendo conceptos y dando a la juventud de su patria sanas y prudentes orientaciones.

Su libro, *"El problema del inmigrante y el problema agrario en la Argentina"*, que vio la luz pública antes de la conflagración europea, en plena época de prosperidad y de bonanza, contiene observaciones tan inteligentes y certeras sobre la imprevisión de nuestras leyes y de nuestros gobiernos que su lectura en estas horas de confusión y de zozobras generales resulta la revelación maravillosa de una profecía noblemente inspirada.

Llamado por el Gobierno Provisional a ocupar la Dirección General de Inmigración, no pudo realizar en dicho cargo toda la obra que era dable esperar de su dinamismo y de su talento. La imprevista desaparición de la noble dama que fuera la compañera de su vida lo dejó materialmente herido de muerte.

La provincia de Salta que lo contaba entre sus hijos más representativos, ha querido rendirle por el órgano de mi palabra, el postrer homenaje a que era acreedor por sus múltiples merecimientos ciudadanos y por la alta dignidad de su espíritu modelado en el ambiente modesto de una sociedad que

supo cultivar sin jactancias en el seno de sus viejos hogares nuestras más grandes virtudes republicanas.

TENIENTE GENERAL JOSE F. URIBURU Señoras,

Señores:

Cumplo el honroso cometido de descubrir sobre este sepulcro glorioso la placa conmemorativa que las damas de la Asociación Femenina de la Legión Cívica de Salta consagran a la memoria del teniente general don José Félix Uriburu.

Este homenaje exterioriza los sentimientos indelebles y la amarga congoja que su prematura desaparición ha suscitado en el seno de los viejos hogares de su ciudad natal y expresa al propio tiempo el sincero afecto que se le profesaba en aquel ambiente apacible, donde aún perdura el recuerdo de su infancia vivaz y promisoro, transcurrida a la sombra de un austero solar patricio que cuenta con más de dos siglos de arraigo en la historia social y política de Salta.

¡Cuánta filosofía, cuánto dolor colectivo, y cuánto arcano misterioso y grave circundan esta tumba sobre cuya escueta lápida de piedra la gratitud nacional ha encendido ya su lámpara votiva! ¡Qué triste y qué implacable es la realidad cuando torna en silencio y en tinieblas lo que ayer no más era lumbre de gloria, exaltación radiante del espíritu público, síntesis grandiosa de un esfuerzo denodado y supremo de la dignidad argentina!

Me parece verlo aún en la plenitud de la apoteosis tendiendo por doquier su mano franca y cordial, mientras la comisura del rostro acentuaba la límpida energía de su recio carácter legendario. La simplicidad varonil del gesto disimulaba empero, la pasta recóndita del héroe, pero su pueblo y las instituciones armadas de la patria la habían presentido y así descubrieron su alma de acero en medio de la noche, en los momentos aciagos en que las instituciones del país y el decoro social se desmoronaban bajo el peso de la anarquía, del desorden y de la impudicia administrativa, y fue él, desde ese instante, el jefe predestinado que había de realizar el milagro de aquella jornada venturosa de Septiembre, que devolvió a la República el equilibrio regulador de sus fuerzas éticas ancestrales.

Su vida militar, forjada al calor de las virtudes marciales y republicanas que fueron ejemplo y estímulo de su juventud disciplinada y comprensiva, explica claramente la serena firmeza de su espíritu ante los dictados ineludibles de su conciencia cívica y profesional. Por eso el General ha sido grande hasta en sus errores, y por eso sus enemigos más implacables no le han negado la sinceridad de sus propósitos.

Noble figura, señores, la de este soldado ilustre que trasunta las calidades más estimables en la vida del ejército; el valor personal, el desinterés y esa plenitud serena del anónimo esforzado frente a las pasiones sordidas que su propia certera energía había exacerbado en torno suyo; noble figura, en verdad, la de este último Bayardo argentino, surgido en la hora precisa para afirmar una vez más la positiva realidad de nuestro idealismo histórico.

La revolución de Septiembre, ruidoso y mágico despertar de la conciencia ciudadana adormecida por los halagos del oro y del moro, no es en realidad patrimonio de ninguno de los núcleos políticos que con tanto altruismo concurrieron a ella, sino la concreción de los anhelos, de las vicisitudes y de las angustias de la opinión pública sorprendida de improviso ante las derivaciones

demagógicas de su propia acción democrática. Tal los ideales que prendieron en el alma de la masa; tal los designios que movieron al ejército y a la armada y que constituyen una reafirmación de los principios institucionales y democráticos dentro del orden, de la justicia del decoro y de la disciplina social.

Cupo al jefe de la Revolución ser también fiel interprete en el gobierno de estos elevados anhelos de bien público. La historia dirá mejor que nosotros de su obra; entretanto, demos paso al espíritu que ha tendido su vuelo hacia el azul dejando tras sí una estela resplandeciente que por mucho tiempo aún ha de cernirse sobre el cielo de la patria.

DOCTOR LUIS GÜEMES

Cámara de Diputados de la Nación.

Orden del día número 39.

Honorable Cámara:

Vuestra Comisión de Presupuesto y Hacienda ha estudiado el proyecto de ley venido en revisión del H. Senado, acordando a la comisión encargada de erigir un monumento al Dr. Luis Güemes, la suma de diez mil pesos moneda nacional (\$ 10.000 min.) como subvención para el fin de su institución; y, por las razones que dará el miembro informante, aconseja le prestéis vuestra aprobación.

Sala de la comisión, Julio 20 de 1934.

*José Heriberto Martínez. —
Eduardo Bruchou.
— Pedro Groppo. —
Alfredo J. Alonso. —
Luis Alberto Ahumada. —
Juan F. Morrogh Bernard.
— Raúl Godoy. — Héctor S. López.
— José M. Bustillo. —
Juan Simón Padrós.—
Herminio Arrieta.*

Sr. Presidente (Fresco). — En consideración.

Sr. Aráoz (Ernesto M.). — Pido la palabra.

Deseo saber si la comisión va a informar.

Sr. Groppo. — Creemos que es innecesario en estos despachos el informe de la comisión. No habrá ningún informe.

Sr. Corominas Segura. — Conviene hacer uso de la palabra en la forma más breve posible, para que el trabajo sea eficaz.

Sr. Presidente (Fresco). -- Quedan notificados los señores diputados.

Tiene la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Aráoz (Ernesto M.). — Como diputado por Salta, y sin desoír la advertencia del señor presidente, voy a adherir con íntima satisfacción a este proyecto de ley que la Cámara no puede votar así nomás, con un simple y escueto despacho de comisión.

Toda vez que la Cámara ha sancionado justificadamente fondos para fines similares a éste, se han dicho algunas palabras que expresen el homenaje del cuerpo legislativo hacia el servidor del país cuya memoria se quiere perpetuar.

La modesta suma a que se refiere este proyecto venido en revisión del Senado, está destinada a acrecentar los fondos de una comisión constituida para erigir en la Facultad de Medicina un monumento a un ciudadano ilustre, el doctor Luis Güemes, hijo de mi provincia, noble figura de sabio y de patriarca, cuyo cerebro privilegiado ha dado días de gloria a la ciencia médica argentina. Representante genuino de una generación esforzada y austera, supo el doctor Luis Güemes abrir nuevos y amplios derroteros en el campo de las actividades profesionales. Sencillo, estudioso, disciplinado y altruista, no se conformó con el caudal de conocimientos con que tan esmeradamente había nutrido su espíritu a su paso por las aulas de nuestra vieja Escuela de Medicina; su vocación en la que alboreaban ya los resplandores de su gran talento clínico, le llevó a dotarse de los mayores conocimientos científicos de la época, y a poco de egresar de las aulas argentinas, Güemes repetía sus estudios en Europa y obtenía nuevamente su título de médico en la Universidad de París, centro en aquella época de grandes investigaciones y de interesantes novedades científicas.

Las clínicas y los laboratorios más afamados del viejo mundo modelaron así esa noble pasta de gran señor provinciano que había de dar a la República aquel espécimen singular de clínico eminente, que curaba los cuerpos y las almas con su ciencia y con la bondadosa dulzura de su corazón. A él, señor presidente, podría aplicársele lo que "Rubén Darío decía de fray Mamerto Esquiú: *"Era un águila con ojos de paloma"*.

Su acción médico-social y su nombradía como maestro de la Universidad de Buenos Aires, difundieron pronto su nombre y su fama por todos los ámbitos del país y del continente. Su llaneza ingénita disimulaba bien, dentro de su manso aspecto de pastor anglicano, la importancia de su personalidad.

No era un político, pero la política lo contó entre los suyos. Vivía en contacto con los más esclarecidos conductores de la opinión pública y le interesaba siempre la suerte de su país. No tenía en su provincia intereses electorales en juego, pero era un salteño eminente, y un buen día una de esas oligarquías ilustradas a que aludía hace poco en este recinto el Ministro de Hacienda, Dr. Pinedo, la ofreció espontáneamente, buscando, tal vez, honrar su representación parlamentaria, una banca en el Senado de la Nación, donde su acción fue siempre serena, comprensiva, inteligente y honorable. Más tarde, en momentos graves para el país, se insinuó también su nombre como candidato a la primera magistratura de la Nación. Y cito este antecedente de su vida pública por lo que él expresa, en el sentido de la confianza que su dignidad política y sus virtudes ciudadanas llegaron a inspirar en el seno de los viejos partidos conservadores argentinos.

Nada más. (*iMuy bien! iMuy bien!*).

Sr. Presidente (Fresco). — Se va a votar.

—No haciéndose observación, se vota y aprueba en general y en particular.

RICARDO J. ISASMENDI

Señores:

El partido Demócrata Nacional de Salta me ha confiado el doloroso cometido de despedir al borde de esta tumba los restos inanimados de don Ricardo J. Isasmendi, una de las columnas más firmes de la vieja entidad partidaria y una de las figuras más representativas de nuestra tradición local.

Su personalidad envolvía, sin duda alguna, un valor social muy nuestro, y se nos fue sigilosamente, sin protestas estériles ni amargas despedidas, sin que en su rostro a la vez bondadoso y varonil dibujara la agonía un rictus de dolor o de desesperanza. Es la transición natural de las almas fuertes, filosóficamente escudadas en la serenidad de una existencia vivida a conciencia y sin desfallecimientos.

El vigor físico de su organismo mantenía latente, a pesar de sus setenta años, su esforzada dedicación a las faenas agropecuarias, y sin que él lo presintiera, quizá, en la plenitud un tanto melancólica de su tarde embalsamada con el perfume de las virtudes hogareñas, el viejo roble enhiesto ha caído de improviso en medio del cariño de los suyos y del respetuoso afecto de sus amigos. Don Ricardo muere cuando aún teníamos mucho que esperar de su recia hombría dignificada por la experiencia y el trabajo.

Su silueta de gran señor será imborrable en el recuerdo de los que la han fijado en su hidalga postura de gaucho culto y magnífico, noble trasunto de una heroica generación predecesora que guardaba bajo la corteza del criador de ganados o del arriero trashumante el temple de los forjadores de nuestra civilización rural o el señorial decoro de nuestro viejo patriarcado argentino.

Su acción ciudadana está expresada en la ecuanimidad de su espíritu abierto a todas las sugerencias levantadas y generosas.

Su honestidad y su buen sentido tuvieron su gravitación durante un cuarto de siglo en la Legislatura de la Provincia.

Los que fuimos sus amigos no olvidaremos nunca la lealtad ingénita de este fuerte y sencillo caballero de los valles de Salta, hospitalario y gentil, de trato afable y corazón templado, a la usanza antigua, como si en su espíritu se hubiera condensado toda la dignidad castellana de su abuelo don Severo, nuestro último gobernador español.

ÍNDICE DEL AUTOR

	Pág.
Prólogo del Dr. Juan B. Terán	5
Dos palabras	9
El alma legendaria de Salta	11
El gaucho de Cachipunco	25
Salta en la caracterología regional nortea	33
El embrujo del rastreador	45
El hombre de la pequeña cuestión	53
Breves disgresiones acerca de un baile	59
Aquella ley resultó ineficaz porque a Contreras se le ocurrió una idea	65
La glorificación de Avellaneda	73
Los encantos de la Primavera (Primavera 1915)	77
CONFERENCIAS Y DISCURSOS	
Salta en la época de la anarquía argentina (En el Instituto Popular de Conferencias del Centro Argentino de Socorros Mutuos)	83
En la Asociación Cultural de Salta, Velada en el Teatro Alberdi (25 de octubre 1933)	109
Monumento al General Urquiza	115
-En el centenario del Colegio de Jesús	121
Saludo al Interventor Federal del Gobierno Provisional	127
En el funeral cívico del Teniente Coronel Lino Montiel. (Teatro Güemes, de Salta - Julio 30 de 1931)	133
Agradeciendo una demostración (Diciembre de 1918)	137
DISCURSOS OFICIALES	
(Como Ministro de Gobierno de Salta - 1925-1928) Ofreciendo un homenaje a dos Delegaciones (Llegadas a Salta para asistir al juramento del Gobernador electo Dr. Joaquín Corbalán)	143
Ante las primeras víctimas de la aviación en Salta	

(Sylvester y Valleros)	147
En la inauguración de la	
Exposición Rural Salteña, Año 1925	151
En la Escuela de Manualidades de Salta	157
Presentación del Gobernador de Jujuy	
Don Benjamín Villafañe. (En su conferencia,	
pronunciada en Salta sobre las miserias de un país rico)	161
En el sepelio del Dr. Miguel S. Ortiz	163
En honor del Arzobispo de Buenos Aires,	
Monseñor Bottaro y otros prelados	165
SEMBLANZAS POSTUMAS	
Nicolás López Isasmendi	171
Moisés J. Oliva	175
Dr. Adolfo Valdés	179
Dr. Damián M. Torino	181
Teniente General José F. Uriburu	185
Dr. Luis Güemes	189
Ricardo J. Isasmendi	193

Este libro se terminó de imprimir
el 22 de Octubre de 1936
en la Imprenta J. Belmonte,
Lavalle 1050
Buenos Aires

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

<i>Ahumada, Luis Alberto</i>	106
Alberdi, Juan Bautista	45, 54, 57, 58, 61, 89, 111
Aldao, José Félix.....	52
Alemán, Pablo.....	49
Alma de Salta Salta	5
<i>Alonso, Alfredo J.</i>	106
Alvarado, Rudecindo.....	48
Álvarez de Arenales, Juan Antonio	11, 13, 14, 60
Álvarez, Crisóstomo	58
Álvarez, Juan	86
Aráoz, Avelino.....	9
Aráoz, Ernesto M.	5, 6, 17, 65, 106, 107
ARÁOZ, Ernesto M.	31
Aráoz, José Ignacio.....	65
Arenales, Juan Antonio Álvarez de.....	11, 13, 14, 60
Arias Rengel, su mansión	10
Arias, Francisca Güemes de	20
Arias, Juan Pablo	20
Arias, Tomás.....	15, 48
Arquitecto Santiago Sánchez Elía.....	81
<i>Arrieta, Herminio</i>	106
Arroyo Cachipunco.....	17, 18, 20, 111
Artista Jorge Bermúdez.....	18, 30
Asociación Cultural de Salta.....	61, 63, 111
Asociación Femenina de la Legión Cívica de Salta	105
Augspurg, Jorge	11
Avellaneda, Marco Manuel	40, 41, 53, 54, 57, 62, 89, 111
Avellaneda, Nicolás.....	72

B

Bandera Nacional flameó en la torre de la Merced	10
Barbusse, Henri.....	62
Batalla de <i>Famaillá</i>	81

Batalla de <i>Quebracho Herrado</i>	55, 81
Batalla de Salta, el 20 de febrero de 1813.....	10, 35, 83
Batalla de Tucumán	10
Belgrano, su batalla de Tucumán	10
Bermúdez, Jorge	18, 30
Bermúdez, Manuel A.	65
Bolivia	10, 25, 48, 56, 57
Bottaro, José María (Obispo).....	112
<i>Bruchou, Eduardo</i>	106
Buena Vista.....	48, 50, 51
Buitrago, Pedro.....	65
<i>Bustillo, José M.</i>	106

C

Cabildante Facundo Zuviría	14, 48, 58
Cachipunco, Cerro de	17, 18, 20, 111
Cachipunco, el arroyo.....	17, 18, 20, 111
camino de la Pedrera.....	10
campo de Castañares	10
Cangas y Tineo, familia de los.....	48, 69
Canónigo Gorriti, Juan Ignacio.....	60
Capitán español Juan Ramírez de Velazco.....	57
cárcel de Tucumán	50
Carrizo, Juan Alfonso	22
Castañares, campo de	10
Castellanos, Aarón.....	14
Castellanos, Joaquín	15
Castro, Juan	6, 31, 32
Cerro de Cachipunco	17, 18, 20, 111
Cerro San Bernardo	5, 9, 10, 11, 36, 83

Ch

Chachapoyas, quebrada de	10
Chavarría y Moldes de Solá, Josefa	48
Chicoana, departamento de.....	50

Chuquisaca, Universidad de.....60

C

Clemente VII, Papa70

Cocina colonial (patilla de ladrillos)12

cocina económica12

Colegio de Educandas69, 70

Colegio de Jesús, fundado por Manuela Tineo69, 71

Colegio del Corazón de Jesús70

Colombres, José Eusebio (Obispo)60

Colonizador Hernando de Lerma94

Comisionado provisorio Juan Manuel Quiróz51

Comisionado provisorio Manuel Solá ... 46, 47, 48, 50, 51,
52, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 91

Congregación de las Esclavas70

Congreso General Constituyente14, 45

Conquistador español Jerónimo Luis de Cabrera57, 70

Constitución de 185314, 66

Constitucionalista Aristóbulo del Valle66

Contreras, Venancio 6, 39, 40, 111

Corbalán, Joaquín 28, 81, 89, 112

Corominas Segura, Rodolfo65, 107

Coronel Evaristo Uriburu14, 55

Coronel Felipe Heredia49

Coronel José Loreto Cabrera.....50

Coronel José María Todd 10, 47, 93

Coronel José Tomás Toledo50

Coronel Juan Manuel Quiróz51

Coronel Manuel Pereda50

Coronel Manuel Solá46, 47, 48, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 57,
58, 59, 91

Coronel Pedro José Figueroa50

Correa, Guillermo 28, 29, 30

Costas de Gasteaburu, Liberata11

Cuesta, Celedonio de la50

D

Dávalos, Juan Carlos 15, 24, 97

de Cabrera, Jerónimo Luis57, 70

de Cabrera, Jerónimo Luis de57, 70

de Güemes, Martín Miguel..... 18

de la Cuesta, Celedonio 50

de la Plaza, Victorino 14, 91

de Lamadrid, Gregorio Aráoz 53, 54, 55, 56, 58

de Lerma, Hernando.....94

de Rivadavia, Bernardino de la Trinidad González de ...61

de Rosas, Juan Manuel ..46, 48, 49, 52, 53, 54, 55, 56, 57,
58

de Santa Cruz, Andrés49

de Toledo, Francisco.....94

de Ugarriza, Andrés57

de Vedia y Mitre, Mariano.....65

del Valle, Aristóbulo66

departamento de Chicoana50

Día 13 de Abril de 186759

Día 17 de Diciembre de 184056

Día 20 de febrero de 1813 10, 35, 83

Diputado Alfredo J. Alonso106

Diputado Eduardo Bruchou106

Diputado en el Congreso de Tucumán Juan Ignacio
Gorriti.....60

Diputado Facundo Zuviría 14, 48, 58

Diputado Héctor S. López106

Diputado Herminio Arrieta106

Diputado José Heriberto Martínez.....106

Diputado José M. Bustillo106

Diputado Juan Simón Padrós.....106

Diputado Luis Alberto Ahumada.....106

Diputado Moisés J. Oliva 99, 112

Diputado Pedro Groppo.....106, 107

Diputado Raúl Godoy106

Diputado Ricardo J. Isasmendi 109, 112

Diputado Venancio Contreras 6, 39, 40, 111

Diputado Vicente Solano Lima65

Dirección General de Inmigración103

Dr. Adolfo Valdez.....101

Dr. Aristóbulo del Valle.....66

Dr. Bernabé López 48, 50, 55, 56

Dr. Dalmacio Vélez Sársfield62

Dr. Damián M. Torino103, 112

Dr. Ernesto M. Aráoz5

Dr. Facundo Zuviría	14, 48, 58
Dr. Guillermo Colesbery Rawson	62
Dr. Guillermo Correa	28, 29
Dr. Indalecio Gómez	14
Dr. José Ignacio Aráoz	65
Dr. José Ignacio Gorriti	60
Dr. José Manuel Estrada	62
Dr. Juan Bautista Alberdi	45, 54, 57, 58, 61, 89, 111
Dr. Juan Pablo Arias	20
<i>Dr. Luis Alberto Ahumada</i>	106
Dr. Luis Güemes Puch	19, 106, 107, 112
Dr. Luis Linares	29
Dr. Miguel S. Ortiz	91, 112
Dr. Nicolás Avellaneda	72
Dr. Raúl García Gorostiaga	65
Dr. Rodolfo Rivarola	45
Dr. Salustiano Zavalía	54, 89
Dr. Tomás Arias	15, 48
Dramaturgo Ricardo Rojas	60

E

Educador Moisés J. Oliva	99, 112
Escritor Francisco de Quevedo	97
Escritor Guillermo Correa	28, 29
Escritor Henri Barbusse	62
Escritor José Enrique Rodó Piñeyro	78, 83, 98
Escritor José Esteban Antonio Andrés José Esteban Antonio Andrés Echeverría	62
Escritor José Manuel Estrada	62
Escritor Juan Bautista Alberdi ..	45, 54, 57, 58, 61, 89, 111
Escritor Paul-François Groussac	81
Esquiú, Mamerto de la Ascensión (Obispo)	107
estancia Santa Clara	17
Estrada, José Manuel	62

F

<i>Famailá</i> , batalla de	81
Fernández Cornejo Lazcano, Delfina	69
Fernández Cornejo, Juan Adrián	60
Fernández Cornejo, Juan Antonino	49, 59

Figuroa, Pedro José	50
Filósofo Blaise Pascal	89
Filósofo Hermann Alexander Graf Keyserling	63
Filósofo Juan Ignacio Gorriti	60
Filósofo Moisés J. Oliva	99, 112
Físico Blaise Pascal	89
Fleming, Ricardo	17
Fresco Frías, Manuela Josefa	69
Frías, Manuela Josefa Fresco	69
Fustel de Coulanges, Numa Denys	60

G

García Gorostiaga, Raúl	65
García, Juan Agustín	62, 70
Gasteaburu, Liberata Costas de	11
Gauchos de Güemes juran no cejar en la defensa del territorio patrio	10
General Alejandro Heredia	48, 49, 50, 51, 52
General Andrés de Santa Cruz	49
General Facundo Quiroga	52
General Gregorio Aráoz de Lamadrid	53, 54, 55, 56, 58
General Gregorio Vélez	73
General José Félix Aldao	52
General José Félix Uriburu	14, 73, 105
General José Ignacio Gorriti	60
General Juan Antonio Álvarez de Arenales ..	11, 13, 14, 60
General Juan Lavalle	53, 54, 55
General Juan Manuel de Rosas. 46, 48, 49, 52, 53, 54, 56, 57, 58	
General Juan Manuel Puch	56, 60
General Julio Argentino Roca	72
General Justo José de Urquiza .. 45, 58, 59, 65, 66, 67, 68, 73, 111	
General Manuel Oribe	52, 54
General Martín Miguel de Güemes	18
General Pablo Alemán	49
General Rudecindo Alvarado	48
Gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas ...	46, 48, 49, 52, 53, 54, 56, 57, 58
<i>Gobernador de Catamarca Agustín Madueño</i>	28
Gobernador de Jujuy Benjamín Villafañe ..	29, 58, 89, 112

Gobernador de Jujuy Pablo Alemán	49
Gobernador de Jujuy Pedro Buitrago	65
Gobernador de Jujuy, Río Negro y Chubut, Eugenio Tello	18
Gobernador de La Rioja Adolfo Lanús	28
Gobernador de La Rioja Facundo Quiroga	52
Gobernador de Mendoza José Félix Aldao	52
Gobernador de Mendoza Juan Lavalle	53, 54, 55
Gobernador de Mendoza Rodolfo Corominas Segura	65, 107
Gobernador de Salta Avelino Aráoz.....	9
Gobernador de Salta español, el último, don Severo Isasmendi	109
Gobernador de Salta Joaquín Corbalán	28, 81, 89, 112
Gobernador de Salta Juan Antonino Fernández Cornejo	49, 59
Gobernador de Salta Juan Antonio Álvarez de Arenales	10, 13, 14, 60
Gobernador de Salta <i>manu militare</i> Felipe Heredia	49
Gobernador de Salta Miguel S. Ortiz	91, 112
Gobernador de San Juan Domingo Faustino Sarmiento	22, 27, 58, 61, 72, 75, 85
Gobernador de Santa Fe Estanislao López.....	52
Gobernador de Santiago del Estero Felipe Ibarra.....	49, 52, 55
Gobernador de Tucumán Alejandro Heredia.....	48, 49, 50, 51, 52
Gobernador de Tucumán Bernabé Piedrabuena	53, 57
Gobernador de Tucumán Celedonio Gutiérrez.....	57
Gobernador de Tucumán Tiburcio Padilla	65
Gobernador en Tucumán Marco Manuel Avellaneda.....	40, 41, 53, 54, 57, 62, 89, 111
Gobernador Interino de Salta Moisés J. Oliva.....	99, 112
Gobernador Interino de Salta Teodoro López	55
Gobernador José María Todd	10, 47, 93
Gobernador Manuel Solá.....	46, 47, 48, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 91
Gobernador Martín Miguel de Güemes.....	18
<i>Godoy, Raúl</i>	106
Gómez, Indalecio	14
González, Martín	17, 18, 20

Gorriti, José Ignacio	60
Gorriti, Juan Ignacio (Sacerdote)	60
Gorriti, Juana Manuela	15
Grecia de Pericles	69
<i>Grosso, Pedro</i>	106, 107
Groussac, Paul-François.....	81
Güemes de Arias, Francisca.....	20
Güemes de Latorre, Carmen	20
Güemes Puch, Luis.....	19, 106, 107, 112
Güemes, Carmen	20
Güemes, Martín Miguel de.....	18
Gutiérrez, Celedonio	57

H

Heredia, Alejandro	48, 49, 50, 51, 52
Heredia, Felipe	49
<i>Heriberto Martínez, José Heriberto</i>	106
Historiador Juan Agustín García	62, 70
Historiador Mariano de Vedia y Mitre.....	65
Historiador Numa Denys Fustel de Coulanges	60
Historiador Paul-François Groussac.....	81
Historiador Ricardo Rojas.....	60

I

Ibarra, Felipe	49, 52, 55
iglesia de los Jesuitas.....	11
Ingeniero Emilio Domingo Sylvester.....	83, 112
ingeniero José Alfonso Peralta	9
Ingeniero Juan Francisco Morrogh Bernard	65, 106
Inquisidor Girolamo María Francesco Matteo Savonarola	97
Intendente Mariano de Vedia y Mitre.....	65
interventor Federal en Salta General Gregorio Vélez.....	73
Iruya	25
Isasmendi, Ricardo J.	109, 112
Isasmendi, Severo.....	109

J

Jesuitas, iglesia de los.....	11
José Esteban Antonio Andrés	61

Jujuy.....	10, 17, 18, 29, 49, 53, 55, 89, 90, 112
Junta de Investigaciones Históricas, Arqueológicas y Numismáticas de Salta	97
Junta Numismática	97

K

Keyserling, Hermann Alexander Graf.....	63
---	----

L

Lamadrid, Gregorio Aráoz de	53, 54, 55, 56, 58
Lanús, Adolfo	28
Latorre, Aniceto	20
Latorre, Carmen Güemes de	20
Lavalle, Juan	53, 54, 55
Lerma, Hernando de	94
Lesser, quebrada de.....	10
Liga del Norte.....	46, 48, 53, 89
Lima, Vicente Solano.....	65
Linares, Luis.....	29
lomas de Medeiros	11
López Isasmendi, Nicolás	97, 112
López, Bernabé	48, 50, 55, 56
López, Estanislao.....	52
<i>López, Héctor S.</i>	106
López, Teodoro	50, 55
Loreto Cabrera, José	50

M

<i>Madueño. Agustín</i>	28
mansión de Arias Rengel.....	10
Marcial, Marco Valerio	97
Vedia y Mitre	65
Marqués de Cangas y Tineo Juan Victorino Martínez...	47
Martínez de Cangas y Tineo, Manuela.....	69, 71
Martínez, Juan Victorino.....	47
Matemático Blaise Pascal	89
Medeiros, lomas de	11
Merced, torre de la	10
Ministerio del Interior Miguel S. Ortiz	91, 112
Ministro en Salta Celedonio de la Cuesta	50

Ministro en Salta Juan Antonio Moldes.....	49
Ministro en Tucumán Marco Manuel Avellaneda ..	40, 41, 53, 54, 57, 62, 89, 111
Ministro Nicolás Avellaneda	72
Mitre, Bartolomé.....	24, 62, 65, 66, 67, 68
Moldes, Juan Antonio.....	49
Monseñor José Eusebio Colombres.....	60
Monseñor José María Bottaro	112
Monseñor Mamerto de la Ascensión Esquiú.....	107
Monseñor Pablo Padilla y Bárcena	70
Morrogh Bernard, Juan Francisco.....	65, 106
mortero de algarrobo o de quebracho	12

O

Obispo José Eusebio Colombres	60
Oliva, Moisés J.	99, 112
Oribe, Manuel.....	52, 53
Ortiz, Miguel S.	91, 112
Otero, Miguel	56

P

Pacto de Paz de 1835	49
Padilla y Bárcena, Pablo, Obispo en Salta	70
Padilla, Tiburcio	65
<i>Padrós, Juan Simón</i>	106
Papa Clemente VII	70
Partido Conservador.....	81
Partido Demócrata Nacional de Salta.....	109
Partido Liberal de Tucumán.....	81
Pascal, Blaise	89
Pedraza, camino de la.....	10
Pellegrini, Carlos Enrique José	72, 82
Peralta, José Alfonso	9
Pereda, Manuel	50
Pericles, la Grecia de	69
Periodista Aristóbulo del Valle	66
Periodista Bartolomé Mitre	24, 62, 65, 66, 67, 68
Periodista Moisés J. Oliva	99, 112
Perito Agrónomo Jorge Augspurg.....	11
Piedrabuena, Bernabé	53, 57

Plaza, Victorino de la	14, 91
Poeta Francisco de Quevedo	97
Poeta Joaquín Castellanos	15
Poeta José Enrique Rodó Piñeyro	78, 83, 98
Poeta José Esteban Antonio Andrés Echeverría	61
Poeta Juan Carlos Dávalos	15, 24, 97
Poeta Marco Valerio Marcial	97
Poeta Nicolás López Isasmendi	97, 112
Poeta Ricardo Rojas	60
Poetisa Juana Manuela Gorriti	15
Presidente Bartolomé Mitre	24, 62, 65, 66, 67, 68
Presidente Bernardino Rivadavia	61
Presidente Carlos Enrique José Pellegrini	72, 82
Presidente de Bolivia Andrés de Santa Cruz	48
Presidente de la Conv. Const. Facundo Zuviría ..	14, 48, 58
Presidente de la CSJ Dr. Tomás Arias	15, 48
Presidente de la Legislatura de Salta Bernabé López ...	48, 50, 55, 56
Presidente de la Legislatura Jujeña Eugenio Tello	18
Presidente de la Sala de Representantes Teodoro López	55
Presidente de Uruguay Manuel Oribe	52, 53
Presidente Domingo Faustino Sarmiento ...	22, 27, 58, 61, 72, 75, 85
Presidente José Félix Uriburu	14, 73, 105
Presidente Julio Argentino Roca	72
Presidente Justo José de Urquiza ...	45, 58, 59, 65, 66, 67, 68, 73, 111
Presidente Manuel Pedro Quintana	103
Presidente Nicolás Avellaneda	72
Presidente Roque Sáenz Peña	14, 73
Presidente Victorino de la Plaza	14, 91
Publicista Juan Álvarez	86
Puch, Dionicio	56
Puch, Juan Manuel	56, 60

Q

<i>Quebracho Herrado</i> , batalla de	55, 81
quebrada de Chachapoyas	10
quebrada de Lesser	10
Quebrada del Toro	10

Quevedo, Francisco de	97
Quintana, Manuel Pedro	103
Quiroga, Facundo	52
Quiróz, Juan Manuel	51

R

Radio, Pedro	65
Ramírez de Velazco, Juan	57
Rawson , Guillermo Colesbery	62
Restaurador de las Leyes	49
revolución de Septiembre	14, 105
Río Pasaje	57
Rivadavia, Bernardino de la Trinidad González de	61
Rivarola, Rodolfo	45
Robles, Gavino	50
Roca, Julio Argentino	72
Rodó Piñeyro, José Enrique Camilo	78, 83, 98
Rojas, Ricardo	60
Rosario de la Frontera	18, 50
Rosas, Juan Manuel de ...	46, 48, 49, 52, 53, 54, 56, 57, 58
Rotary Club de Salta	101

S

Sáenz Peña, Roque	14, 73
Sala de Representantes de Salta	23, 47, 49, 51, 54, 55
Salas, Dolores	69
Salta	5, 6, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 17, 18, 19, 22, 23, 24, 28, 35, 36, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 63, 69, 70, 73, 75, 78, 81, 82, 83, 87, 89, 91, 93, 97, 101, 103, 105, 107, 109, 111, 112
Salta, batalla de, el 20 de febrero de 1813	10, 35, 83
Salta, fundada por don Hernando de Lerma	94
Salta, su propia Alma	5
San Bernardo, el Cerro	5, 9, 10, 11, 36, 83
San Francisco, torre de	36
Sánchez Elía, Santiago	81
Sandoval, Gregorio	54
Santa Clara, la estancia	17
Santa Cruz, Andrés de	48

Santa Teresa	12, 69
Santa Teresa de Jesús	69
Santa Victoria.....	25
Santiago del Estero	55, 89
Saravia Castro, David	61
Saravia Diez Torena, Dolores	69
Sarmiento, Domingo Faustino ...	22, 27, 58, 61, 72, 75, 85
Savonarola, Girolamo María Francesco Matteo	97
Senador Nacional Aristóbulo del Valle.....	66
Senador Nacional Eugenio Tello	18
Senador Nacional Luis Güemes.....	19
Senador Nacional Luis Linares	29
Senador Nacional Miguel S. Ortiz.....	91, 112
Senador Nacional por Salta Luis Güemes.....	19, 106, 107, 112
Señor del Milagro.....	12, 47, 94
sierra de Velazco.....	29
Sociedad Rural Salteña	85, 86
Solá concluye como Gobernador de Salta el 17.12.1840	56
Solá, Josefa Chavarría y Moldes de.....	48
Solá, Manuel 46, 47, 48, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 91	
Solá, Manuel, fallece el 13.04.1867	59
Sylvester, Emilio Domingo	83, 112

T

Taché, Juan	17
Tello, Eugenio	18
Teniente de la Cía. De Patricios Rudecindo Alvarado ...	48
Tineo, Manuela Martínez de Cangas y.....	69, 71
Todd, José María.....	10, 47, 93
Toledo, Francisco de	94
Toledo, José Tomás.....	50
Torena, Dolores Saravia Diez	69
Torino, Damián M.	103, 112
Toro, Quebrada del.....	10
torre de la Merced	10

torre de San Francisco	36
Tucumán, cárcel de	50

U

Ugarriza, Andrés de	57
Unión Provincial de Salta	73, 81
Universidad de Chuquisaca	60
Uriburu, Evaristo.....	14, 55
Uriburu, José Félix	14, 73, 105
Urquiza, Justo José de ..	45, 58, 59, 65, 66, 67, 68, 73, 111

V

Valdez, Adolfo	101
Valleros, Pascual.....	83, 112
Velazco, sierra de	29
Vélez Sársfield, Dalmacio.....	62
Vélez, Gregorio	73
Verne, Julio	13
Vice Presidente Vicente Solano Lima	65
Villafañe, Benjamín.....	29, 58, 89, 112
Virgen del Rosario	69
Virrey del Perú Francisco de Toledo	94

W

Wilde, Oscar Fingal O'Flahertie Wills.....	62
--	----

Y

Yavi	25
------------	----

Z

Zavalía, Salustiano	54, 89
Zerda, Ángel.....	57
Zuviría, Facundo	14, 48, 58